

J. HADLEY CHASE

Tratamiento de shock



se

Lectulandia

James Hadley Chase nació en Londres en 1906. A su muerte, en 1985, dejó escritas cerca de un centenar de obras, traducidas a varios idiomas, en las que destaca su profundo conocimiento de la psicología criminal. Ya en 1939, con «No hay orquídeas para Miss Blandish» (su primera novela) se situó a la altura de los más prestigiosos autores del género iniciado por Dashiell Hammett y Raymond Chandler. En «Tratamiento de shock», Terry Regan, técnico de radio y televisión, recibe el encargo de fabricar un televisor para Jack Delaney, un parálítico cuya esposa, Gilda, es una bella, sensual y deslumbrante mujer. Entre ella y Terry se iniciará un romance. Terry, llevado por una desmedida pasión, planea el asesinato de Jack con el fin de emprender con Gilda una nueva vida. Terry piensa que su plan es perfecto... Hadley Chase nos introduce en la narración con una fuerte dosis de intriga y nos mantiene en vilo hasta culminar en un sorprendente desenlace.

Lectulandia

James Hadley Chase

Tratamiento de shock

DestinoSuspense - 19

ePub r1.0

Titivillus 31-07-2019

Título original: *Shock Treatment*
James Hadley Chase, 1959
Traducción: Ramón Hervás

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Tratamiento de shock](#)

[Dramatis personae](#)

[1](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[2](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[3](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[4](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[5](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[6](#)

[I](#)

[II](#)

[7](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[8](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[9](#)

[I](#)

[II](#)

[Sobre el autor](#)

Dramatis Personae

Vecinos de Glyn Camp

TERRY REGAN, joven técnico de radio y televisión.
JACK DELANEY, rico ex-profesor de tenis, inválido.
GILDA, atractiva esposa de Delaney.
JOHN JEFFERSON, viejo *sheriff*.
DOC MALLARD, médico.
JEFF HAMISH, conocido escritor.
JOE STRINGER, agente judicial, “Coroner” local.
HANK FLETCHER, cartero.
MARÍA, criada de los Delaney.

Otros personajes

JOHN BOOS, teniente de la Brigada Criminal de los Angeles.
HOPKINS, sargento de la misma brigada.
MATT LAWSON, agente de seguros.
STEVE HARMAS, inspector de la National Fidelity Insurance.
MADDOX, director del Servicio Contencioso de la N.F.Y.
GEORGE NACKLIN, abogado de los Delaney.
LOWSON HUNT, abogado eminente.
HENRY STUDDLY, médico especialista.
HOLMAN, muchacho inválido.
HENRY FULLER, viejo millonario.
HASKNESS, mayordomo de Fuller.

La acción transcurre en Glyn Camp, Los Angeles y Nueva York.

I

Todo lo que voy a relatarles probablemente nunca hubiera podido suceder en otro lugar que no fuera Glyn Camp.

Situado en las montañas de California, Glyn Camp es una residencia veraniega donde escritores, artistas y jubilados buscan la paz en una zona no muy alejada de los placeres y las distracciones de la costa del Pacífico.

En este lugar apartado, yo había alquilado un local bastante confortable para instalar una tienda de aparatos de radio y televisión.

Por carretera, mi chalet se hallaba a unas cuatro millas de Glyn Camp, y una vez por semana iba al pueblo a por provisiones; luego iba a ver al *sheriff* Jefferson, charlaba con él y nos tomábamos una copa de aguardiente de manzanas fabricado por él mismo.

El *sheriff* Jefferson es un personaje importante en mi historia y, por lo tanto, vale la pena que amplíe un poco su presentación. Llevaba casi cincuenta años como *sheriff* de Glyn Camp, y, aunque nadie conocía exactamente su edad, todos creían que debía de rondar los ochenta. No ignoraba, y sus conciudadanos tampoco, que sus tareas de *sheriff* estaban por encima de sus fuerzas, pero esta circunstancia no impedía que fuera reelegido a cada nueva convocatoria y que él aceptara con alegría cada nuevo mandato. En realidad, Glyn Camp sin el *sheriff* Jefferson sería algo tan inimaginable como Nueva York sin la Estatua de la Libertad.

El otro personaje que debo mencionar también antes de seguir adelante es el doctor Mallard.

Doc Mallard practicaba la medicina en Glyn Camp desde al menos hacía tanto tiempo como el *sheriff* Jefferson representaba a la ley. Era el único médico de Glyn Camp, localidad de una salubridad notoria. Así pues, su trabajo era escaso. Y, por otra parte, cuando alguien se ponía gravemente enfermo o una mujer iba a dar a luz, se le enviaba al hospital del Estado de Los Angeles, lo que suponía casi ochenta millas por carreteras de montaña.

Doc Mallard conservaba todavía un puñado de buenos y fieles clientes, pese a que todos se le iban muriendo de puro viejos. Así, con mucho tiempo libre, se pasaba el día jugando a las damas con el *sheriff* Jefferson o sentado en la terraza de su chalet contemplando el panorama.

Todo comenzó aquella cálida mañana de verano en que yo había bajado al pueblo para recoger un aparato de televisión. Después de haberlo cargado en mi camioneta, me dirigí, como de costumbre, a la oficina del *sheriff* para charlar un rato con él.

Mientras tomábamos un vasito de su licor, charlamos un poco de todo. Luego, cuando ya me despedía, mencioné que iba a acercarme hasta el lago Blue Jay.

—Si subes hasta el lago, hijo —me dijo reclinándose en su sillón—, quizás tengas ocasión de hacer nuevos clientes. Hay gente nueva en el chalet de Williams, un matrimonio. El hombre está impedido. Se desplaza en una silla de ruedas, de modo que me imagino que estará interesado en un televisor.

—Iré a verle —dije sacando mi agenda—. ¿Sabe cómo se llama?

—Jack Delaney.

—Pasare por ahí antes de volver a casa.

Un hombre condenado a una silla de ruedas parecía ser la persona adecuada para comprar un televisor. Así que cuando hube terminado de instalar un aparato de radio que me había encargado uno de mis clientes, subí a la camioneta y me dirigí hacia el chalet del Blue Jay.

Hacía un par de años que no iba por allí y recordaba un chalet pequeño pero lujoso, con una magnífica vista de las montañas, el valle al fondo y el mar en la lejanía.

Al final del estrecho camino había una barrera. Tuve que bajar de la camioneta para abrirla. Desde allí, el camino estaba bien asfaltado. Pero no aceleré, sino que contemplé el pequeño chalet, pegado al flanco de la montaña de la misma forma en que una mosca se pegaría a una pared.

Un reluciente Buick permanecía estacionado al pie de las escaleras que conducían a la terraza. Dejé mi camioneta tras él.

En la terraza, un hombre estaba sentado en una silla de ruedas. Fumaba un cigarro y tenía una revista abierta sobre las rodillas. Volvió la cabeza para mirarme.

Aparentaba cuarenta y cinco o cincuenta años y, aunque un poco rubicundo, sus facciones expresaban la amargura del hombre que ha sufrido. La mirada de sus ojos grises era dura y fría.

Salté de la camioneta y subí la escalera.

—¿El señor Delaney? —le pregunté cuando estuve a su lado.

Me lanzó una mirada recelosa.

—Ése es mi nombre. ¿Qué desea?

—He oído decir que acaba usted de instalarse aquí. He pensado que a lo mejor estaría interesado en un aparato de radio o de televisión.

—¿Televisión? Supongo que la recepción no debe ser nada buena, entre todas estas montañas —respondió sin dejar de mirarme.

—Con una antena aérea la recepción sería impecable, señor Delaney —le informé.

—No le creo. Aquí no podría verse con toda esa barrera que forman las montañas.

—Déme cinco minutos, señor Delaney, y le demostraré que no estoy malgastando su tiempo ni tampoco el mío.

Volví hasta la camioneta y cogí un pequeño aparato de TV, subí de nuevo a la terraza y lo instalé en una mesita.

Delaney abandonó la revista y me observó mientras colocaba la antena aérea que yo había traído de la camioneta.

Siete minutos después, había conseguido fijar sobre la pantalla una imagen tan nítida, tan contrastada y tan libre de interferencias como se pueda desear.

Y, encima, no pude tener mejor suerte. Estaban retransmitiendo un combate de boxeo. Más tarde me enteré de que Delaney era un fanático del *ring*. Pero en aquel mismo momento me di cuenta de que el espectáculo le interesaba de veras. Volvió la cabeza hacia la pantalla y su cara perdió buena parte de su amargura.

Delaney no dijo nada hasta que terminó el combate. Yo esperé pacientemente durante veinte minutos. Era una buena pelea entre dos pesos pesados que no escatimaban los golpes. Uno de ellos acabó por sacudirle a su contrincante tal guantazo que comprendí que el combate acababa allí.

—¿Qué tal la recepción? —pregunté volviéndome hacia Delaney.

—Nunca lo hubiese creído. Condenadamente buena. ¿Qué vale eso?

Se lo dije.

—¿Y no tiene nada mejor?

—Desde luego que sí, tengo cosas mucho mejores. ¿Le interesaría un equipo integrado de radio y televisión?

Delaney volvió a acurrucarse contra el respaldo de su silla y me miró fijamente. La arrogante expresión de sus ojos acabó por irritarme.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —preguntó.

—Terry Regan. Tengo una tienda-taller de radio y televisión.

—Quizás lo mejor que podría hacer es dirigirme a un buen almacén de Los Angeles —dijo en un tono vagamente despectivo—. No me fío mucho de

los artesanos que trabajan solos. Cuando yo compro algo, siempre quiero lo mejor.

—Usted puede hacer lo que quiera, señor Delaney. Pero si realmente lo que desea es lo mejor, entonces lo que necesita es un aparato hecho a mano. Y ésa es precisamente mi especialidad. Yo podría construirle un aparato que le colmaría de satisfacción: veinticinco pulgadas de pantalla, equipo de FM, tocadiscos y cassette. Por supuesto, con altavoces electrostáticos separados para asegurar una audición perfecta.

—¿Podría usted construirme una cosa así? —exclamó en un tono incrédulo y despreciativo que me exasperó—. Pero, aunque lo hiciera, ¿quién me garantiza que sería un buen aparato?

—No le pido que crea usted en mi palabra. Pero si quiere referencias puede usted preguntar al señor Hamish, el escritor, que vive a un par de millas de aquí. Sólo tiene que llamarle y preguntarle si está contento con el aparato que le he hecho.

Delaney se encogió de hombros.

—Pero si yo creo en su palabra, hombre. ¿Cuánto costaría un aparato de esa clase?

—Depende del tipo de mueble que usted quiera. Puedo hacerle uno de primera clase por mil quinientos dólares.

Sentí un ligero ruido a mis espaldas y, sin la menor razón, experimenté una sensación extraña. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral y los pelos se me erizaron.

Me volví.

En el umbral de la puerta había una mujer que me miraba fijamente.

II

Jamás olvidaré este primer encuentro con Gilda Delaney.

Su estatura era ligeramente superior a la media y su tez tenía ese halo dorado que sólo se adquiere mediante largas exposiciones al sol. Su cabellera parecía, por su colorido, bronce pulido y le caía sobre los hombros. Sus ojos inmensos, de un azul de nomeolvides, poseía una mirada ante la cual ningún hombre hecho y derecho podía dejar de reaccionar, una mirada como la del toro cuando el matador hace voltear su capa frente a su testuz para excitarlo.

Llevaba camisa roja de *cowboy* y *blue-jeans*, atuendo que realzaba sus formas.

Delaney lanzó una mirada circular a su alrededor y, sin apenas contemplarla, dijo con voz apagada, con tono indiferente:

—Es mi esposa.

Dijo estas palabras como si, para él, ella no tuviese la menor importancia. Sin dejar de mirarla, añadió tras una pausa:

—Éste es el señor Regan. Trabaja en equipos de radio y televisión por estos parajes. Intenta venderme un aparato de televisión.

—¿No era precisamente lo que deseabas? —preguntó ella. Su voz era profunda, de garganta, que armonizaba bien con su silueta y su mirada.

—Podría ser —admitió Delaney al tiempo que aplastaba la punta de su cigarro contra el cenicero y me observaba—. Pero, supongamos que ese aparato que propone construirme no me guste una vez terminado... ¿Qué ocurre entonces?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para poder seguir hablando de negocios ante aquella mujer que me impresionaba de una forma como ninguna otra lo había hecho antes.

—Eso no debe preocuparle, señor Delaney. Si luego resulta que a usted no le gusta, ya me las arreglaré de una forma u otra para encontrar a alguien que le interese. Pero le gustará...

—Estoy segura de que un aparato de televisión te entretendrá mucho. Deberías comprarlo —sentenció la mujer.

No dijo nada más. Me hizo un saludo con la cabeza, sus grandes ojos color nomeolvides me recorrieron con una mirada curiosa y, con una ligera sonrisa que no quería decir nada, pasó ante mí y bajó por la escalera de la terraza. Mis ojos la siguieron un instante por el sendero, hasta que desapareció por una esquina del chalet.

No había dejado de mirarla durante aquellos breves instantes. Su caminar ondulante, su forma de mover graciosamente las caderas, la seducción que se desprendía de todo su ser, habrían despertado en usted los mismos sentimientos que despertaron en mí, sí, exactamente los mismos, estoy convencido.

Y en aquel momento, mientras la miraba bajar por la escalera y tomar el caminito de cemento, la deseé como jamás había deseado a otra mujer en el mundo.

—Bien, de acuerdo —aprobo Delaney—. Hágame ese aparato. Si me gusta, lo compraré.

A mi pesar, volví a la tienda. Me fastidiaba aquella forma de trabajar. Aquel tipo, en su silla de ruedas, lo mismo podía ser un farsante que un

fantasmón y yo me jugaba buena parte de mis ahorros para construirle un aparato fantástico y al final igual me dejaba colgado. Sin embargo, estaba decidido a evitar toda discusión con él. Ante todo, lo que deseaba era volver a ver a la mujer, y seguir adelante con el negocio era la única forma de lograrlo.

—Bien, se lo voy a montar. Tardaré un par de semanas. Mientras tanto, puede quedarse el aparato que he traído.

—Sí, déjemelo. Le pagaré el alquiler.

—Nada de eso. No lo alquilo: se lo dejo gratuitamente. Pero necesitará una buena antena fija. Mañana vendré a instalársela. ¿Le parece?

—Perfectamente. Venga mañana. Yo estoy siempre en casa.

Le dejé, pues, en la terraza, absorto en la pantalla luminosa del aparato. Al llegar al camino abrí bien los ojos con la esperanza de ver de nuevo a la mujer, pero no apareció.

No dejó por ello, sin embargo, de perturbar mi mente a lo largo del camino de vuelta a casa. Cuando me metí en la cama, seguí soñando con ella y, al despertar, siguió acompañándome, y me acompañó también mientras me preparaba el desayuno.

A media tarde, volví al chalet del Blue Jay. Había esperado a la tarde pensando que quizás ella emplearía la mañana para ir de compras. Y la idea de no encontrarla me atormentaba.

A mi llegada, Delaney seguía en la terraza. El televisor estaba encendido. Miraba una película de *gánsters* y apenas si alzó la cabeza cuando yo bajé de la camioneta.

Cogí la antena que traía, un rollo de cable, la caja de herramientas y comencé a subir la escalera.

—Entre —me dijo Delaney señalando con un gesto vago hacia la sala—. Por ahí encontrará a la criada o a mi mujer.

Por su forma de hablar hubiérase dicho que, para él, su mujer o su criada eran la misma cosa. Me sentí bastante irritado.

El amplio *living-room* donde entré era de un lujo tal que solamente un millonario podía permitirse algo así. Dejé por allí mi material y, al no ver a nadie, crucé el salón, abrí una puerta acristalada y eché un vistazo al patio donde en una fuente de chorro cristalino una bandada de pececillos dorados se recreaba con el sol.

Con el corazón latiendo fuerte, el pecho jadeante, avancé con pasos indecisos por un corredor al cual daban varias puertas. Una de ellas se hallaba abierta. Oí tatarrear a Gilda Delaney.

—¿Señora Delaney? —llamé alzando ligeramente la voz.

Ella apareció inmediatamente en la puerta. Era todavía más hermosa que la mujer cuya imagen había yo conservado durante treinta y seis horas. Mi memoria no es ahora capaz de retener esa mirada, el encanto sensual de su cuerpo espléndido, ni el colorido de aquella cabellera de bronce brillando al sol.

Esa tarde llevaba una blusa de seda color crema y una falda plisada azul cielo. ¡Estaba verdaderamente sensacional!

—Hola, señor Regan —saludó ella con una estimulante sonrisa.

—Su marido me ha dicho que entrara —le expliqué con voz sorda—. Quisiera montar la antena. ¿Hay forma de subir al tejado?

—En el granero hay un tragaluz y por allí se puede acceder al tejado. Pero necesitará una escalera. La encontrará en el trastero, aquella puerta de allá...

—Gracias.

Y tras una pequeña pausa, añadí:

—Parece que la televisión ha tenido éxito.

Ella asintió moviendo con la cabeza mientras su mirada me recorría, me sopesaba, como si se preguntara qué clase de tipo era yo.

—Me parece que sí —dijo al fin—. La ha puesto a las nueve de la mañana y desde entonces no la ha apagado.

—Para una persona que como él se encuentra postrada en una silla de ruedas, no hay mejor distracción.

—Sí, desde luego —contestó mientras una sombra de aburrimiento flotaba sobre sus ojos azules de nomeolvides—. Pero no quisiera entretenerle más...

Era una forma de darme a entender que yo estaba allí para trabajar y no para pasarme la tarde charlando.

—¿Esa puerta, dice? —pregunté.

—Sí.

—¿Y el desván?

—Justo encima. Ya verá la trampa en el techo.

—Muy bien. Gracias, señora Delaney.

Ya en el cuarto trastero, levanté la trampa que daba acceso al desván. Era de techo muy bajo y apenas podía ponerme de pie. A través del tragaluz, como me había dicho, era fácil llegar al tejado. Abrí el ventanuco y volví a la planta baja.

Recogí mis trastos en el salón y regresé por el corredor. Al pasar de nuevo frente a la puerta de su habitación, apareció ella en el umbral.

Me lanzó una mirada que me inmovilizó bruscamente, como si acabara de tropezar con una pared.

—¿Necesita ayuda? —me preguntó.

—Gracias, pero no quisiera molestarla...

—Oh, no, yo no tengo nada que hacer. Puedo ayudarle.

Nos miramos el uno al otro.

—Bueno, si usted quiere, por mí encantado. Así no tendré que subir la caja de herramientas al tejado. Si usted me acercara lo que necesite, me sería de gran ayuda.

—Eso no parece demasiado complicado.

Se movió con aquella gracia embrujadora que ya me había subyugado antes. Al pie de la escalera se detuvo.

—¿Le parece que podrá subir? —le pregunté señalándole con un movimiento de cabeza la trampilla abierta.

—Creo que sí. Bastará sólo con que usted sujete la escalera para que no se mueva.

Dejé la antena en el suelo y me acerqué a ella. Llevaba un perfume que me resultaba desconocido. Un perfume penetrante que casaba con su temperamento y su personalidad. Nada más que sentirme así, a su lado, me puso a cien.

Sujeté la escalera.

—Parece que aguantará bien —le dije.

Ella empezó a subir. A medio camino se detuvo para ver qué hacía yo. Sus largas y esbeltas piernas estaban a la altura de mis ojos.

—Hubiera debido ponerme mis *blue-jeans* para este trabajo —me dijo sonriente.

—Está muy bien así —le repliqué mientras se me caía la baba—. No la miraré.

Ella lanzó una carcajada.

—¡Eso espero!

Agarrándose entonces al reborde de la trampa, se encaramó ágilmente al desván.

Naturalmente, la falda plisada volteó alegremente durante la operación y la breve visión que tuve de sus encantos bastó para ponerme la sangre en ebullición.

Se inclinó por la abertura de la trampa para mirar abajo. En esta postura era verdaderamente irresistible, con su cabellera de bronce cayéndole hacia adelante y enmarcando su bello rostro.

Sus ojos me inspeccionaron una vez más. Tenía esa forma de medirle a uno, a la vez imperturbable y experta, que tienen las mujeres duchas en lances amorosos y que saben cómo reaccionan los hombres, sobre todo en una ocasión como aquélla.

—¿Quiere pasarme la antena? —me dijo.

Lancé un suspiro de alivio al brindarme la ocasión de volverme. Recogí la antena, se la pasé, y luego hice otro tanto con la caja de herramientas y el rollo de cable.

Luego me reuní con ella en el desván. En la atmósfera pesada y cerrada del pequeño habitáculo, ambos teníamos la impresión de ser los dos únicos seres sobre la faz de la tierra. Desde allá arriba ya no se oía la televisión. Yo no distinguía ningún otro ruido más que el latir precipitado de mi corazón.

—¡Menos mal que yo no tengo que subir al tejado! —dijo apartándose un poco de mí para contemplar a través del tragaluz un retazo de cielo azul—. A veces tengo vértigo...

—A mí también me pasaba antes. Pero ahora ya no tengo problemas en ese aspecto. Uno acaba acostumbrándose a todo: sólo hay que proponérselo.

—¡Yo también creía eso antes! Pero ya no pienso igual. Sé perfectamente que mi marido no se resignará nunca a permanecer clavado en su silla de ruedas por el resto de su vida.

Yo empecé a pelar un extremo del cable.

—Sí, pero no es la misma cosa... ¿Fue un accidente?

—Sí, —contestó ella moviendo la cabeza y alisándose la cabellera con sus dedos afilados—. Esa parálisis le pesa terriblemente. Para él todavía es peor que para otro hombre cualquiera. Piense que él era profesor de tenis en los estudios de la Pacific Films. Daba lecciones a todas las estrellas. Un trabajo apasionante y bien pagado. Y apenas tiene cincuenta años. Es difícil creer lo bien que se puede jugar al tenis a esa edad, y él lo hacía maravillosamente. Le encantaba dar lecciones. Además, no sabe hacer otra cosa ni se interesó por nada más en la vida. Y, desde que tuvo ese accidente... Nunca podrá volver a caminar...

«Ni nunca podrá volver a hacerte el amor», me dije para mis adentros. Si experimenté alguna piedad por alguien, en ese momento, fue por ella, no por él.

—Es todo un palo —expresé en voz alta—. ¿Pero no podría tratar de interesarse por cualquier otra cosa? ¡No va a seguir inactivo en su silla por el resto de sus días!

—No necesita hacer nada más. Ha ganado muchísimo dinero. Eso, al menos, no falta en la casa —dijo mientras sus labios rojos y pulposos esbozaban una amarga sonrisa—. Ha venido a refugiarse aquí para huir de sus amigos. Por encima de todo le horroriza que se compadezcan de él.

Fijé los extremos pelados del cable a la conexión de la antena.

—¿Y usted? Supongo que no le hace ninguna gracia verse enterrada aquí. Se encogió de hombros y replicó:

—Es mi marido.

Luego me examinó durante un largo momento y preguntó:

—¿Le paso la antena?

La conversación terminó ahí. Subí al tejado y ella me pasó la antena. Con su ayuda, necesité poco rato para instalarla. Me tendía las herramientas por el tragaluz conforme yo las iba necesitando. Cada vez que me acercaba al ventanuco y la veía debajo de mí, me sentía más impresionado por ella.

Acabé, pues, de colocar la antena y lancé el rollo de cable al jardín.

—¡Ya está! —le dije deslizándome dentro del desván a través del tragaluz.

—Ha sido rápido —observó ella.

Estaba casi pegada a mí.

—Bueno, he colocado ya tantas antenas que me parece que ahora podría instalarlas hasta durmiendo.

Mi respiración se hacía jadeante.

Sabía que ella no me escuchaba. Me miraba fijamente, la cara levantada hacia la mía. Y yo veía, de nuevo, aquel resplandor fascinante encenderse en sus ojos azules.

Repentinamente la vi vacilar, inclinándose más hacia mí. La cogí y la estreché entre mis brazos.

Antes ya había besado a otras muchas mujeres. En cambio, este beso no se parecía a los otros. Era la clase de beso con el que se sueña pero que no se alcanza jamás. La sentí fundirse en mí. Era, verdaderamente, el «momento de la verdad». No veo otra fórmula para definir este beso.

Permanecemos estrechamente enlazados durante veinte o treinta segundos. Luego, deshaciendo nuestro abrazo, ella retrocedió un paso, se llevó un dedo a los labios y me miró fijamente. Sus ojos de azul nomeolvides estaban velados. Los cerró a medias y jadeó tanto como yo.

—Tiene carmín en los labios —me indicó con su voz profunda.

Dio media vuelta y, por la abertura de la trampa, se deslizó fuera de mi vista. Yo esperé, tembloroso, en el desván. Mi corazón seguía latiendo

alocadamente. Escuché sus ligeros pasos alejándose de mí.

III

Aquella tarde volví a casa a eso de las ocho, todavía con el corazón lleno de Gilda. Improvisé una cena frugal y, después, salí a la terraza, encendí un cigarrillo y me puse a pensar.

No cesaba de preguntarme por qué ella me habría besado.

Me decía a mí mismo: «Una mujer tan deslumbrante como ella, viviendo con tanto lujo, no se tomará nunca en serio a un tipo como yo. Ha tenido sólo una debilidad momentánea. Ya no hay que pensar más en eso. No volverá a ocurrir. No seas bobo, no trates de convencerte a ti mismo de que ella abandonará a su marido para vivir contigo. ¿Qué podrías ofrecerle tú? ¿Esta birria de chaletito? ¡Con todo lo que ganas no llegarías ni a pagarle las medias que viste! Ha tenido un momento de abandono, eso es todo, y no volverá a suceder...».

Precisamente en aquel instante el timbre del teléfono interrumpió mis pensamientos.

Me levanté, pasé al salón y descolgué el aparato.

—Espero no molestarle, señor Regan...

Una voz tan dulce y velada como aquélla era única en el mundo. Nada más escucharla, la sangre se me subió bruscamente a la cabeza.

—Pues claro que no...

—Quisiera verle. Hay algo que necesito hablar con usted. ¿Podría ir a su casa a eso de las once?

—¿Esta noche, quiere usted decir?

No podía creer lo que oía.

—Claro que si ello ha de causarle molestias...

Ella hablaba con toda sangre fría, gentilmente.

—¡En absoluto!

—Entonces, hasta las once.

Hacía dos minutos que habían dado las once cuando vi los faros de un coche que ascendía la cuesta. Me levanté a toda prisa y, con el corazón latiendo aceleradamente, bajé los peldaños del porche y contemplé al Buick mientras se acercaba.

—Me excuso por venir tan tarde, señor Regan, pero he tenido que esperar a que mi marido se acostara.

Aquello parecía ya una pequeña conspiración. Mi respiración se aceleró. Yo me sentía como mareado.

—Por favor, suba a la terraza, señora Delaney.

Pasó delante de mí y empezó a subir la escalera. Yo había apagado las luces exteriores. La única luminosidad llegaba del salón y proyectaba un rectángulo de claridad sobre el suelo de la terraza. Cuando ella cruzó esa mancha de luz, me di cuenta de que nuevamente vestía su camisa y pantalón de vaquero. Se dirigió hacia uno de los sillones de mimbre y se instaló en él.

—Insisto en excusarme por lo ocurrido esta tarde —dijo muy tranquila, con un tono hasta prosaico—. Me fastidia lamentar cualquier cosa que sea, pero el hecho es que lamento lo sucedido esta tarde. Usted debe pensar que yo soy una de esas mujeres fáciles que se lanzan a los brazos del primer recién llegado.

—Nada de eso —protesté—. Además, ha sido culpa mía. Yo no hubiera debido nunca...

—Por favor, no sea hipócrita. Cuando sucede una cosa así, la culpa es siempre de la mujer. La verdad es que yo perdí un poco la cabeza —dijo reclinándose un poco más en el sillón—. ¿No me ofrece un cigarrillo?

Le tendí uno y ella lo tomó. Rasqué una cerilla. Pero mi mano temblaba tanto que ella tuvo que poner la suya sobre mi muñeca para poder encender el cigarrillo. El simple contacto de sus dedos frescos sobre mi piel hizo aumentar todavía más los latidos de mi corazón.

—Me avergüenzo —dijo luego, reclinándose de nuevo contra el respaldo del sillón—, pero reconozca que no es siempre cómoda para una mujer una situación como la que yo tengo que vivir. Pero, ¿para qué hacer de esto un misterio? Yo hubiera debido dominarme. No deseo que usted me tome por una presa fácil. Somos vecinos y no quiero que piense que ahora debe terminar lo que empezó. Pienso, por mi parte, que era la menor de las cortesías venir a explicarle a usted...

—Pero no hacía ninguna falta. Le aseguro que yo no imaginaba nada.

—Sí, sí, usted lo imaginaba. ¿O cree que no sé que yo atraigo a los hombres? Mas eso no es culpa mía. Yo no puedo hacer nada para evitarlo. Pero cuando algunos se dan cuenta de que mi marido está paralítico, empiezan a acosarme. Hasta ahora yo no había encontrado a un hombre lo bastante seductor como para inquietarme de veras, y por lo tanto no me costaba nada alejar a los moscones. En cambio, usted tiene un no sé qué... — se interrumpió y dio una chupada al cigarrillo, expulsando luego el humo—. Pero no importa. Necesitaba venir a verle para decirle que lo de esta tarde no

se volverá a repetir. Ya ve usted, señor Regan, que si yo tuviera la desgracia de enamorarme de otro hombre, no podría nunca abandonar a mi marido. Es un paralítico. Y no tiene a nadie más que a mí. Y para mí es un caso de conciencia, una cuestión de honor...

—Pero si usted llega a amar a otro hombre —le repliqué—, nadie podrá reprocharle el que haya abandonado a su marido. Usted es joven. Yo no puedo imaginarme que permanezca atada a él por el resto de su vida. Sería un sacrificio inútil.

—¿De veras lo cree? Cuando yo me casé con él, juré estar a su lado para lo bueno y para lo malo. Y ahora me resulta imposible eludir mis responsabilidades. Porque, además, yo soy la culpable del accidente que lo convirtió en un paralítico. Por esta razón, e independientemente de las promesas pronunciadas el día de la boda, debo permanecer a su lado.

—¿Fue usted quien causó su accidente?

—Sí —admitió Gilda cruzando sus largas y delgadas piernas—. Y usted es, después del accidente, la primera persona a la cual hablo de ello. No sé por qué será, pero con usted me siento cómoda. ¿Le aburriría si le contara cómo sucedió?

—Nada de lo que usted me diga podría aburrirme.

—Gracias... Hace cuatro años que Jack y yo nos casamos. El accidente ocurrió tres meses después de nuestra boda —explicó en tono desenvuelto, impersonal—. Una noche estuvimos de fiesta en casa de unos amigos. Jack había bebido demasiado y a mí me horrorizaba verle conducir cuando estaba ebrio, lo cual ocurría a menudo. Al subir al coche, yo intenté coger el volante. No quería, pero, tras una pequeña discusión, dejó que condujera yo. Íbamos por una carretera de montaña y Jack acabó por dormirse, acunado por el movimiento del coche. A mitad de camino encontré un coche parado que me cortaba el paso. Era el coche de uno de nuestros amigos. Habíamos estado juntos en la fiesta y el automóvil se había averiado. Me detuve, bajé y empecé a acercarme. Me había parado en una cuesta muy empinada. Apenas había comenzado a andar, nuestro coche empezó a deslizarse hacia atrás. Supongo que no había tensado suficientemente el freno de mano.

Gilda lanzó al jardín su cigarrillo a medio fumar y prosiguió:

—Jack seguía durmiendo. Desde luego, yo corrí intentando alcanzar el coche, pero ya era demasiado tarde. Se había salido de la carretera... No olvidaré jamás el terrible estrépito que hizo el coche al aplastarse contra el fondo del precipicio. Si hubiera puesto bien el freno de mano, no habría ocurrido...

—Fue un accidente —manifesté—. Le hubiera podido suceder a cualquiera.

—Ésa no es la opinión de Jack. Él cree que la culpa fue enteramente mía. Tengo desde entonces un terrible complejo de culpabilidad y por esa razón no podré abandonarle nunca.

Yo le hice la pregunta que me interesaba por encima de todo:

—¿Le sigue queriendo?

Vi cómo se sobresaltaba.

—¿Si le quiero? Ya no se trata de quererle. Hace cuatro años que vivo con él. Ha sufrido mucho, pero desde luego su compañía no me resulta muy agradable. Bebe y a veces tiene mal carácter. Tiene veintitrés años más que yo. No compartimos las mismas ideas. Pero me casé con él y debo aceptarlo. Es culpa mía si él ahora es un paralítico y ha estropeado su vida.

—Fue un accidente —repetí estrechando mis puños cerrados contra mis rodillas—. Usted no puede reprocharse nada.

—¿Y qué cree usted que debería hacer yo?

—Es libre de abandonarle, si lo desea. Así es como lo veo.

—No tiene usted los mismos escrúpulos que yo...

Tendió la mano y le di un nuevo cigarrillo. Me puse en pie para encendérselo. A la luz de la llama nos observamos atentamente el uno al otro.

—Usted es un hombre turbador, ¿lo sabía? —murmuró después.

—Usted también es muy turbadora.

—Lo sé. Pero no es solamente en la mente de la mayoría de los hombres donde siembro turbación, sino también en la mía. Mi vida es muy difícil, señor Regan. Supongo que usted ya se ha dado cuenta. Lo que nos ha pasado esta tarde me ha atormentado mucho. ¿Quiere usted aceptar todas mis excusas?

—Pero no tiene usted por qué excusarse... Yo la comprendo perfectamente.

—Le creo. Yo no hubiera venido sola, a estas horas de la noche, si usted no me comprendiera. Pero ahora debo marcharme ya —añadió poniéndose de pie—. Se está muy bien aquí, es una zona tranquila. Le he preguntado a María, mi criada, si le conocía. Me ha contado que es usted soltero y vive solo.

—Sí, vivo solo aquí desde hace tiempo.

Yo estaba muy cerca de ella. Los dos contemplábamos las copas de los árboles que se recortaban al claro de luna.

—¿No le aburre vivir tan solo? Yo habría jurado que estaba usted casado...

—Todavía no he encontrado a la mujer que me conviene.

Ella me lanzó una rápida mirada. En el mismo instante, la luz pálida de la luna le iluminó la cara y vi cómo sus labios esbozaban una sonrisa amarga.

—Sin duda es usted un hombre exigente.

—Es probable. El matrimonio es algo demasiado definitivo, al menos para mí. Tengo al respecto las mismas ideas que usted.

—Sí, pero se tiene necesidad de amor. Yo, por mi parte, nunca he amado de verdad a mi marido. Me casé con él sólo por seguridad, para asegurar mi porvenir. Antes de conocerle, yo no tenía un céntimo. Pero sería mucho más feliz si hoy, lo mismo que antes, no tuviera nada. Nada más que mi libertad.

—¡Pero usted puede recuperar su libertad!

—No ahora. Si le abandonara, me torturarían los remordimientos. ¡La propia conciencia es lo más severo que hay en el mundo!

—En lo que me atañe, mi conciencia no me molesta. Pero creo comprender muy bien lo que usted siente.

—Me pregunto qué va usted a pensar de mí mañana —siguió Gilda pasando maquinalmente el dedo índice sobre la barandilla de la terraza—. He venido aquí por un impulso, pues me hubiera gustado poderle hacer comprender...

Le cogí las manos.

—Gilda...

Ella se volvió para mirarme. Sentí que todos sus miembros temblaban.

—Gilda, estoy loco por ti.

—¡Oh, querido, soy tan hipócrita! —murmuró jadeante—. Estoy muy avergonzada, pero desde el primer momento que te vi...

La tenía en mis brazos y mis labios aplastaron los suyos. Estábamos estrechamente abrazados y podía sentir, contra mí, su ardiente deseo, la llamada de todo su ser... La cogí en brazos para llevarla al interior del chalet.

La lechuza que acechaba siempre sobre el tejado del garaje emprendió el vuelo bruscamente y pasó justo delante de la luna.

Trazó una pequeña e insignificante sombra.

I

Durante tres noches seguidas vino al chalet e hicimos el amor.

Amor furtivo, precipitado y, pasada la primera excitación, amor decepcionante también, al menos para mí.

Ella tenía miedo de que la vieran entrar o salir. Le aterrorizaba el solo pensamiento de que su marido pudiera descubrir su infidelidad.

Y, así, nuestros amores eran clandestinos. A mi me fastidiaba verla tan nerviosa, verla incorporarse de pronto, en la cama, y abrazarse a mí en cuanto oía el más ligero ruido, ya fuera el zumbido de un coche que pasaba, el graznido de una lechuza o el golpear de una rama contra el tejado.

Durante cada una de esas tres noches no se quedó conmigo más de una hora. Nuestros instantes de intimidad se limitaban a aquellos abrazos vehementes y desesperados. No teníamos siquiera tiempo para charlar un poco. Ella quería volver a su casa en seguida y yo no sabía de ella más que el día que la conocí.

Pese a todo, sin embargo, yo estaba locamente enamorado. Para mí, esta aventura iba más allá del simple amor físico y me desesperaba comprobar que su marido ejercía sobre ella una influencia tan fuerte.

En cuanto abría la boca, siempre hablaba de él. Y yo nunca tenía ganas de escuchar lo que me contaba de su marido. Era de ella de quien deseaba oír hablar. También me hubiera gustado saber qué pensaba de mí, pero nunca dijo ni una palabra al respecto.

—Si él descubre la verdad, no me lo perdonaré jamás —me dijo la tercera noche, mientras se vestía precipitadamente—. Siempre me necesita. A veces, por la noche, sufre mucho. Me despierta para que le dé un somnífero. Quizás en este mismo momento me esté llamando y yo...

—Por favor, Gilda. No pienses siempre en él —dije yo, perdiendo ya la paciencia—. ¿Por qué no le dices la verdad, de una vez por todas? ¿Por qué no le dices que me amas y que deseas recuperar tu libertad?

—¡Pero Terry, tú sabes que yo jamás podría abandonarle! Soy yo la culpable de su accidente, la culpable de haber arruinado su vida. Nunca, nunca podré abandonarle.

La atraje hacia mí.

—¿Me quieres, Gilda?

Alzó los ojos hacia mí y de nuevo su mirada se impregnó de aquel asombroso poder de seducción.

—¿Cómo puedes dudarlo, Terry? Sí, claro que te quiero. Pienso en ti sin cesar. Quisiera estar siempre contigo. Es horrible decirlo, pero si él muriera... Yo podría estar contigo para siempre. Pero mientras él siga con vida, yo no seré libre.

—Pero es poco probable que muera, ¿no? —le pregunté con impaciencia.

Se apartó de mi lado para acercarse a la ventana y se puso a contemplar los árboles al claro de luna.

—En efecto. Cuando le examinó el doctor, antes de que nos instaláramos aquí, me dijo que estaba en excelente forma. Es capaz de vivir treinta años o más.

—¿Entonces de qué te sirve desear su muerte? No vamos a esperar nosotros treinta años, ¿verdad? Es preciso que pidas el divorcio.

—¡Pero no puedo hacerle eso, Terry! —exclamó alzando de nuevo los ojos hacia mí—. ¿Cuántas veces deberé repetirte que no puedo abandonarle?

—¡Claro que puedes! Él tiene dinero. Puede pagarse una enfermera para que le cuide. ¿A cuánto asciende su fortuna?

Gilda se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! Tiene un montón de dinero. Ciento cincuenta mil dólares, o quizás más...

—Entonces puede permitirse pagar a alguien para que cuide de él. Y así tú podrías recuperar tu libertad.

Gilda volvió la cabeza y dijo con voz baja pero muy diferente:

—Si él muriera, Terry, ese dinero me pertenecería. Lo compartiríamos entre los dos. ¿Qué harías tú si tuvieras ciento cincuenta mil dólares?

—¿De qué sirve hablar de eso?

—Terry, por favor. Sólo te pido que me digas qué harías si tuvieras todo ese dinero.

De pronto me puse a soñar cómo iba a emplear una suma semejante, si fuera mía. Sentí un pequeño escalofrío en la espalda.

—Si dispusiera de un capital así, estoy seguro de que podría doblarlo en un año. Abriría una tienda en Los Angeles. Tendría tres o cuatro coches para entregas y reparaciones que recorrerían toda la región. Me especializaría en la construcción de aparatos de alta fidelidad. Podría hacer un montón de dinero.

—Y te gustaría hacerlo, ¿verdad? ¡Pues a mí me gustaría estar a tu lado y mirarte!

La miré, asustado.

—¿Pero para qué hablar de todo esto, Gilda? Él no va a morir. Tú sólo tendrás su dinero cuando ya seas demasiado vieja para disfrutarlo. Así pues, la única solución es pedir el divorcio. Olvídate de ese dinero. Lucha solamente para conseguir tu libertad.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo pedir el divorcio. No puedo librarme de mi complejo de culpabilidad. Es por mi culpa que se ha convertido en un paralítico. No puedo abandonarle ahora.

Yo estaba en el colmo de la exasperación. Respiré profundamente.

—¿Qué vamos a hacer, pues?

Sin apresurarse ahora, salió del dormitorio y pasó al salón.

Yo la seguí. Se detuvo en la terraza.

—¿Qué vamos a hacer, Terry? —preguntó sin mirarme—. Pues dejar de vernos. Es la única solución. Y no es complicada. Lo que más desprecio en el mundo es a la mujer que engaña a su marido. Desde que empezamos a amarnos, sólo siento desprecio hacia mí. Dejémoslo correr, Terry. Es la mejor solución. Tenemos que dejar de vernos.

La sorpresa me había paralizado. Incluso me parecía sentirme enfermo.

—Escucha, Gilda...

—No, Terry. Tenemos que saber dominarnos. Hay que acabar lo nuestro.

—No precipitemos las cosas. Volveremos a hablar de esto mañana por la noche.

—No habrá «mañana por la noche». No vendré. Hemos de acabar esto en seguida.

Quise abrazarla, pero ella se zafó.

—Por favor, no compliques las cosas. Tú sabes que a mí me resulta tan penoso como a ti. Pero ahora me doy cuenta de lo tonta que he sido. Basta, Terry. Ahora debo irme. Es preciso que no nos veamos más.

Me dijo estas palabras con tanta sinceridad, con tanta desesperación, que me aparté de su lado con el corazón roto.

Gilda bajó la escalera y se precipitó hacia el coche.

Yo me quedé allí, viéndola partir, tratando de convencerme a mí mismo de que todo lo que me había dicho no podía ser verdad. Sus palabras sólo eran consecuencia de sus escrúpulos de conciencia. Pero mañana volvería a reunirse conmigo.

Sin embargo no volvió más al chalet.

A la noche siguiente, yo estuve esperándola bajo la terraza. Cuando las agujas de mi reloj señalaron las doce y media, comprendí que no vendría. Yo me sentí desmoralizado.

Al otro día era viernes. En ese día ella siempre bajaba a Glyn Camp para efectuar la compra de la semana.

Fui al pueblo con la esperanza de tropezarme con ella.

Pero no fue a comprar.

Al fin, a mediodía, me rendí a la evidencia: Gilda no saldría de su casa.

Desmoralizado, me dirigí hacia el aparcamiento. Cuando iba a subir a mi camioneta vi al *sheriff* Jefferson que se acercaba acompañado de un tipo bien vestido al que yo no conocía.

Era demasiado tarde para evitar el encuentro. Dirigí un alegre saludo con la mano a Jefferson para que viera lo contento que estaba de verle.

—Quiero presentarle a Matt Lawson —me dijo el *sheriff* inmediatamente; y dirigiéndose a su acompañante—: Señor Lawson, éste es Terry Regan, el hombre del cual le estaba precisamente hablando.

Matt Lawson me tendió la mano, y yo se la estreché. Tenía todo el aire de un recién salido de la Universidad.

—Señor Regan, según lo que me ha explicado el *sheriff*, creo comprender que los aparatos de televisión de esta zona están todos bajo su control.

—Bueno, no diré que me ocupe de todos, pero sí de buena parte de ellos.

Jefferson intervino para despedirse:

—Señores, les dejo con sus negocios. Le he prometido a Doc que iría a jugar una partida de damas con él.

Estrechó la mano de Lawson, me dijo que esperaba mi próxima visita y se alejó hacia su despacho.

—Puesto que tiene usted prisa, señor Regan, voy a ser muy breve. Yo pertenezco a la National Fidelity Insurance y trato de efectuar seguros de televisión. He pensado que quizás usted podría confiarme la lista de sus clientes. Eso me ahorraría muchas idas y venidas y gestiones inútiles. Pero, naturalmente, no pretendo en absoluto que me la ceda usted gratuitamente. Me disponía a ofrecerle la cuarta parte de mi comisión sobre todas las pólizas que haga aquí...

Pese a que yo no estaba de humor para hablar de negocios en aquellos momentos, no cometí la estupidez de mostrarme indiferente a las ventajas que podría reportarme una proposición de aquella clase.

—¿Qué tipo de seguros hace? —le pregunté.

—El normal en estos casos: garantía sobre la pantalla, gastos de conservación, repuestos. El cliente paga la factura, nos la envía y nosotros se la reembolsamos. Todo lo que yo necesito es la dirección de todos aquellos que tengan aparato de televisión.

—De acuerdo. Tengo mi agenda comercial en la camioneta. Se la voy a prestar, y no tendrá más que copiar lo que le interese. Cuando haya terminado, se la devuelve al *sheriff*. La recogeré la próxima vez que baje al pueblo.

Él me prometió que así lo haría.

Mientras buscaba la agenda, le dije:

—No sabía que la National Fidelity hiciera también seguros de televisión. Creí que sólo se dedicaba a seguros de vida...

—Hacemos toda una gama de seguros, pero por supuesto son las pólizas de vida la base de nuestro negocio.

Le pasé mi agenda, le estreché la mano y, ya en la camioneta, me dirigí a casa.

Había reunido ya todas las piezas necesarias para la construcción del super aparato para Delaney y aquella tarde me puse manos a la obra.

Trabajaba por dos razones. En primer lugar, porque hasta entonces no había tenido ocasión de construir un aparato semejante. Halagaba mi amor propio el emprender una obra de aquella envergadura. Pero la otra razón, la más poderosa, era que yo me daba cuenta de que Gilda mantendría su palabra y que el aparato me daría la excusa aceptable de poder presentarme en Blue Jay y pasar allí cierto tiempo instalándolo. Y, obviamente, cuando estuviese en su casa podría verla.

Me puse pues a montar el aparato, con el oído alerta por si sonaba el teléfono. En realidad aún esperaba que Gilda cambiara de opinión. Una idea que sólo podía ocurrírsele a un hombre como yo, desmoralizado, locamente enamorado de una mujer a la cual desea sin cesar, a todas horas, aunque sabe que no la tendrá en sus brazos.

Y mientras trabajaba, poco a poco, me fui dando cuenta de que el único obstáculo que me separaba de Gilda era un quincuagenario clavado a su silla de ruedas, un pobre paralítico que no contaba para nadie, ni siquiera para él mismo.

II

A la mañana siguiente me fui a Los Angeles para escoger la madera para el mueble del aparato que construía para Delaney. Expliqué al ebanista cómo deseaba que me preparara el contraplacado. Me prometió que en una hora lo tendría listo.

Para matar el tiempo paseé por las calles y contemplé los escaparates. En uno de ellos descubrí una polvera de plata y laca azul. Atrajo poderosamente mi atención porque el azul de la laca era exactamente del mismo matiz que los ojos de Gilda.

Entré en la tienda y compré la polvera. Le pedí al joyero que grabara en el interior de la tapa el nombre de Gilda, cosa que hizo mientras yo esperaba.

De vuelta a casa, descolgué el teléfono y llamé al chalet del Blue Jay.

—¿Sí, diga?

Al oír su voz el corazón me dio un vuelco.

—¿Podríamos ir mañana por la noche a cenar a Los Angeles? —articulé lentamente—. Te esperaré junto a la verja a las once...

Se produjo un breve silencio y luego ella dijo:

—Creo que se ha equivocado de número... No se preocupe, no tiene importancia.

Colgó; me imaginé que Delaney debía estar en la misma habitación y escuchaba lo que ella decía. Colgué a mi vez.

¿Qué hacer sino esperar al día siguiente?

A las once menos cuarto, enfundado en mi mejor traje, me dirigí al chalet del Blue Jay.

Exactamente a las once y un minuto vi que bajaba por el camino.

Su aparición puso mi sangre en ebullición. No me moví. Mis manos estaban apoyadas en el portal de la verja, observando cómo avanzaba hacia mí con la gracia alada que la caracterizaba. Llevaba una blusa blanca y una falda plisada.

Al llegar a mi lado se detuvo. Abrí la verja y se apoyó contra mí.

—Hola, Terry.

No era exactamente lo que yo había supuesto, mas no tenía nada que objetar. Yo la saludé a mi manera. Con un gesto brusco, la abracé.

Bueno, ésa era mi intención. Pero ella esquivó mis brazos. Sólo había abrazado a una sombra.

—¡No, Terry! ¡Te lo prohíbo!

La aspereza de sus palabras me produjo un escalofrío.

—¡Por qué! Desde que te telefoneé he vivido esperando este momento.

—Yo también, pero ya te lo dije: no volveremos a acostarnos juntos. Si no puedes verme sin querer hacer el amor, es inútil que volvamos a encontrarnos. Desde ahora no podemos ser más que buenos amigos, nada más...

—¿Amigos? ¿Después de lo que ha pasado entre nosotros?

—Sí, Terry. Si no lo aceptas, me voy. Lo siento, pero estoy decidida. No debería haber venido esta noche. Si no podemos ser buenos amigos, me es imposible volver a verte...

Respiré lenta, profundamente.

—De acuerdo —dije al fin—. Acepto tus condiciones.

—¿De verdad te resulta tan penoso, Terry?

—No importa lo que yo sienta. Has oído lo que te he dicho. Acepto tus condiciones. Y ahora, en marcha. Se nos va a hacer tarde.

Se acomodó a mi lado en la camioneta. Mientras ponía el motor en marcha le dije:

—Conozco un restaurante en la ciudad. Un lugar un poco apartado donde no hay riesgo de que encuentres a alguien conocido.

—Gracias por haber pensado en ello.

Había casi ochenta millas hasta Los Angeles. La carretera era buena, pero tardamos casi dos horas en recorrer el trayecto. Apenas hablamos durante este tiempo. Al principio Gilda hizo un esfuerzo por charlar de temas triviales, si bien sus palabras eran vacías, sin interés. Luego ella misma se dio cuenta, dejó de hablar e hicimos el viaje en silencio.

El restaurante italiano que yo había escogido se hallaba en las afueras de la ciudad, en Hermosa Beach. Tenía la reputación de poseer una excelente cocina.

Al llegar, dejé el coche en el aparcamiento y llevé a Gilda a la terraza sobre el mar. Las mesas estaban provistas de lámparas con distintas pantallas. Se oían los acordes de una música suave y los camareros de chaquetilla blanca se movían con diligencia, como los engranajes de una máquina bien lubricada.

Me puse a estudiar el menú, que aquella noche se componía de gambas y de escalopa a la boloñesa. Elegí un buen vino tinto.

Yo no dejaba de mirarla, con la esperanza de descubrir el resplandor que pocos días antes había visto centellear en sus ojos. Pero en vano. Me producía una curiosa sensación, como las ventanas habitualmente iluminadas de una casa donde te acogen bien y, de pronto, un buen día, las encuentras cegadas por cortinas negras.

—Esta escapada me gusta enormemente, ¿sabes, Terry? —declaró Gilda una vez nos hubieron servido—. No lo creerás, pero es la primera vez que salgo así, de noche, después de cuatro años...

—Me felicito por haberseme ocurrido la idea. Si puedes arreglarlo, podemos repetirlo otro día.

Ella debió captar la ligera amargura de mi voz, pues de pronto se puso a mirarme inclinando levemente la cabeza a un lado.

—Terry, háblame un poco de ti, de ese negocio que piensas montar... ¿Hasta dónde llega tu ambición? ¿Hasta dónde quieres llegar?

No tenía ninguna gana de hablar de aquel proyecto, mas si ella quería abrigar aquella ilusión ridícula debía seguirle el juego.

—Bueno, si tuviera dinero —empecé, mientras removía la comida en el plato, sin comer—, me compraría una tienda. Ya tengo decidido el lugar exacto. Lo que ahora hago, eso de cabalgar de un lado a otro haciendo reparaciones y vendiendo algún que otro aparato, no me llevará a ninguna parte. Lo que necesito es una tienda con un buen escaparate para exponer los aparatos contruidos por mí y para vender discos, aparte de tener dentro una buena sala de demostración. Eso es lo que quisiera hacer. Pero conseguirlo ya es otra cosa. Nunca podré ahorrar el dinero suficiente...

—¿Cuánto necesitarías? —preguntó sin dejar de mirarme fijamente.

La conversación empezaba a cargarme. Hubiera preferido que me dijera que me amaba.

—Depende. Con veinticinco mil dólares podría salir adelante. Sin embargo, necesitaría el doble para lanzarme a gran escala.

—Si él muriera, Terry, tendrías todo el capital que necesitas.

Yo la miré displicente.

—Claro, ya me lo dijiste. Si él muriera...

En ese instante la sorprendí lanzando una mirada furtiva a su reloj.

—Seguramente querrás volver ya... Quizás él necesite un comprimido o cualquier otra cosa...

—Por favor, Terry.

Llamé al camarero y pagué la cuenta.

En el camino de vuelta a la camioneta me dijo:

—Me ha gustado mucho esta salida, Terry.

—¡Qué bien!

No llegué a la hipocresía de afirmar que a mí también me había complacido.

Puse la camioneta en marcha y salimos de Los Angeles para adentrarnos en la carretera de montaña.

El viaje de regreso lo hicimos en un silencio total.

A un par de millas del Blue Jay, paré el coche. Volvió bruscamente la cabeza para mirarme.

—¿Por qué paras aquí?

—Quisiera darte algo.

Saqué del bolsillo el paquetito con la polvera y lo puse sobre sus rodillas.

—¿Qué es, Terry?

Encendí la lámpara del salpicadero.

—Ábrelo y lo verás.

Quitó la gomita, deshizo el papel y abrió el estuche.

Sobre su lecho almohadillado, la polvera resplandecía. Parecía un regalo principesco.

Lanzó una exclamación de sorpresa.

—Pero... ¿De verdad que es para mí?

—Desde luego. Hace juego con el azul de tus ojos.

—Por favor, Terry, no la puedo aceptar... No deberías haberme comprado un regalo así... ¡Es maravilloso! ¡Es demasiado preciosa!

—En cuanto la vi me dije que estaba hecha especialmente para ti.

Acarició la polvera dándole la vuelta una y otra vez entre sus dedos.

—Me tientas de verdad, Terry. No puedo resistir...

—No he querido tentarte. El que la aceptes no supone ninguna obligación para ti. Simplemente quería que la tuvieras.

Puse de nuevo el motor en marcha y me lancé a toda velocidad hacia el chalet del Blue Jay.

A mi lado, ella tamborileaba con la punta de los dedos, silenciosamente, sobre la polvera.

Me detuve frente a la barrera. Ambos bajamos de la camioneta. Durante un instante permanecimos quietos uno delante del otro.

—No sabes hasta qué punto me ha encantado esta velada, Terry. Te estoy muy agradecida por haber sido tan comprensivo. Y te doy las gracias también por la maravillosa polvera. Es el primer regalo que me hacen desde hace años. Me gusta mucho.

Se inclinó ligeramente hacia mí. Sus brazos me rodearon el cuello y sus labios se posaron sobre los míos.

Pero su beso no me causó el menor placer. Mientras la abrazaba, yo pensaba en su marido, tumbado en su cama y probablemente dormido, apenas

a cien metros de nosotros. Sabía de sobras que, mientras siguiese vivo, nosotros no podríamos conocer más que esos besos furtivos.

III

A la mañana siguiente, temprano, Gilda me llamó por teléfono.

—Cuando volví a casa —me dijo—, él estaba despierto. Había luz en su habitación.

Mi mano se crispó sobre el receptor.

—¿Sabe que saliste?

—No puedo afirmarlo. Sin embargo, esta mañana parece burlón. No ha pronunciado más que cuatro palabras. Terry, yo no puedo seguir viéndote. Tienes que dejar de hablarme. Lo lamento mucho, pero debemos renunciar a nuestras citas. Perdóname. He sido una tonta dejándome arrastrar. Por favor, no me telefonees más y no intentes volver a encontrarme. Es absolutamente preciso que él no sepa nada. Lo siento mucho, querido...

—Por favor, Gilda, pero nosotros no podemos...

—¡Viene hacia aquí!

Con estas palabras me colgó el teléfono.

Cuando un hombre está enamorado de una mujer como yo lo estaba de Gilda, siempre pierde un poco el norte. Y yo sé muy bien de qué hablo. Después de cuatro días y de cuatro noches de pesadillas, me encontré hecho una piltrafa. No me salía nada a derechas y mi trabajo se resentía. Incluso llegué a enfadarme con los clientes. No vendí ni un solo aparato.

Telefoneé tres veces al chalet del Blue Jay. La primera vez fue María, la gorda sirvienta mexicana, quien respondió. Colgué. La segunda vez fue Delaney. Colgué también. A la tercera respondió Gilda. Pero fue ella quien colgó en cuanto hubo reconocido mi voz.

Aquella noche me acerqué al Blue Jay y, en la oscuridad, rondé como un ladrón alrededor del jardín. El solo hecho de ver la silueta de Gilda recortarse contra la cortina de la ventana de su habitación me descompuso tanto que hasta me asusté.

A la quinta noche, saqué mi botella de *whisky* y eché un trago tal que me tumbó literalmente.

No soy un borracho, pero aquella noche necesitaba algo que me calmara la espantosa pena que me roía el corazón. El *whisky* se encargó de ello. Por primera vez, desde hacía cuatro noches, pude dormir, aunque soñé con Gilda.

¿Para qué seguir?

Ocho días después de nuestro último encuentro ocurrió un incidente que hizo realidad toda aquella pesadilla.

Eran las nueve de la noche. Había oscurecido, no había luna y el cielo amenazaba lluvia. Yo permanecía sentado en la terraza, fumando y mascando mis penas. Estaba un poco bebido y sabía que terminaría de emborracharme antes de meterme en la cama. Entonces sonó el teléfono.

Volví a la sala y descolgué el aparato.

—¿Es usted, Regan?

Reconocí la voz de Delaney. Nada más oírle mi embriaguez se disipó.

—Sí.

—El aparato se ha estropeado. Creo que se ha fundido una lámpara.

Era la primera buena noticia que recibía desde el comienzo de mi calvario. ¡Por fin iba a tener una buena razón para verla de nuevo!

—Voy inmediatamente para allá.

—Hombre, no hace falta correr tanto. Puede dejarlo para mañana.

Pero al día siguiente era viernes, y quizás ella bajase a Glyn Camp para hacer la compra. Temiendo no verla, le dije a Delaney:

—Es que mañana me va a resultar imposible. Prefiero acercarme ahora.

—Bueno, lo que usted quiera.

No necesité más de diez minutos para llegar al Blue Jay.

Había luz en el salón. Bajé de la camioneta, *cogí* mi caja de herramientas y subí a la terraza.

Estaba bastante emocionado con el solo pensamiento de verla. Cuando entré en el salón, encontré a Delaney leyendo. Pero estaba solo.

Era una eventualidad que no había tenido en cuenta. No había pensado que ella me evitaría deliberadamente y, al constatarlo, la decepción me pellizcó el corazón.

Delaney, con un gesto, me mostró el televisor.

—Me parece que se ha quemado el tubo —dijo.

Yo empecé por verificar las válvulas. Delaney me observaba y, acto seguido, me dijo:

—Voy a darle un consejo, amigo. Si alguna vez mi mujer le propone ir con ella en su coche, no se le ocurra aceptar. Es extremadamente peligrosa al volante. Yo cometí la idiotez de dejarla conducir una vez, solamente una vez, y fue suficiente. Desde ese día ya ve cómo me encuentro, atado a este sillón.

Yo no dije nada. Al poco rato descubrí la lámpara fundida. La quité y se la mostré a Delaney.

—Aquí tiene la causa de la avería. Tengo una lámpara de repuesto en la camioneta. Voy a buscarla.

Salí del chalet, fui hacia la camioneta y busqué la lámpara. Me di cuenta entonces de que la habitación de Gilda se hallaba iluminada. La cortina de la ventana permanecía echada. Así que ella estaba en casa y no quería dejarse ver.

Volví al salón y coloqué la lámpara nueva. Luego conecté el aparato. La imagen reapareció en la pantalla. La regulé un poco y ajusté el sonido. Luego apagué el televisor.

—Ya está arreglado.

—¿De veras? Bueno, no parece una reparación complicada —observó Delaney—. ¿Cuánto le debo?

—Tres dólares.

Alzando la voz, dijo:

—¡Gilda, ven aquí!

Su voz tenía la entonación que emplearía un tipo furioso para llamar a su perro.

En aquel momento me fijé en una botella de *whisky*, medio vacía, que se hallaba sobre la mesita, a su lado. Me di cuenta de que estaba un poco borracho y eso acentuó mi odio hacia él.

La puerta se abrió y apareció Gilda. Al verla tan pálida, me sentí trastornado. Me miró. Me saludó amablemente, inclinando la cabeza. Pero sus ojos estaban velados.

—Dame tres dólares —exigió Delaney haciendo chasquear sus dedos con impaciencia.

Ella cruzó la habitación para ir en busca de su bolso, que estaba sobre un mueble.

En aquel momento yo terminaba de colocar la tapa posterior del televisor. Estaba fijando el último tornillo cuando se acercó a Delaney mientras abría el bolso. Sacó tres billetes de un dólar, pero en aquel instante el bolso resbaló de sus manos, cayó al suelo y su contenido se desparramó alrededor de los pies de Delaney.

En lugar donde él no podía dejar de verla estaba la polvera de plata y laca azul que yo le había regalado a Gilda.

Delaney la miró.

Por un instante, Gilda se quedó totalmente paralizada.

Luego se precipitó para recoger la polvera. Al incorporarse, Delaney la cogió por la muñeca, se la retorció y le arrancó brutalmente la polvera de la

mano.

Gilda esbozó un gesto para recuperarla.

Todo sucedió en unos segundos.

Delaney alzó la mano izquierda y le lanzó una tremenda bofetada en la nariz y la boca. El ruido restalló como una detonación. Bajo el efecto del golpe, ella se balanceó, perdió el equilibrio y por fin cayó al suelo. Yo me quedé quieto, esforzándome en contener el violento impulso de saltar sobre Delaney y estrangularlo.

Murmurando entre dientes, Delaney empezó a examinar la polvera.

Gilda se puso de pie, no sin esfuerzo. Sangraba ligeramente por la nariz. Daba pena verla con aquel hilillo de sangre corriéndole barbilla abajo, su cara pálida crispada de espanto.

Delaney abrió la cajita y contempló el nombre grabado en el interior de la tapa. Después alzó los ojos.

—¡Así que tienes un amante! —lanzó en un tono rabioso que me dio náuseas.

Gilda no respondió. Permanecía apoyada contra la pared, las manos cruzadas sobre el pecho mientras la sangre seguía corriendo por su cara y le manchaba el vestido.

—O sea que no te basta con haberme dejado parálítico. ¡Ahora quieres hacerte puta!

Lanzó la polvera contra la pared de enfrente. La tapa se rompió y el espejo se hizo añicos.

Gilda abandonó la habitación corriendo y, de pronto, Delaney pareció darse cuenta de mi presencia.

—¡Lárguese! Pero si se le ocurre comentar esto en su sucio lugarejo, yo me ocuparé de usted. ¡Déjeme en paz!

Recogí mis herramientas y abandoné la habitación.

Puse la camioneta en marcha y descendí hasta la entrada de la propiedad. Allí eché pie a tierra para abrir la verja.

En aquel instante vi a Gilda que surgía de las sombras y avanzaba a la luz de mis faros.

Ofrecía un penoso estado, con su nariz tumefacta. La sangre se había secado sobre su barbilla y sus ojos lanzaban destellos de fiera.

Quise acercarme a ella.

—¡No me toques!

La nota histérica de su voz me paralizó.

—Ya no puedes quedarte con él, Gilda. Es imposible, después de lo que acaba de ocurrir. Ven conmigo. Yo te haré feliz. No tendrá más remedio que concederte el divorcio.

—¡No te acerques a mí! —exclamó estrangulada por la emoción—. Comienzo a odiarte, Terry. Porque he cometido la idiotez de amarte, ahora quizás me haga matar por ese bruto.

—No hables así. Tú no puedes quedarte con él ahora. Tienes que venir conmigo.

La cogí del brazo e intenté atraerla hacia mí. Se debatió y consiguió liberarse.

—¡Te digo que no te acerques! ¿Es que necesito arrastrarme a tus pies y suplicarte de rodillas que me dejes tranquila?

—Por favor, Gilda.

—Ya me las apañaré para hacerle creer que la polvera la compré yo. Pero para eso es preciso que no vengas a verme más. ¿Cuántas veces te he repetido que no puedo abandonarle?

—O sea que sólo le abandonarás cuando se muera —dije sin alzar la voz—. Ya me lo has dicho.

Se retorció las manos con un gesto de desesperación e impaciencia.

—¡Pero no va a morirse! ¡Vivirá todavía un montón de años! Vete y no vuelvas, porque si lo haces me obligarás a odiarte tanto como ahora te amo.

Dio media vuelta y corrió en la oscuridad.

No intenté alcanzarla.

Fue en aquel momento cuando decidí matarle. No teníamos otra salida.

Incluso me sentí sorprendido por no haber pensado antes en esa solución.

I

Volví a casa, me puse el pijama y me tendí sobre la cama.
¡Matarle!

No experimentaba ningún escrúpulo ante la perspectiva de asesinar a Delaney. Ahora que había llegado a tal decisión, sentía como si me hubiera librado de todos los tormentos que hasta entonces habían agobiado mi espíritu. Empezaba a sentir las cosas de forma muy distinta.

Tumbado en la cama, pensaba en el problema: ¿Cómo matarle sin que me atraparan?

¿Cómo asesinar a alguien impunemente? Muchísima gente se había planteado ya esta cuestión, y la mayor parte de ellos había cometido un error que acabó por perderlos.

«No puedo cometer el menor fallo —me dije a mí mismo—. Si no estoy seguro de que todo vaya a salir perfecto, no vale la pena intentarlo».

Las ventajas que me reportaría la muerte de Delaney no dejaban de estimular mi imaginación. En cuanto él muriera, Gilda sería libre. Me pertenecería. Y, además, la fortuna de Delaney iría a parar a manos de Gilda, y por supuesto a las mías. Podríamos empezar una nueva vida y, gracias a su fortuna, yo podría despabilarme. Disponía ya de una buena experiencia en mi oficio, pero sabía que sin capital era inútil emprender nada interesante.

Si encontraba la forma de matarle impunemente, de modo que nadie dudara de mi inocencia, podría iniciar una vida nueva y apasionante. Y no sólo yo: Gilda también.

Pero era una misión difícil de llevar a cabo. Delaney nunca salía de casa. Por lo tanto, era menester asesinarle en su chalet, aprovechando un momento en que Gilda se hallara en Glyn Camp, lo cual limitaba sensiblemente mis planes. Tenía que ser un viernes, entre las nueve o nueve y media de la mañana, cuando Gilda abandonaba el chalet para hacer su compra semanal, y el mediodía, hora a la que solía volver a casa. Por lo tanto, el asesinato tendría que cometerse a la luz del día. Esta sola circunstancia ya era arriesgada, pues, pese a que el camino del Blue Jay era poco frecuentado, siempre podía pasar alguien. Me podían ver llegar o salir. Y también había que tener en cuenta a María, la criada mexicana, que seguramente se encontraría en el chalet a

aquellas horas. Habría también que encontrar la forma de alejarla de allí cuando llegara el momento.

De cualquier modo, aun sin haber adoptado ninguna estrategia en firme, yo estaba decidido a impedir como fuese que Gilda se viera implicada en el asunto. Pero personalmente yo necesitaba una coartada perfecta por si la Policía descubría que era el amante de Gilda.

Era poco probable que lo nuestro trascendiese, pero siempre podía haber alguien que nos hubiese visto juntos en el restaurante italiano de Hermosa Beach y que lo comunicara a la Policía en cuanto los periódicos hablaran del asunto. Necesitaba que el asesinato fuera un crimen perfecto. No tenía ningún sentido matarle si yo había de acabar en la cámara de gas. Si quería desembarazarme de él era esencialmente para tener a Gilda y su fortuna.

Mas desgraciadamente el problema parecía difícil de resolver. Me estrujé la mente toda la noche y no conseguí establecer un plan satisfactorio.

Fue el propio Delaney en persona quien, de alguna forma, me señaló el camino a seguir.

A la mañana siguiente, cuando estaba a punto de salir, sonó el teléfono.

Descolgué el receptor.

Era Delaney.

—¿Es usted, Regan?

No sabría expresar la impresión que sentí al oír su voz.

—Sí —dije.

—¿Podría venir? —preguntó—. Quiero decirle algo. Me haría un favor si viniera ahora.

Mentalmente volví a verle pegando a su mujer. Vi de nuevo a Gilda a gatas sobre la alfombra, manchándola con su sangre.

Era viernes. De modo que ella no estaría en casa. Experimenté la necesidad de observar con atención al hombre que me disponía a asesinar.

—De acuerdo, señor Delaney. Voy en seguida.

Llegué al chalet del Blue Jay poco después de las nueve y media.

Delaney estaba sentado en la terraza, con un vaso de *whisky* en la mano. Tenía la cara rojiza y sus ojos brillaban con una luz extraña.

—Siéntese, Regan —me dijo señalando una silla cerca de él. Sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y me ofreció uno—: ¿Quiere fumar?

Acepté el cigarrillo y me senté. El solo hecho de contemplar al hombre que me disponía a asesinar me daba escalofríos.

Delaney se repantigó en su silla de ruedas.

—Quisiera excusarme. Lamento mucho la sórdida escena de ayer noche. Estaba borracho, lo reconozco. Y estoy seguro de que usted es lo bastante hombre de mundo como para darse cuenta de que aquello fue extremadamente desagradable para mí. Pese a todo, debí, sin embargo, haberme dominado —bebió un largo trago de *whisky* e hizo una mueca—. Pero no tiene gracia descubrir que su mujer le engaña a uno. Creo que fue eso lo que me desquició.

—No tiene por qué excusarse conmigo. Ese asunto no es de mi incumbencia.

—Lo que yo quería decirle es que lamento que asistiera usted a una escena tan penosa. Quisiera pedirle que no hablara a nadie de ello.

—Nunca hablo de los asuntos de los demás, señor Delaney. ¿Era solamente por esto por lo que quería verme? Si es así, voy a retirarme, si me lo permite. Tengo muchas cosas que hacer.

Él me observó en silencio. Luego hizo un ademán de asentimiento al decir:

—Claro. ¿Qué tal está ese aparato que me construye? ¿Ya está a punto? ¿Cuándo piensa entregármelo?

—El lunes, supongo.

Alargó el brazo para coger otro cigarrillo.

—Perfecto —encendió el pitillo entrecerrando los ojos, cegado por el humo—. ¿Qué piensa usted de mi mujer, Regan?

Me pregunté, alarmado, si sospechaba que yo era su amante.

—¿Qué supone usted que puedo responder a una pregunta de esa clase? —le respondí intentando mantener una expresión impassible.

—Oh, yo solamente quería conocer su opinión. Escuche, estoy un poco borracho y sin duda soy demasiado charlatán, pero hay momentos en los cuales necesito hablar con alguien. Voy a decirle algo a propósito de mi mujer. Después quizás piense que no soy tan cerdo, a pesar de haberla pegado.

—Pero yo tengo trabajo que hacer, señor Delaney. Debo marcharme.

Delaney hizo girar su silla.

—La vi por primera vez en la piscina del estudio. Hacía esa clase de trabajo que hacen todas las chicas estupendas pero que no tienen nada en la cabeza. Yo había visto ya centenares de *vedettes* en esa condenada piscina.

Vació el vaso de un trago y lo llenó de nuevo, derramando una buena cantidad de *whisky* con su mano temblorosa.

—Fue entonces cuando me enamoré de ella, Regan. No pensaba más que en ella, noche y día. Le hice toda clase de proposiciones, pero no se dejó engatusar. O me casaba con ella o nada. ¡Ya lo ve! Yo podría haberme enamorado de cualquier estrella de la casa, pero no. Fui a prendarme de Gilda. ¿Y sabe por qué me enamoré? Pues por su forma de trepar por la escalerilla, al salir de la piscina, con las gotas de agua que le chorreaban a lo largo del cuerpo y de su bañador, que la moldeaba como si fuera una segunda piel.

Yo seguía allí escuchándole. Hubiera querido marcharme, pero todo lo que decía me sugestionaba, un poco a la manera como una serpiente hipnotiza a un conejo.

—¿Sabe lo que tiene mi mujer? —preguntó inclinándose hacia mi lado para mirarme a los ojos—. Se lo voy a decir: tiene la locura del dinero. No piensa más que en eso. Si yo no hubiera tenido fortuna, no se hubiera quedado ni cinco minutos conmigo. ¿Sabe qué fue lo primero que me obligó a hacer, en cuanto nos casamos? Me exigió que me hiciera un seguro contra accidentes. Hizo venir a un agente de una compañía para que me convenciera. El hombre intentó hacerme firmar una póliza de cien mil dólares. Para que dejara de pincharme, y Dios sabe hasta qué punto me pinchaba con ese dichoso asunto, al final le dije que había contratado esa póliza. No se lo creyó hasta que le enseñé la póliza, debidamente firmada por mí. Lo que nunca ha sabido es que destruí aquel papel inmediatamente.

Delaney sonrió con un rictus que le descubrió los dientes.

—¿Sabe qué ocurrió después? Una noche fuimos a casa de unos amigos. Yo había bebido demasiado y, a la vuelta, se empeñó en querer conducir. Y, como un imbécil, le dejé coger el volante y me dormí. Luego, en mitad de las montañas, se detuvo y bajó del coche para hablar con uno de sus amigos. A aquel tipo, al parecer, se le había parado el coche y lo tenía atravesado en la carretera. Antes de bajar, ella había echado el freno de mano o, al menos, eso fue lo que dijo a la Policía. De cualquier modo, el coche se fue montaña abajo conmigo dentro. He necesitado mucho tiempo para reconstruir todos los detalles. ¿Y sabe lo que pienso ahora? Estoy convencido de que lo que ella quería era cobrar el seguro de cien mil dólares y dejar de ser mi mujer.

—Yo no quiero escuchar esas cosas. Está usted bebido y no sabe qué se dice —le respondí.

—Quizás tenga usted razón, Regan. Pero ésa es una idea que no deja de atormentarme. Y ahora que ella ha encontrado un nuevo amante, es preciso que yo redoble mi atención. El tipo al cual se le había parado el coche era uno

de sus amiguitos. Quizás su amante. Por otra parte, en un determinado momento, la Policía lo creyó también. Como yo estaba tan loco por ella, cometí la idiotez de decirle a la Policía que era yo mismo quien había soltado el freno de mano. Por aquel entonces yo aún tenía confianza en ella, ¡pero ahora se acabó!

No creía ni una palabra de lo que acababa de contarme, pero me satisfacía haber oído aquello. Era mucho más fácil para mí, ahora, planear su asesinato.

—Bien, tengo que marcharme, señor Delaney —le dije dirigiéndome hacia la escalera de la terraza.

—Espere un momento. A propósito de ese aparato que me está construyendo, ¿no podría incorporar un mecanismo que me permitiera manejarlo a distancia? Me gustaría poder apagarlo o encenderlo sin necesidad de acercarme cada vez con la silla de ruedas. ¿No podría montarme algún dispositivo que me permitiera manejar el aparato desde mi silla?

En el momento en que pronunció estas palabras yo vi bruscamente, como un relámpago, de qué forma podía asesinarlo.

Con un dispositivo de control remoto todo saldría a las mil maravillas.

Me bastaría con hacer una falsa conexión en el mando a distancia para que Delaney, en su silla de ruedas, recibiera la descarga eléctrica, casi a alta tensión, que le llegaría desde el televisor. ¡Y eso le mataría tan infaliblemente como si estuviera sentado en la silla eléctrica!

Seguí hacia la escalera, pues temí que, al ver mi cara en aquel momento, adivinara mis intenciones de matarle.

Sin volverme, le dije:

—Desde luego puedo solucionarle el problema, señor Delaney.

Volví directamente a mi chalet para reflexionar sobre la idea que me había dado. Estaba casi convencido de que aquella era la solución al problema que me atormentaba desde la víspera: cómo matarle sin despertar la menor sospecha.

Sin embargo, comprendí que el único medio para matarle impunemente era simular que se trataba de un accidente.

Delaney se electrocutaría por descuido. Era preciso dar a su muerte la apariencia de un accidente para que el *sheriff* Jefferson fuese el único en llevar la investigación. Si la muerte parecía deberse a un asesinato, Jefferson se vería obligado a recurrir a la Policía de Los Angeles. Y yo no tenía ninguna gana de ver a un puñado de especialistas llevando a cabo la investigación.

No me sería difícil engañar a un viejo chocho como Jefferson, pero de lo que sí estaba convencido es que no podría tomarle el pelo al teniente John

Boos, de la Brigada Criminal de Los Angeles. Le había conocido cuando trabajaba en la ciudad y sabía que era un tipo listo e intratable que ya había solucionado un montón de casos de asesinato. No quería caer en sus manos.

La electrocución accidental seguía pareciéndome una excelente idea, pese a que comportara algunas dificultades evidentes que debería superar antes de poner en ejecución mi proyecto.

Lo primero que debía hacer era terminar el aparato que estaba construyendo. Sin el televisor me era imposible matar a Delaney, incluso aunque pudiera resolver los otros problemas.

Me puse pues a trabajar y, mientras lo hacía, no dejaba de pensar en Gilda.

A cada cable que soldaba, a cada lámpara que colocaba, me decía que cada vez me acercaba más a la liberación de Gilda y a una nueva vida junto a ella.

Debía de haber perdido la cabeza por completo. De cualquier modo, era así como yo me sentía. Estoy convencido de que es lo que le ocurre a un hombre enamorado de una mujer inaccesible. Yo me sentía así. Gilda era para mí la mujer inaccesible.

II

El televisor quedó terminado el domingo por la noche.

El lunes por la mañana, lo primero que hice fue cargar el aparato en la camioneta y dirigirme al chalet del Blue Jay.

No había visto a Gilda desde que Delaney le había abofeteado en mi presencia. Mas la verdad es que no tenía demasiado interés en encontrarme frente a ella. Había pensado en ella sin cesar, desde luego, pero no quería verla de nuevo antes de que mis planes estuvieran perfectamente definidos. Temía, por encima de todo, que Gilda me dijese algo que me hiciera renunciar a mis proyectos. Estaba decidido a llegar hasta el fin.

Al acercarme por el camino vi a Gilda en el jardín. Estaba lavando el Buick.

No aminoré la marcha.

Ella lanzó una mirada a su alrededor. Nuestros ojos se encontraron un instante, si bien yo seguí mi camino.

Delaney estaba leyendo el periódico. Alzó los ojos cuando oyó el zumbido de la camioneta. Entonces abandonó la lectura e hizo rodar la silla hasta la balaustrada de la terraza.

—Aquí se lo traigo, señor Delaney, tal como se lo había prometido.

—Muy bien, Regan. ¿Qué tal ha quedado?

—Usted mismo lo verá —le respondí mientras acarreaba el altavoz de graves hacia el interior del salón.

Necesité algo más de media hora para proceder a la completa instalación del aparato. Después le expliqué a Delaney el funcionamiento.

Puse un disco en el plato y subí el sonido. Pude constatar de inmediato que la sonoridad impresionaba a Delaney. Justo lo que yo había previsto.

—¡Parece como si tuviéramos una orquesta de verdad en la habitación!

Pero lo que de veras le impresionó fue el dispositivo de control remoto que había fijado al brazo de su silla. Era un pequeño cuadro provisto de tres botones: el primero para encender y apagar el aparato, los otros dos para la regulación de la imagen y del sonido.

Cuando compré el dispositivo de control remoto, cada botón se hallaba bien aislado mediante un capuchón de caucho. Pero yo había tenido buen cuidado de quitar ese capuchón y también el revestimiento aislante de todo el dispositivo. De esta forma la caja metálica se encontraba fijada directamente sobre el brazo de la silla de ruedas.

Al fin, después de haber ido probándolo todo y tras asistir a la proyección de una película que daban en aquel momento, Delaney cerró el aparato y se volvió hacia mí con aire satisfecho.

—¡Es verdaderamente sensacional!

—Le dije a usted que le fabricaría lo mejor, señor Delaney —le contesté sin poder apartar la vista de su mano, que en aquellos instantes se encontraba apoyada precisamente sobre el mando a distancia.

Entonces me dijo una cosa que me demostró que yo tenía una suerte extraordinaria.

—¿No conocería usted por casualidad a alguna mujer que quisiera venir a hacer la limpieza del chalet? —solicitó de improviso, cambiando de tema—. Esa condenada mexicana ya no quiere venir más. Dice que tiene que andar demasiado desde la parada del autobús hasta aquí. A partir de mañana ya no vendrá.

La sirvienta mexicana constituía, en efecto, uno de los principales escollos de mi proyecto, pues me resultaba imposible llevarlo a cabo, tal como poco a poco se estaba fraguando en mi mente, si había alguien en el chalet cuando Delaney muriera. ¡Y era de repente el propio Delaney quien me resolvía la cuestión!

—Me informaré, señor Delaney, y si encuentro a alguien ya se lo diré.

—Es usted muy amable. Y gracias también por el aparato. Ya me dirá cuánto le debo y le enviaré un cheque.

Apoyó el dedo sobre el botón del dispositivo de control remoto y puso en marcha el televisor. ¡Me produjo un escalofrío verle pulsar aquel botón! Por poco que la suerte siguiera acompañándome, cuando repitiera ese mismo gesto el viernes siguiente, moriría al momento.

Le dejé en muda contemplación frente a la pantalla luminosa y me alejé rápidamente con la camioneta.

Vi a Gilda, que seguía con el Buick. Levantó los ojos a mi paso. Le hice un pequeño gesto con la mano, sin pararme ni volver la cabeza. Pero la observé por el retrovisor. Sus ojos me seguían y parecía muy inquieta.

Regresé a casa.

Ahora que la sirvienta mexicana estaba eliminada, me veía libre del obstáculo más molesto. Así pues, si podía tener la seguridad de que Gilda bajase a Glyn Camp el viernes siguiente, habría grandes posibilidades de que Delaney estuviese solo durante aquellas horas.

Pero, ¿conectaría el televisor?

Consulté en el periódico los programas para aquel día y, con gran alegría por mi parte, descubrí que el viernes por la mañana una de las emisoras había programado una retrospectiva sobre los combates más señalados de Jack Dempsey. Ponían este reportaje a las nueve cuarenta y cinco. Y yo estaba seguro de que Delaney no se lo perdería por nada del mundo. Decididamente, continuaba beneficiándome de una suerte increíble.

No obstante, seguía necesitando superar la mayor dificultad.

No tendría más remedio que ir al chalet de los Delaney el jueves por la noche para conectar el dispositivo de telemando. Por otra parte, igualmente debía arreglármelas para no encontrarme en las proximidades del Blue Jay en el momento en que Delaney muriera. Sin embargo, nunca se sabe qué puede ocurrir. Supongamos que a Gilda le diese por no ir el viernes a Glyn Camp como era su costumbre. ¿Qué sucedería entonces? O supongamos que Delaney enchufara la tele antes de que Gilda se marchase a hacer sus compras... Si ello ocurriera, Gilda vería que su marido se había electrocutado y, si se le ocurría auxiliarle, ella se electrocutaría también. ¿Cómo podía tener la seguridad absoluta de que Delaney se electrocutaría en el preciso momento fijado por mí?

Esta última cuestión era un verdadero rompecabezas.

Estaba dándole vueltas a todo esto, sin encontrar una solución satisfactoria, cuando oí que un coche subía por el camino.

Por un instante creí que era Gilda y me puse en pie de un salto para comprobarlo. Mas no se trataba de Gilda, sino de Matt Lawson, el agente de seguros.

Dejó el coche junto a la verja y subió a reunirse conmigo.

—¡Buenos días, señor Regan! —saludó con entusiasmo juvenil—. Le traigo un poco de dinero. No es mucho, desde luego, pero menos da una piedra. Hasta el momento he conseguido colocar veinte pólizas.

—Pues no está nada mal —respondí deseando verle desaparecer cuanto antes.

—Le he hecho una pequeña cuenta —dijo tendiéndome una ficha y dos billetes de diez dólares—. Creo que esto será lo equitativo.

Eché una mirada distraída a la ficha, asentí con un movimiento de cabeza y me guardé los billetes.

—Pues muchas gracias —dije.

—¿Ya ha visto usted el nuevo combinado radiotelevisión que acaba de lanzar la casa Trojan? Yo lo he visto en los escaparates de Acme, en Los Angeles. Es sensacional. Tal vez le interesara a usted hacerse representante de ellos para esta zona.

—Todavía no lo he visto. Como usted sabe, soy yo quien monta la mayor parte de los aparatos que vendo. Pero no me importaría ir a ver esa maravilla de la Trojan.

—A mí, lo que me gusta de ese aparato es el reloj que lleva incorporado. Parece una especie de despertador. Basta con ponerlo a la hora deseada para que, en el momento preciso, el aparato difunda el programa que usted ha elegido.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no dejar traslucir mi emoción. El agente de seguros acababa de brindarme en bandeja la solución a mi problema. Desde luego, era un despertador lo que yo necesitaba. Con él podría mandar la corriente al telemando justo en el momento que yo quisiera.

Una vez Lawson se hubo marchado, examiné mi plan en conjunto. Si, en el último momento, yo no metía la pata, todo marcharía sobre ruedas.

Sin embargo, necesitaba asegurarme de que sería el doctor Mallard quien examinaría el cuerpo de Delaney después del accidente. El agente judicial local, Joe Stringer, colaboraba con el doctor Mallard desde hacía veinte años. Stringer era un hombrecito timorato que le tenía un pánico terrible al doctor. Y si el médico afirmaba que la muerte de Delaney había sido accidental, el agente judicial no tendría más remedio que confirmar la opinión de Mallard.

Lo cierto es que yo contaba mucho con la ineficiencia de los dos ancianos, el doctor Mallard y el *sheriff* Jefferson, para disfrazar mi crimen como accidente. Pero, dada la atmósfera que reinaba en aquel pueblucho perdido, necesitaba meter la pata hasta las corvas para no poder librarme sin dificultad.

Me quedaban tres días y tres noches para poner a punto todo mi plan.

Necesitaba en primer lugar procurarme un mecanismo de relojería. Todos los comerciantes de artículos de radio de Los Angeles me conocían y podían acordarse de lo que había comprado. Para estar tranquilo debía ir a comprar el reloj a San Francisco, donde yo era un perfecto desconocido.

A la mañana siguiente me fui en coche a Los Angeles y desde allí cogí el tren para San Francisco. Llegué a última hora de la tarde y compré de inmediato el mecanismo de relojería. El vendedor que me atendió, por así decirlo, me lo tiró a la cara, tanta prisa tenía de librarse de mí y de los demás clientes, pues ya era hora de cerrar. Tuve la casi absoluta certeza de que si volvía a verme de nuevo no me reconocería.

Aquella noche regresé a casa bastante tarde.

Me metí en la cama e intentaba dormirme cuando, de pronto, me pregunté si no me habría vuelto completamente loco para intentar un golpe semejante. Pero en seguida pensé en Gilda y con ella recuperé toda mi sangre fría.

III

A la mañana siguiente, poco después de las once, llamé al chalet de Delaney por teléfono.

¡Otra vez la suerte me sonreía! Fue mi cliente en persona quien descolgó el aparato.

—Buenos días, señor Delaney, soy Regan. ¿Cómo va el aparato?

—¡Formidable!

—No sé si ha visto usted el programa para el viernes. Dan un reportaje sobre los mejores combates de Dempsey.

—¿De veras? No lo sabía. ¿A qué hora lo dan?

—A las nueve cuarenta y cinco, el viernes por la mañana.

—Gracias, Regan. Es un programa que no me hubiera querido perder por nada del mundo.

Le dije que era lo que suponía y luego me despedí.

Permanecí unos instantes contemplando fijamente el teléfono. Se había tragado el anzuelo con toda facilidad. Podía tener el convencimiento pleno de que el viernes, hacia las diez menos cuarto, Delaney tocaría el mando a

distancia para poner el aparato en marcha y que, en ese instante, el contacto de su mano con el dispositivo le resultaría fatal.

A partir de ahí se trataba de saber si Gilda iría o no a Glyn Camp aquella mañana. La ejecución de mi plan dependería de aquel detalle sobre el cual, desgraciadamente, yo no tendría el control.

En el camino de la montaña, a unos cuatrocientos metros del Blue Jay, yo había descubierto un punto desde el cual se divisaba el chalet, abajo, junto con parte de la carretera que conducía a Glyn Camp. Me dije que ése sería el lugar ideal para apostarme, a partir de las ocho y media de la mañana, para ver qué ocurría.

Desde aquel punto de observación yo podría, en efecto, ver a Gilda salir en dirección al pueblo. Si a las nueve y veinte no había salido, me precipitaría hacia el chalet a toda marcha para impedir que Delaney tocara el telemando. Ya se me ocurriría alguna buena excusa si la necesitaba llegado el momento.

La gestión que hice a continuación no presentaba la menor dificultad. Llamé por teléfono a Jeff Hamish, el escritor, quien poseía un suntuoso chalet a una milla del mío y a una milla y media del de Delaney.

Sabía que Hamish era un fanático coleccionista de discos. Tenía toda una biblioteca llena de grabaciones. Y era él quien iba a proporcionarme mi coartada.

Hamish era un novelista muy conocido y su testimonio, si tenía lugar, produciría muy buena impresión sobre el jurado.

Cuando le tuve al aparato, le dije:

—Disculpe que le moleste, señor Hamish, pero tengo un aparatito que me parece que ni pintado para usted —en realidad hacía ya varias semanas que me lo había procurado, pero estaba demasiado preocupado por Gilda para enseñarle a Hamish aquel nuevo accesorio—. Se trata de un pequeño dispositivo para limpiar automáticamente el disco mientras gira. Es algo verdaderamente muy ingenioso y simple: un minúsculo rodillo impregnado con una solución detergente que precede a la cabeza del *pick-up* y asegura la limpieza eficaz de los surcos antes de que pase la aguja. ¡Algo formidable!

—Parece interesante. ¿Por qué no viene a enseñármelo?

—Precisamente mañana por la mañana paso junto a su casa. ¿Le parece que vaya a las nueve y media?

—Perfecto. ¡Y gracias por haber pensado en mí!

Colgó el teléfono.

Ya tenía mi coartada.

Delaney moriría a las nueve y cuarenta y cinco. Y en aquel momento yo estaría haciéndole una demostración a Hamish en su casa, es decir, a una milla y media del Blue Jay, donde permanecería hasta eso de las diez. Una coartada absolutamente inatacable.

Pero este jueves tenía que ejecutar la parte más delicada y peligrosa de mi proyecto.

Poco después de las nueve y media de la noche, provisto de mi caja de herramientas y del reloj, me dirigí a pie hacia el chalet de los Delaney. No usé la camioneta por si alguien me veía en el camino y luego afirmaba que me dirigía a esa hora hacia el Blue Jay.

Necesité una veintena de minutos hasta llegar allí. En lugar de seguir el camino, fui a monte traviesa. Había poca luna, pero la noche era, pese a todo, bastante oscura y tenía el convencimiento de que, desde el camino, nadie podía verme.

Alcancé la valla del chalet a eso de las diez menos diez.

Sin hacer el menor ruido, ascendí por el caminito hasta llegar a la vista de la casa.

Había luz en el salón, desde el cual me llegaba la música procedente del televisor.

Me alejé a paso de lobo y di un rodeo a través de los setos hasta alcanzar la parte trasera del chalet.

Trepé a la terraza y, una vez ante la puerta de servicio, accioné suavemente la manecilla de la cerradura. La puerta giró sobre sus goznes y me introduje en la cocina.

La puerta que daba al vestíbulo estaba abierta y dejaba penetrar suficiente luz como para que yo viera por dónde iba. Sin ruido, avancé unos pasos y lancé una mirada por el corredor.

El televisor seguía lanzando oleadas de música de *jazz*. Delaney lo tenía a tal volumen que yo podía estar tranquilo, pues nadie me oiría. Me acerqué pues hasta la despensa y abrí la puerta silenciosamente.

Llevaba una linterna. La enfoqué hacia el interior de la habitación para asegurarme de que no había nadie allí, luego me deslicé hacia dentro y cerré la puerta con infinitas precauciones.

¡Al fin estaba en el sitio! Ahora se trataba de armarse de paciencia, porque la espera iba a ser larga.

Me las arreglé para despejar el rincón de detrás de la puerta. De esta forma, si Gilda entraba o se aventuraba a echar una mirada al interior de la

despensa, yo tendría la posibilidad de esconderme detrás de la puerta. Luego me senté en el suelo y apoyé la espalda contra la pared.

Entonces comenzó la tensión de la espera.

Poco después de las diez y media advertí que habían apagado el televisor. Me puse de pie y, con la oreja pegada a la pared, aceché mientras el corazón me batía a toda prisa.

El ruido de una puerta que se cerraba llegó hasta mi oído.

El tabique de la despensa era delgada y filtraba los ruidos con bastante nitidez.

Oí a Delaney preguntar:

—¿Te vas a acostar ahora?

—Sí, en cuanto haya cerrado las puertas —respondió Gilda.

Oí entonces echar los cerrojos de la puerta de entrada y, un poco después, los pasos de Gilda marchando a lo largo del corredor hasta perderse en la cocina. La oí también echar el cerrojo de la ventana y cerrar la puerta de la cocina.

Seguía esperando, conteniendo la respiración y preguntándome si no terminaría por entrar en la despensa. Pero no lo hizo. Al fin volvió al salón. Le oí decir:

—¡Buenas noches!

—Hay algo que quisiera preguntarte —le replicó Delaney—. ¿Qué le ha pasado a tu amante? Últimamente no te he visto escabullirte por las noches, como antes. Y eso que no he dejado de vigilarte. ¿Es que acaso ya se ha cansado de ti?

—¡Me voy a la cama! ¡Buenas noches!

—Esta noche estoy de humor para divertirme un poco. Después de todo, tú te refocilas con tu amante. ¿Por qué no también con tu marido?

—Estás borracho —le respondió ella con voz cargada de desprecio—. No sabes lo que dices.

La oí entonces dirigirse hacia la puerta. Repentinamente se produjo un ruido, como si ella cayera al suelo. A continuación, lanzó un grito.

Jadeante, abrí la puerta de la despensa y avancé por el pasillo. Desde mi puesto de observación podía ver qué pasaba en el salón.

Delaney había cogido a Gilda por la muñeca y la arrastraba hacia su silla de ruedas. Tenía la cara enrojecida y un resplandor maligno brillaba en su mirada.

—Pareces olvidarte de que soy tu marido —proclamó Delaney con voz rechinante—. Pareces olvidarte que tienes algunos deberes que cumplir. Si tu

amante tiene derecho a divertirse contigo, no hay razón para que yo no tenga el mismo derecho.

—¡Déjame tranquila! —chilló ella con todas sus fuerzas.

De un manotazo, Delaney le desgarró la pechera del vestido y propinándole seguidamente un fuerte empujón, la lanzó de nuevo al suelo.

Sentado en su silla de ruedas, Delaney la perseguía a través del salón.

Yo, con la cara chorreante de sudor, seguía agazapado en el pasillo, con el corazón rebosante de proyectos asesinos, escuchando y acechando lo que iba sucediendo. Si no hubiese tenido la certeza de que, a la mañana siguiente, él estaría muerto, me hubiese precipitado al salón para sacudirle tal paliza que no hubiera salido vivo.

Gilda consiguió incorporarse y se alejó tropezando. Su cara estaba pálida y sus ojos resplandecían de odio.

—¡Ya estoy harta de ti! ¡Voy a abandonarte!

—¿Abandonarme? —replicó Delaney con una carcajada—. Inténtalo y verás lo que ganas. No tendrás ni un céntimo cuando me muera. Ni un céntimo. ¡Pero si quieres largarte, hazlo ahora mismo!

Trastabilleando, Gilda alcanzó la puerta. Yo me hundí en las sombras para que no me viera.

La oí entrar en su habitación y encerrarse con llave.

La escena me había revuelto el estómago.

Al cabo de unos minutos, Delaney apagó la luz del salón e hizo rodar su silla por el pasillo para alcanzar su dormitorio. Cerró con un portazo rabioso.

Después de haber asistido a esta pelea, yo ya no sentía la menor vacilación. Llevaría a cabo mi plan. Era absolutamente preciso librar a Gilda de aquel individuo.

Más tarde, cuando mi reloj señaló las dos de la madrugada, estimé que podía comenzar a actuar con toda tranquilidad.

Ya hacía cuatro horas que estaba en la oscuridad asfixiante de la despensa. Por fin había llegado el momento de pasar a la acción. Encendí la linterna, recogí la caja de herramientas, abrí la puerta y escuché. La calma reinaba en todo el chalet. Ningún ruido, aparte del ligero zumbido del refrigerador en la cocina y del tictac del reloj en el salón. A paso de lobo crucé el pasillo y entré en la sala.

Con infinitas precauciones cerré la puerta y me acerqué al televisor.

Desconecté el aparato de la toma de corriente y desatornillé la tapa trasera. Quité a continuación la conexión que unía el aparato con la caja del

mando a distancia y volví a conectar los hilos de forma que la corriente, ahora a gran voltaje, fuese directamente a los botones del telemando.

Corté los dos hilos de la conexión a la red y los conecté al aparato de relojería, el cual disimulé en un rincón, en el fondo del televisor.

Verifiqué cuidadosamente todo lo que acababa de hacer. El dispositivo era bastante simple. En tanto que las manecillas del reloj no marcaran las diez menos veinte, la corriente no llegaría al televisor. En ese momento la corriente quedaría restablecida. Y en ese mismo instante, el cuadro del mando a distancia se convertiría en algo mortalmente peligroso para cualquiera que lo tocara. A partir de aquel momento, cuando Delaney intentara manipular uno de los botones, recibiría la descarga, con un voltaje impresionante, procedente de las lámparas del televisor.

El aparato de relojería salvaguardaría la vida de Gilda. El cuadro del mando a distancia no estaría bajo tensión sino a partir de las diez menos veinte. Y, en ese momento, casi con toda seguridad, ella habría ya salido para hacer sus compras en Glyn Camp. Y si finalmente no iba al pueblo, yo todavía tendría tiempo de acercarme al chalet para desconectar el control remoto.

En cuanto tuve la certeza de no haber cometido ningún error técnico, volví a atornillar la tapa posterior del aparato.

Todo estaba previsto. Ahora el éxito de mi plan sólo dependía de una cosa: que Gilda fuera a Glyn Camp por la mañana.

Recogí mis herramientas y lancé una mirada más, verificando que no olvidaba nada. Luego, siempre a paso de lobo, silencioso, me acerqué al ventanal del salón, lo abrí y pasé a la terraza. Cerré cuidadosamente y me fui.

I

A la mañana siguiente, a las ocho y media, llamé a la chica que recibía los mensajes telefónicos en Glyn Camp cuando yo estaba ausente.

—Salgo dentro de unos minutos, Doris —le dije—. Estaré en casa del señor Hamish. Llegaré allí hacia las nueve y media. Si hasta eso de las diez y cuarto hay algo para mí, me llamas allí.

—Entendido.

Era esencial, para el éxito de mi plan, que Doris supiera que yo estaría en casa de Hamish a las nueve y media. Yo tenía la casi absoluta certeza de que Delaney pondría en marcha el televisor antes de que comenzara el reportaje sobre Dempsey. Y como el mecanismo de relojería impediría que el televisor funcionara a esta hora, Delaney lo supondría averiado y sin duda me telefonaría inmediatamente.

Doris, la telefonista, recibiría su mensaje y me lo pasaría mientras yo estuviera con Hamish. Entonces yo le diría al escritor que Delaney me llamaba. Esto me proveería de una buena razón para ir al Blue Jay e igualmente explicaría después por qué yo había sido el primero en descubrir el cadáver de Delaney. Era absolutamente indispensable que yo fuera el primero, porque tenía que disponer toda mi puesta en escena antes de avisar al doctor Mallard y al *sheriff*.

Pero después de cerrar la puerta de mi casa e instalarme al volante de la camioneta, todo mi ser se sacudió de espanto.

Bajé rápidamente por el camino de montaña hasta el lugar desde el cual podía avistar, desde lejos, el chalet de Delaney.

Eran exactamente las nueve menos diez. Con dedos temblorosos encendí un cigarrillo y me puse a acechar la casa.

No descubrí ningún signo de vida a su alrededor. Sin embargo, las puertas del garaje estaban abiertas, lo cual resultaba alentador. Sin duda Gilda se disponía a salir para el pueblo. ¿Tendría yo que correr hasta el chalet para desactivar el mecanismo del telemando? Necesitaría más o menos siete minutos para alcanzar la casa de Delaney. Podía por lo tanto esperar aproximadamente hasta las nueve y veinte, pero no más.

Los diez minutos que siguieron me parecieron los más largos de mi vida. Permanecí sentado al volante de la camioneta, con las manos heladas, la cara cubierta de sudor y el corazón latiendo de tal forma que parecía iba a estallar en mi pecho.

No cesaba de consultar el reloj preguntándome qué podía estar sucediendo en el chalet. ¿Iba a bajar Gilda hasta Glyn Camp?

De pronto vi que entraba en el garaje.

Di un brinco de alegría.

¡Iba a Glyn Camp!

Al cabo de un momento, el Buick salió del garaje y descendió el caminillo de cemento que conducía hasta la valla de la entrada. A partir de ahí la perdí de vista, pero yo seguía convencido de que se dirigía al pueblo, como tenía por costumbre hacer todos los viernes, y que no estaría de vuelta a casa hasta mediodía.

Examiné de nuevo el chalet. No se veía el menor rastro de Delaney. Eran ya las nueve y cuarto. En menos de media hora, Delaney estaría muerto.

Ascendiendo la carretera de montaña para dirigirme a casa de Hamish, traté de no pensar más en Delaney. Pero no conseguía dejar de preguntarme qué estaría haciendo en ese momento. ¿Se habría dado cuenta de que el televisor no funcionaba? ¿Habría ya llamado a Doris para que me localizara y me dijera que fuera en seguida a reparar el aparato?

Cuando llegué al chalet de Hamish eran las nueve y veintinueve minutos.

La señora Hamish me abrió la puerta. Su marido, dijo, estaba en su estudio.

Hamish alzó la vista cuando entré en su gabinete. Con un movimiento de cabeza me indicó que me acercara. Estaba hablando por teléfono.

—Precisamente acaba de llegar —dijo a su interlocutor—. Ahora se lo paso.

Y volviéndose, me dijo:

—Es para usted, Regan.

Supuse, naturalmente, que Doris me telefoneaba para decirme que Delaney quería que fuese cuanto antes a reparar su televisor. Mi plan se desarrollaba admirablemente, según lo previsto. Marchaba incluso demasiado bien. Tanto que resultaba un poco inquietante.

—Gracias —dije recogiendo el receptor que me tendía Hamish.

—Disculpe un momento. Vuelvo en seguida.

Me dejó solo en la habitación. Cuando hubo salido, pregunté al teléfono:

—¿Doris?

Mi sorpresa fue tal que quedé literalmente paralizado.

—No, Terry. Soy yo.

¡Era la voz de Gilda! Me hundí bruscamente en el sillón de Hamish.

—¿Gilda?

—Sí, Terry. Soy yo.

—¿Pero desde dónde me telefoneas?

—Desde tu casa... He encontrado la llave bajo el felpudo de la puerta. Le he preguntado a la telefonista dónde podía encontrarte y me ha dicho que estabas ahí...

—¿Pero por qué has ido a mi casa?

—Le he abandonado, Terry.

Estas palabras me sentaron como una puñalada en el corazón.

—¿Que le has abandonado? ¿Qué significa eso? ¡Decías que jamás podrías abandonarle!

—Ayer noche tuvimos una disputa horrible. Y esta mañana la cosa ha vuelto a empezar. Ya no puedo soportar más esa situación, Terry. Esta vez me marcho para siempre. He venido a tu casa para hablarte. Quiero pedir el divorcio.

Yo apenas la escuchaba. Puesto que ella se había marchado, yo ya no tenía ninguna razón para matarle. Consulté mi reloj. Me quedaban solamente dos minutos para impedir que tuviera un asesinato sobre la conciencia.

¡Dos minutos!

—¡Quédate donde estás! No puedo hablarte ahora. Me reuniré contigo dentro de una hora. Espérame. ¿Has entendido?

—Pero, Terry...

Colgué, descolgué de nuevo y marqué precipitadamente el número de Delaney.

Mis dedos sudorosos resbalaban sobre el dial del aparato. Me sentía hecho polvo. Al sonar el primer timbrazo, consulté el reloj otra vez.

¡Cincuenta segundos!

Con el receptor pegado a la oreja, la respiración jadeante, permanecí un tiempo interminable escuchando el timbre del teléfono de Delaney. Poco a poco fui tomando conciencia de que ya era demasiado tarde.

Dejé que el timbre siguiera sonando hasta que las manecillas de mi reloj marcaron las diez menos cuarto. Entonces, con un gesto lento, colgué y me puse de pie.

Delaney ya estaba muerto y era yo quien le había matado.

Y estaba muerto precisamente ahora que su muerte ya no tenía ninguna utilidad. Gilda se había librado de él marchándose, sencillamente. ¡Y la de complicaciones que yo me había buscado existiendo una solución tan simple!

Pero ya no podía volverme atrás. Tenía que pensar en mí. Por un momento me aterroricé ante lo que me esperaba.

Oí los pasos de Hamish, que regresaba. Haciendo un gran esfuerzo, pude serenarme y me precipité hacia su tocadiscos y empecé a montar el dispositivo que había traído conmigo.

Él me miró trabajar.

—Si eso funciona bien, es precisamente lo que yo andaba buscando desde hace tiempo.

Pasé los veinte minutos siguientes explicándole con detalle el funcionamiento y haciéndole una demostración. Yo estaba tan trastornado que no sabía ni lo que decía. Pero, por su parte, el escritor se mostraba tan interesado que no se daba cuenta de mi estado.

—¡Es formidable! —exclamó al fin—. Voy a extenderle un cheque ahora mismo.

Mientras se sentaba ante su escritorio, recordé que Delaney no había telefonado a Doris. Y entonces me di cuenta de que era absolutamente indispensable que le pudiera decir a Hamish que me dirigía a casa de Delaney. Pero necesitaba un argumento convincente si, en la investigación, alguien se preguntaba por qué había sido precisamente yo el primero en descubrir el cadáver.

Doris quizás se hubiera olvidado de llamarme, pero esto me pareció improbable.

—¿Puedo usar su teléfono?

—Naturalmente —me respondió Hamish mientras revolvía en uno de los cajones del escritorio buscando su talonario de cheques.

Telefoneé a Doris.

—¿Hay algo para mí? —le pregunté.

—Sí, una señora quería hablarle. Le he dado el número del señor Hamish. No ha habido ninguna otra llamada.

Mi corazón se puso a latir aceleradamente. ¿Era posible que Delaney no hubiese encendido el televisor antes de que empezara el reportaje de boxeo? ¿Que no hubiese tocado el telemando y aún estuviese vivo?

—¿No ha llamado el señor Delaney?

—No.

—Bueno, la llamaré más tarde —dije antes de colgar.

Me encontraba en un buen lío. Si Delaney ya estaba muerto, yo no me atrevía a ir a su casa antes de una hora. Pero si todavía estaba vivo, tenía que correr hasta el Blue Jay para impedir que accionara el mando a distancia.

Hamish había firmado el cheque. Lo cogí y él empezó de nuevo a examinar el chisme que le había instalado. Marqué el número de Delaney. Después de haber escuchado sonar el timbre durante unos momentos, colgué.

«Debe de estar muerto», me dije mientras me sobresaltaba al ver mi lamentable estado.

Afortunadamente, Hamish seguía sin reparar en mí, enfrascado en el manejo del juguetito que le había traído. De lo contrario no habría dejado de darse cuenta de mi hundimiento moral.

—Es usted un as, Regan. Le felicito.

—En cuanto lo vi pensé en usted. Bueno, ahora tengo que ir a casa del señor Delaney. Acabo de construirle el aparato más impresionante que he hecho en mi vida y quiero asegurarme de que está satisfecho de él.

—¿Qué clase de aparato le ha hecho?

Le expliqué las diversas características del mismo.

—¿Y es mejor que el mío?

—Sí, pero tenga en cuenta también que el precio es el doble del suyo. Es verdaderamente algo fuera de serie, incluidos los altavoces.

Yo deseaba prolongar la conversación cuanto fuera posible. No tenía la menor gana de acercarme en seguida al Blue Jay. Quería esperar, por lo menos, hasta las once menos cuarto. En ese momento haría ya una hora que Delaney estaría muerto. Y este espacio de tiempo era el que confirmaba mi coartada.

—¿Qué clase de hombre es ese Delaney? —me espetó Hamish—. Hace ocho días entré en su casa para saludarle. Creo que mi visita no le complació en absoluto. Evidentemente, no debe ser agradable vivir como él vive, pero me pareció un hombre particularmente amargo. ¿Conoce usted a su mujer?

—Sí —contesté prudentemente—. He tenido ocasión de conocerla.

—¡Menuda mujer! —exclamó Hamish admirativo—. ¡El esqueleto que tiene! Seguro que no le debe hacer mucha gracia el estar casada con un paralítico.

—Seguramente —respondí mientras echaba una mirada al reloj. Eran las once menos veinte—. ¿Ese reloj va bien? —añadí señalando con la cabeza al péndulo que había sobre su escritorio.

—Atrasa un poco, pero deben ser más o menos las once menos veinte.

—Pues tengo que marcharme.

—Le estoy muy agradecido, Regan. Si encuentra usted cualquier otra cosa que me pueda ser útil, dígamelo.

Me acompañó hasta la camioneta, me estrechó la mano y después aún me despidió con un movimiento de cabeza, antes de penetrar en su casa.

Me dirigí hacia el Blue Jay sin apresurarme demasiado. Tenía los nervios a flor de piel y mis manos apretaban el volante con tal fuerza que tenía las falanges completamente blancas. No me detuve a imaginar qué encontraría cuando entrara en el chalet de Delaney.

¿Estaría vivo o muerto?

Era muy posible que lo encontrase sentado en la terraza, ajeno a las llamadas del teléfono. Podía haberse olvidado de aquel reportaje de boxeo que tanto le interesaba.

Yo mismo me sorprendí al darme cuenta de que hacía algo que no había hecho desde años. Me puse a rezar. Supliqué al cielo para que, al entrar en el chalet, encontrara vivo a Delaney.

II

Acababa de parar la camioneta junto a la barrera del Blue Jay cuando el coche del cartero se detuvo a mi lado.

Hank Fletcher, el cartero de Glyn Camp, me lanzó una alegre sonrisa a través de la ventanilla y sacudió dos cartas frente a mi nariz.

—¿Va a ver al señor Delaney? ¿Por qué no le da estas dos cartas y yo me ahorro la cuesta del sendero?

Era un buen golpe de suerte. Ahora tenía un testigo suplementario que podría decir a qué hora exactamente había llegado yo al chalet del Blue Jay. Bajé del coche.

—No faltaba más —le dije recogiendo las cartas—. Por cierto, ¿lleva usted hora, Hank?

—Las once y cinco exactamente.

Me saludó agitando la mano, puso el coche en marcha y se alejó carretera adelante.

Eché un vistazo a las cartas. Ambas iban dirigidas a Delaney. Me las puse en el bolsillo y abrí la barrera, metí la camioneta en el camino de la casa, bajé otra vez para cerrar la barrera y volví a sentarme al volante para llegar hasta el pie de la casa.

Respiraba como un viejo asmático y mi corazón hacía cabriolas en mi pecho.

«¿Estará muerto? ¿Le habré matado?», no cesaba de preguntarme a mí mismo.

Salté de la camioneta y permanecí un momento contemplando la terraza, desierta y silenciosa. No vi a Delaney. Esto me pareció mal augurio. Ascendí lentamente los peldaños del porche.

La puerta que daba al salón se hallaba abierta de par en par. Me detuve un instante. En el otro extremo del salón vi la pantalla del televisor, cual gigantesco ojo blanco que me miraba con severidad.

Avancé unos pasos más y me detuve bruscamente.

Delaney estaba tendido en el suelo, boca abajo, tapándose la cara con las manos. Para poder conservar aquella postura era forzoso que estuviese muerto. Además, parecía tan tieso que uno no podía equivocarse.

Permanecí un momento contemplándolo.

Tenía miedo y a la vez sentía náuseas.

¡Y yo era quien había hecho eso! ¡Yo le había matado!

Lentamente, me introduje en el salón. Me daba cuenta de los peligros a los que estaba expuesto. Al menor desliz, yo también moriría. No obstante, tenía que seguir mi plan hasta el fin. Estaba convencido de que era perfecto. Sólo tenía que ejecutarlo, etapa por etapa, para tener la seguridad de que yo no corría ningún riesgo.

Contorneando el cadáver, fui a cerrar la corriente y luego desconecté el cable del aparato. Inclinado sobre Delaney, le toqué el cuello. No me hacía gracia proceder a aquella verificación, pero necesitaba asegurarme de que estaba muerto. El contacto de su piel helada contra mis dedos me indicó, mejor que cualquier otra cosa, que había expirado hacía ya un buen rato.

Crucé el salón para ir a cerrar la puerta de la terraza. Volví junto al televisor y destornillé la placa trasera del aparato.

Quité el mecanismo de relojería, corté los hilos del cuadro del telemando y los volví a conectar debidamente.

Trabajé lo más aprisa que pude. No necesité más de cinco minutos para dejarlo todo en orden. Me llevé el mecanismo de relojería y lo escondí debajo del asiento de mi camioneta. Cogí un pedazo de cable eléctrico, volví al salón y puse en su sitio los hilos que había manipulado la noche antes.

Saliendo del salón, me fui al desván y revolví hasta encontrar una caja de herramientas. Estaba sobre el anaquel de una estantería y a punto estuve de no verla. De cualquier modo encontré lo que quería: un destornillador de acero y otro provisto de un mango aislante. Cogí el destornillador de acero y volví al salón. Puse el destornillador en el suelo, junto a la mano derecha de Delaney.

Después me dediqué al cuadro del telemando. Volví a colocar los capuchones aislantes y la base de goma.

A continuación dispuse el televisor de tal forma que la parte posterior, que seguía abierta, se encontrase frente al cadáver de Delaney.

Tras ello, retrocedí unos pasos para apreciar el efecto que producía mi puesta en escena.

El conjunto me pareció bastante convincente, aparte de un vaso vacío que había en el suelo, tumbado al lado del cadáver, sobre la alfombra. El detalle del vaso me pareció fuera de tono. Delaney debía de estar bebiendo en el momento de electrocutarse.

Recogí el vaso. Prefería que la investigación preliminar no tropezara con demasiadas complicaciones. Necesitaba, al contrario, preparar una escena lo más sencilla posible. Si Joe Strickland tenía la impresión de que Delaney era un borracho, quizás se sintiera incitado a llegar al fondo de la cuestión y yo en absoluto lo deseaba.

Llevé pues el vaso a la cocina, lo lavé, lo sequé sin soltarlo del trapo, con todo cuidado para no dejar en él mis huellas dactilares, y lo guardé en un armario de la cocina.

Volví al salón. Estas diversas operaciones apenas me habían llevado diez minutos. Había llegado el momento de telefonar al *sheriff* Jefferson.

Sin embargo, antes de descolgar el teléfono, eché una última mirada a mi puesta en escena. Todo parecía de lo más normal.

Nadie vería algo anormal en la escena.

Delaney estaba tendido ante el televisor cuyo panel posterior había sido quitado. El destornillador se encontraba junto a su mano. El marido de Gilda estaba muerto y bien muerto. En cuanto a esto no cabía la menor duda. La primera persona que apareciera por allí y que no tuviera ninguna razón para desconfiar de mi puesta en escena, razonaría de la forma más natural que Delaney se había electrocutado intentando reparar una avería en su televisor.

Este tipo de accidentes ya han ocurrido varias veces. Los periódicos publican de vez en cuando noticias de esta clase. El inevitable riesgo del aficionado que trata de reparar un aparato sin haberlo previamente desconectado.

Justo cuando iba a coger el teléfono me di cuenta, de repente, que el televisor, tal como estaba ahora, no presentaba la menor anomalía. Este descubrimiento me hizo sentir un escalofrío. Había estado a punto de cometer un olvido fatal. El televisor obligatoriamente tenía que estar averiado pues, si no, ¿a qué santo iba Delaney a intentar arreglarlo? En el caso de que hubiera

una investigación, si los policías enchufaban el aparato y veían que funcionaba perfectamente, este detalle no dejaría de ponerles la mosca en la oreja.

Me acerqué pues al televisor, cogí un destornillador de mi caja y, tras haber encendido el aparato, puse la varilla del destornillador, bien cogido por el mango aislante, sobre los dos bornes de entrada de corriente. Esta maniobra provocó al instante en el aparato una llamarada seguida de una explosión que hizo saltar la mitad de las lámparas. Una humareda salió del aparato.

Desconecté el aparato, arranqué el hilo que llevaba al mando de regulación del sonido y lo dejé suelto. Ahora sí, la puesta en escena me pareció suficiente. Me volví al teléfono y llamé al *sheriff* Jefferson. Respondió al instante.

—*Sheriff*, aquí Terry Regan —dije sin necesidad de fingir ansiedad, pues la emoción y la inquietud eran patentes en mi voz—. ¿Quiere venir en seguida al chalet del Blue Jay, por favor? Ha habido un accidente. Delaney está muerto.

—Entendido, hijo —respondió el *sheriff* con voz calma, sin atisbo alguno de emoción—. Voy en seguida.

—Tráigase al doctor con usted.

—Está a mi lado en este momento. Vamos los dos para allá.

Necesitaría una media hora para subir con su viejo Ford hasta el Blue Jay. Mientras, yo podría darme un respiro. Entonces me acordé que Gilda me esperaba en mi chalet.

Y entonces me di cuenta de que ella no tenía la menor coartada. Si las cosas iban mal, si la Policía sospechaba que la muerte no había sido accidental y abría una investigación en regla, no dejarían de preguntarle a Gilda dónde había estado desde que Delaney murió hasta el momento que ella volvió a su casa. Los policías no dejarían de descubrir la intriga que había entre ella y yo y verían en nuestro lío el móvil probable del asesinato.

Permanecí un momento sentado delante del teléfono. Estaba completamente asustado. Hacía ya más de hora y media que Gilda me esperaba en mi casa. Necesitaba preparar una coartada para ella, pero antes era preciso que ella fuera a Glyn Camp.

Marqué mi número. Al cabo de un momento respondió.

—¿Eres tú, Gilda? Por favor, haz todo lo que yo te diga sin hacerme la menor pregunta: Es urgente y muy importante.

—Claro que sí, Terry... ¿Ha ocurrido algo?

—Quiero que vayas en seguida a Glyn Camp. Pero no vayas por el camino principal. Toma el camino del lago —dije con intención de que no se tropezara con el *sheriff* mientras éste se dirigía al Blue Jay—. Cuando estés en el pueblo, haz tus compras como si tal cosa. Pero no te vayas de Glyn Camp antes de las doce y media. ¿Me has entendido bien?

—¿Pero por qué, Terry? No tengo que comprar nada. Me voy a Los Angeles esta tarde.

—Gilda, por favor, es muy importante. Ha sucedido algo. Es preciso que hagas lo que te he dicho, sin protestar. Haz justo lo que te he dicho. Yo iré a esperarte exactamente a la una menos cuarto, al cruce. Nos encontraremos allí cuando tú vuelvas. ¿Llevas maletas en el coche?

—Sí.

—Pues escóndelas bien. Ponías en el maletero y ciérralo con llave. Nadie debe sospechar que te disponías a dejarle. Ve en seguida a Glyn Camp. Luego, cuando nos encontremos, te lo explicaré todo.

—Entendido. Pero, la verdad... ¡No comprendo nada!

—Te esperaré en el cruce a la una menos cuarto —le repetí.

Colgué, salí a la terraza y me dejé caer sobre un sillón. Tenía los nervios deshechos. Permanecí así unos veinte minutos, fumando y tratando de no pensar en nada.

Fue un verdadero alivio oír el coche del *sheriff* que ascendía la cuesta. Dos minutos después el viejo coche se detenía junto al chalet.

Jefferson y el doctor Mallard subieron los peldaños que conducían a la terraza.

—¿La señora Delaney está en casa? —preguntó Jefferson.

—No. Debe estar haciendo la compra en Glyn Camp. Los viernes suele ir de compras.

—¿Y él está muerto?

—Sí. Lo parece de verdad. Pero es el doctor quien mejor puede dictaminar al respecto.

Dije esto a propósito, pues era esencial que el doctor Mallard representara el papel principal en la escena que iba a seguir.

—Por aquí, doctor. Ahí lo tiene...

Un momento antes, cuando le vi subir por la escalera de la terraza, el doctor Mallard se me antojó una vieja cigüeña encorvada por la edad. Llevaba un enorme sombrero de alas anchas echado sobre la coronilla, una vieja levita negra y un pantalón también negro cuyos pies se perdían en el interior de un par de botas mexicanas.

Pese a que en Glyn Camp se le considerara más joven que al *sheriff*, lo cierto es que parecía mucho más viejo. Su cara, descarnada y curtida de tanto darle el sol, aparecía apergaminada y cubierta de arrugas.

—Hola, hijo —me dijo—. O sea que tenemos un cadáver bajo el brazo. Bueno, no es el primero ni creo que sea el último. ¿Dónde dices que está?

—Dentro de la casa, doctor —indicó precediéndole en el salón—. Lo he encontrado exactamente en esa posición. Parece haber querido revolver dentro del televisor. Ha debido tocar un hilo cualquiera y se ha electrocutado. No debió poner mucho cuidado. Ya ve usted, ni siquiera el destornillador que usaba tiene mango aislante...

El doctor se rascó la barbilla mientras observaba a Delaney.

—Yo siempre he dicho que esos aparatos de televisión son peligrosos.

Se volvió hacia Jefferson y añadió:

—¿No es verdad que he dicho eso, Fred? ¿No es exactamente lo que he dicho?

—Desde luego. Es exactamente lo que has dicho —confirmó el *sheriff*, quien permanecía apoyado contra el marco de la puerta, con los pulgares metidos en su cinturón—. ¿Está muerto?

El doctor se agachó y palpó el cuello de Delaney. Mientras se inclinaba, se oyó crujir sus viejos huesos.

—Está bien muerto, Fred. Tranquilo.

—¿Cuánto tiempo hace, según tú?

—Tres horas al menos, quizás un poco más. Ya está rígido. Eh, chico, échame una mano para que pueda volverlo de cara.

Cuando toqué el cadáver, para ayudarle, estuve a punto de vomitar. La cara de Delaney tenía un tinte azulado y parecía congestionada. Sus labios contraídos descubrían sus dientes con una mueca de sufrimiento. Daba miedo mirarle.

—Se ha electrocutado —afirmó el médico—. No hay duda de ello. Mira ese color azul. Es una señal que no engaña.

—¿Pero no hay quemaduras? —preguntó Jefferson.

El viejo médico examinó las manos del muerto y denegó moviendo la cabeza.

—Ni rastro. Pero eso no quiere decir nada. Su silla es metálica. La descarga eléctrica que ha recibido se ha repartido por igual en todo su cuerpo. Bueno...

Se incorporó y se echó su ancho sombrero todavía un poco más atrás.

—Espero que no pretenderás que le haga la autopsia, Fred.

Dijo estas palabras con una nota de inquietud en la voz. Yo estaba seguro de que a su edad no era capaz de practicar una autopsia. Había contado con esta baza.

—Si tú estás seguro de la causa de su muerte, yo también lo estaré —manifestó Jefferson atusándose los bigotes—. No sirve de nada cortar en pedazos a ese pobre hombre.

Mallard asintió. El *sheriff* se acercó al televisor y empezó a examinarlo.

—Oye, hijo. Yo me pregunto cómo ha podido ocurrir esto. ¿Qué te parece a ti?

—Cuando uno empieza a manipular en un aparato de televisión con un destornillador metálico, seguro que se produce un accidente —respondí—. Basta con tocar cualquier elemento con tensión para recibir la descarga.

—¿Estaba estropeado?

—Desde luego. Mire aquí, hay un hilo suelto —le indiqué enseñándole el cable que yo mismo había arrancado.

—Claro, claro, hijo. ¿Pero por qué estaba suelto ese hilo?

—No debería estar bien soldado. Delaney tenía prisa para que le entregara el aparato y lo tuve que montar a marchas forzadas. Supongo que al poner la televisión notó que estaba sin sonido. Probablemente pensó que podría arreglarlo él solo. Y ya ve el resultado.

—¿No te telefoneó, hijo?

—No.

—¿Entonces cómo estás aquí?

No había la menor sombra de recelo en la mirada del viejo. Para él era una pregunta de lo más banal.

—No había podido venir a revisar el aparato desde que se lo entregué. Hoy a primera hora he estado en casa del señor Hamish y luego, al pasar por aquí, me he dicho que podría subir para echarle un vistazo. Entonces ha sido cuando lo he encontrado, tumbado en el suelo.

—Me imagino que te habrás llevado un buen soponcio —dijo el *sheriff* lanzando una mirada al cadáver—. Voy a telefonar para pedir una ambulancia. Es mejor que lo saquemos de aquí antes de que llegue la señora Delaney.

—Si ya no me necesita, *sheriff*, ¿no tiene inconveniente en que me acerque a Glyn Camp para darle la noticia?

—Claro que no, hijo. Anda. Va a ser una fea noticia para ella. Intenta evitar que venga aquí hasta que la ambulancia se haya marchado. Dile que yo

me quedaré un rato más. Tendré que hacerle algunas preguntas. Pero dile que no se preocupe, que seguramente habrá una encuesta judicial.

Abandoné a aquellos dos viejetes que parecían del todo dispuestos a tragarse la puesta en escena que yo había montado.

Era precisamente en esta baza donde yo había arriesgado todo mi juego: apostar sobre su credulidad, sobre la facilidad con la cual estaban dispuestos a aceptar sin rechistar todo lo que se les dijera.

Mientras me dirigía con la camioneta a reunirme con Gilda, cada vez me sentía más sereno. Si no había cometido algún desliz susceptible de ser descubierto ulteriormente, yo podía estar tranquilo. Podía estar tranquilo y seguir adelante con mi plan.

III

Gilda me esperaba en el cruce. Permanecía dentro del Buick, el cual estaba metido casi en la cuneta. Al saltar de la camioneta advertí que su cara estaba muy pálida y sus rasgos crispados por la inquietud.

—¿Qué ocurre, Terry? —preguntó con voz jadeante—. ¿Qué ha pasado?

—Vas a llevarte una sorpresa, Gilda.

Se llevó las manos al pecho y sus ojos se ensombrecieron por el miedo.

—¿Le ha sucedido algo a Jack?

—Acaba de tener un accidente —le dije cogiéndole las manos—. Está muerto.

Cerró los ojos y su rostro se puso todavía más pálido. Permaneció así un segundo o dos. Luego abrió de nuevo los ojos y dijo con voz insegura:

—¿Un accidente, dices? ¿Qué clase de accidente? ¿Cómo... ha muerto?

—Se ha electrocutado. El *sheriff* Jefferson y el doctor Mallard están ahora en tu casa.

—¿Que se ha electrocutado?

La expresión de Gilda era ahora de absoluta incompreensión.

En aquel instante el sonido lejano de una sirena nos sobresaltó. Nuestras miradas se dirigieron hacia el final de la cuesta. La ambulancia de Glyn Camp se acercaba a toda velocidad hacia el cruce.

Contorneando el Buick abrí la puerta del otro lado y me instalé junto a Gilda.

—Se ha electrocutado con el aparato de televisión. Se soltó un hilo —le expliqué—. Supongo que quería ver el reportaje sobre Dempsey y, cuando advirtió que no podía escuchar los comentarios, sin duda intentó arreglarlo él

mismo. Debió tocar algo y recibió una descarga eléctrica. En su silla de ruedas la descarga forzosamente tenía que ser mortal.

Bruscamente Gilda se echó a llorar, ocultándose el rostro entre las manos.

Yo me aparté ligeramente y esperé a que se calmara.

Al cabo de unos minutos consiguió serenarse.

—No comprendo cómo ha podido suceder —expresó con voz aún insegura—. ¿Cómo puedes saber todo eso? Supongo que tú no estabas en casa cuando sucedió...

—No, por supuesto. Estaba en casa de Hamish. Al bajar pasé por delante de tu casa y entré para comprobar si el televisor funcionaba bien. Fue entonces cuando lo descubrí.

Tras secarse los ojos con el pañuelo, Gilda los volvió hacia mí y me miró sorprendida.

—¿Y has ido allí sabiendo que yo le había abandonado y te esperaba en tu casa?

No sin cierto malestar sostuve su mirada.

—Pasaba por allí —respondí sin gran convicción—. Después de todo, soy yo quien le vendió ese aparato, Gilda. Y todavía no lo he cobrado. Me he gastado en él bastante dinero.

—Así que has entrado y lo has encontrado muerto.

—Sí, pero ahora escúchame bien, Gilda. Es absolutamente preciso que nadie sepa que tenías intención de marcharte. Es precisamente por esto que te he pedido que fueras a Glyn Camp e hicieras la compra como de costumbre. ¿La has hecho?

—Pues claro que sí. Pero no comprendo nada. ¿Seguro que se ha electrocutado? ¿Lo ha dicho el doctor Mallard?

—Desde luego. De eso no hay ninguna duda.

—¿Entonces por qué es preciso que se ignore que yo le había abandonado?

—Van a abrir una encuesta. El agente judicial te interrogará. Si le dices que habías abandonado a tu marido, eso hará murmurar a la gente. Y los comentarios de la gente pueden volverse contra nosotros, Gilda. ¡No te imaginas hasta qué punto los comadreos corren por Glyn Camp! Hasta empezarán a decir que tu marido se ha suicidado. Pero si se enteran de que estabas en mi casa esperándome, la gente no dejará de sumar dos y dos. ¡Y ya puedes suponer todo lo que van a decir de nosotros!

—Pero tú me has dicho que ha sido un accidente.

—Sí, un accidente, pero siempre pueden pensar que se ha matado él mismo. ¡La gente es tan estúpida! Y, aunque sea ridículo, pueden creer que realmente se haya matado.

—Es lo que a mí me parece. Jack se debe haber suicidado. Ayer noche tuvimos una disputa terrible. Y esta mañana ha vuelto a empezar. Entonces le he dicho que me marchaba. Quizás todo haya sido culpa mía. Es muy posible que sea yo quien le haya empujado al suicidio. ¡Si hubieras visto la cara que ponía!

—Vamos, no pienses en esas cosas. Es un accidente. ¡A nadie se le ocurre suicidarse con un aparato de televisión!

—Entonces, ¿qué es lo que ha hecho, exactamente?

—Intentar arreglar el aparato. Debe de haber tocado un hilo suelto y ha recibido la descarga. ¡Imagínate que utilizaba un destornillador de acero y estaba sentado en su silla metálica!

—¡Oh, no! Estoy segura de que no ha podido pasar como dices.

Negó tan categóricamente que yo empecé a tener miedo.

—Para tocar algo realmente peligroso —añadió—, tenía que haber desmontado la parte trasera.

—Y eso es precisamente lo que ha hecho. Había desmontado el panel de atrás. Y ese dichoso destornillador estaba cerca de su mano...

Me miró frunciendo las cejas.

—No consigo creerlo. Jack nunca fue mañoso. Jamás se ocupó de arreglar la menor cosa. Estoy convencida de que nunca se le habría ocurrido manipular en el interior del televisor él solo.

¡No había esperado de ella una observación así! Si Gilda decía algo semejante durante la investigación, despertaría la desconfianza del agente judicial.

—Pero, Gilda, tu marido quería ver ese reportaje. Por nada del mundo se lo habría perdido.

—¿Pero cómo estás tan seguro que quería ver ese reportaje? —me espetó bruscamente.

Esta pregunta acabó de desarmarme y necesité bastante tiempo antes de poder recuperar el aplomo.

—Hace un par de días —le dije— tu marido me llamó al chalet. Quería saber cómo debía hacer para regular el aparato. Fue entonces cuando le hablé del reportaje y él me dijo que por nada del mundo se lo perdería. Tú sabes bien cómo le apasionaba el boxeo. Yo estoy convencido de que cuando no le

llegó el sonido, quitó la tapa trasera del televisor y se electrocutó intentando conectar el hilo suelto.

Gilda acogió mis palabras con una expresión en sus ojos absolutamente incrédula.

Al fin se encogió de hombros, como cansada, y me preguntó:

—¿Y dices que había un destornillador a su lado?

Yo me puse a sudar de nuevo. Recordé, con angustia, que la caja de herramientas estaba en el último estante del trastero, a unos dos metros del suelo. Yo tuve que ponerme de puntillas para alcanzarla. Y entonces me di cuenta que Delaney, que no podía moverse de su silla de ruedas, nunca hubiera podido alcanzarla. ¡Vaya metedura de pata! Busqué el paquete de cigarrillos en el bolsillo, saqué uno y lo encendí mientras me estrujaba las meninges.

—Exacto —dije.

—Pero si él hasta ignoraba dónde se guardaban las herramientas. Era incapaz de clavar un clavo.

Yo ya había conseguido dominar el primer movimiento de pánico y me había serenado.

—Por favor, Gilda, no trates de hacer un misterio de todo eso. El televisor se estropeó, quiso repararlo, buscó la caja de herramientas y la encontró. Seguramente la pescó con el bastón. Yo encontré la caja en el suelo. Parece que lo quieras complicar todo. Y este tipo de accidentes suceden a menudo, no tienes más que ver los periódicos. Mucha gente se mata por meter las manos dentro de su aparato de radio o de televisión. Cualquiera, si ignora el funcionamiento del aparato, puede electrocutarse de esa forma...

Ella ya no me escuchaba. Fue entonces cuando de verdad empecé a tener miedo. ¿En qué pensaba? ¿Acaso creía que era yo quien le había matado?

—No, a mí no me parece tan sencillo —declaró al fin con voz temblorosa—. Tuvimos una pelea espantosa y yo le dije que me marchaba. Hasta entonces yo no había pensado que un día pudiera abandonarle. Mis palabras le dejaron completamente trastornado, desesperado. Me suplicó que me quedara con él. Pero para mí eso ya era imposible. No podía permanecer a su lado después de lo que había intentado hacerme. Pero estoy absolutamente segura de que no tenía intención de ver esos combates de boxeo, sobre todo después de nuestra ruptura. Estoy convencida de que se mató voluntariamente.

—Te equivocas. Nadie se suicidaría de esa forma.

La cosa se ponía peligrosa. Si yo no podía hacerle admitir la tesis del accidente y si ella le contaba al agente judicial que, en su opinión, Delaney se

había suicidado, la prensa empezaría a hablar y la Policía de Los Angeles acabaría por abrir una investigación en regla, pues un suicidio mediante un aparato de televisión resultaba de lo más sospechoso.

—Además había bebido mucho —insistí—. Encontré un vaso y la botella de *whisky* a su lado. Sí, lo admito, él también estaba trastornado, hecho polvo. Y seguramente quiso poner la televisión para cambiar de humor. Y al ver que no funcionaba, se enfadó, cogió el destornillador y comenzó a toquetear dentro del aparato. Es exactamente lo que haría un hombre ebrio y desesperado.

Gilda se encogió nuevamente de hombros, aburrída.

—Pues yo no acabo de creerlo.

—Pero sólo puede ser un accidente, Gilda —repliqué levantando la voz—. Si le dices al agente judicial que tú crees que se ha matado, los periódicos ventilarán la historia y tú y yo nos veremos metidos en un escándalo que nos comprometerá para siempre.

—Muy bien, de acuerdo, Terry —dijo como si de golpe se hubiera serenado, como si toda esta historia fuera demasiado para ella—. Me resulta imposible aceptarlo, pero supongo que eso no tiene ninguna importancia. ¡Me parece tan difícil creer que realmente está muerto y que al fin soy libre!

Comencé a respirar con más soltura.

—No tenemos demasiado tiempo, Gilda. Y necesitamos tener mucho cuidado. Quizás lo que voy a decirte te parezca un poco extraño, pero te aseguro que es absolutamente razonable. Es muy posible que abran una investigación. Y por lo tanto es esencial que nadie sepa que somos amantes. Si se filtra el menor detalle de nuestra relación, nos vamos a ver en graves dificultades. Si el agente judicial no cree que la muerte sea accidental, la Policía de Los Angeles meterá la nariz en el caso y sin duda intentará descubrir dónde estabas tú cuando él murió. Tú misma debes comprender que sería catastrófico si tuvieras que decirles que estabas en mi casa. Es necesario que digas a la Policía que te fuiste de compras a la hora de costumbre, es decir, a eso de las nueve. Fuiste a Glyn Camp por la carretera del lago. Tuviste un pinchazo. Quisiste cambiar la rueda y eso te llevó mucho rato, pues era el primer pinchazo que tenías en tu vida y, además, por aquella carretera solitaria no apareció nadie que pudiera echarle una mano. No pudiste llegar al pueblo hasta las once y media.

La vi ponerse tiesa y mirarme con expresión inquieta.

—Pero no puedo contar eso. No es verdad.

—No tienes necesidad de contárselo. Sólo lo tendrías que hacer si la Policía te interrogara —le dije tratando de que mi voz no traicionara la inquietud que me devoraba—. Pero si realmente te interrogan, es lo que deberás decir a la Policía. Eso y nada más. Si no lo haces así, los dos tendremos graves problemas. Yo voy ahora mismo a reventar tu rueda de repuesto. Así, si lo verifican, verán que realmente fue un reventón.

—¡Terry! —exclamó cogiéndome del brazo y mirándome con ojos asustados—. Me das miedo. ¡Me haces sentir como si hubiera hecho algo malo!

—No sólo tú, sino también yo, Gilda. ¡Nos hemos acostado juntos! ¿No te das cuenta de la simpatía que en circunstancias así puede mostrar la gente hacia un paralítico? Si se enteran de que éramos amantes antes de que muriera, ¿crees que tendrán la menor indulgencia con nosotros? Nuestros amores aparecerán en la primera página de todos los periódicos de por aquí. Lo que yo hago es intentar defender tus intereses, Gilda. Es preciso que hagas lo que te he dicho.

Se encogió otra vez de hombros.

—Muy bien, entendido. Por el momento no consigo ver la conveniencia, pero haré lo que me dices, Terry.

Salí del Buick y abrí el maletero. Examiné la rueda de repuesto. Estaba razonablemente gastada y un pinchazo no sería anormal.

Fui a mi camioneta, saqué un clavo y un martillo de la caja de herramientas y volví junto al Buick. Clavé el clavo profundamente en la rueda de repuesto. El aire comenzó a escapar con un silbido. Cerré el maletero, guardé el martillo en mi caja y volví a sentarme al lado de Gilda.

—Ahora es mejor que te vayas. ¿Has comprendido bien lo que debes decir si te interrogan?

—Desde luego, Terry. Pero te aseguro que todo esto no me gusta nada. Hasta te diré que me da miedo. ¿Crees verdaderamente que hace falta que cuente todas esas mentiras?

—Por favor, Gilda, no te lo pediría si no estuviera absolutamente seguro de que es necesario. Y una recomendación más: en cuanto se abra la investigación, debemos tener mucho cuidado para que no nos vean juntos. Una vez la encuesta termine, será mejor que te vayas a Los Angeles. Alquila una habitación y yo podré ir a verte. Después, dentro de dos o tres meses, nos casaremos. Abandonaremos esta región. Tú podrás disponer de tu fortuna y podremos abrir una tienda —le dije cogiéndole las manos—. Ahora eres libre. Y dentro de muy poco tiempo podremos vivir juntos.

—Sí.

Oímos en aquel momento un coche que se acercaba por la carretera. Un poco más tarde, la ambulancia pasó junto a nosotros. Se dirigía a Glyn Camp. Nos miramos largamente. Gilda había palidecido y yo no me sentía muy en forma. Sabíamos muy bien, los dos, quién iba dentro de la ambulancia.

—Ahora puedes ir a tu casa. Jefferson te espera en el chalet. No te preocupes. En cuanto acabe la encuesta, estaremos juntos para siempre.

En aquel momento yo estaba convencido de mis palabras. Pero eso de «siempre» era otro cantar.

I

Volví a casa al caer la tarde.

Me senté en la terraza, con el vaso de *whisky* al alcance de la mano, y me puse a reflexionar en torno a los acontecimientos sucedidos desde que salí de casa aquella mañana, a las ocho y media.

Había matado a un hombre. No cesaba de repetirme que había seguido un plan perfecto y que nadie podría inquietarme, pero en el fondo de mí mismo sabía que no dejaría de preguntarme durante años si no había cometido algún error que un día u otro me traicionara.

Mis meditaciones se vieron interrumpidas por el ruido de un coche que ascendía la cuesta. Fui a la puerta, inquieto.

Vi al *sheriff* Jefferson que cruzaba la puerta de abajo, que había dejado abierta, y se apeaba de su coche. Se acercó.

—Espero que le apetecerá una copa.

—No seré yo quien la rehúse —dijo—. He tenido un día muy movido —añadió mientras cruzábamos el jardín—. Ya he fijado la fecha de la encuesta judicial. Como Joe se marcha de vacaciones pasado mañana, tenemos que apresurarnos. Así que la encuesta se celebrará mañana. Y tendrás que declarar, hijo.

—Lo haré, *sheriff*. Aunque me imagino que la conclusión es conocida de antemano, ¿no? —le dije señalándole un sillón.

—Así parece, en efecto.

Se sentó en el sillón y se quitó el sombrero. Parecía cansado y, sobre todo, preocupado.

—El doctor pudo llevarse el cuerpo antes de que la señora Delaney volviera a su casa.

—Mejor. La cosa ya ha sido bastante penosa para ella.

Serví dos *whiskies* y le ofrecí el suyo.

—¿Encontraste a la señora Delaney en Glyn Camp?

—No, la encontré en la carretera, cuando volvía al chalet.

Jefferson me miró de una forma extraña y comenzó a retorcerse los bigotes. Me di cuenta de pronto de que tenía una idea entre ceja y ceja.

—Quiero hablar contigo un rato, hijo. Necesito hacerme una idea clara de todos los detalles del drama. El doctor está convencido de que se trata de un accidente. ¿Qué es lo que tú piensas, personalmente?

Un escalofrío de miedo me recorrió la columna vertebral.

—Para mí no puede ser otra cosa —manifesté.

Para evitar mirarle a los ojos, abrí un cajón y me puse a buscar un paquete de cigarrillos.

—Evidentemente, nunca hay que tener prisa en llegar a una conclusión y, mucho menos, no apearse de ella aunque sea errónea. De acuerdo con el Código, cuando un hombre muere se pueden considerar cuatro eventualidades: muerte natural, accidente, suicidio o asesinato.

—Pero es del todo evidente que en el caso de Delaney se trata de un accidente, ¿no? —reiteré, algo más sosegado.

—Sí, sí, desde luego. Todo parece confirmarlo así, mas también podría ser un suicidio.

—¿No irá usted a suponer, *sheriff*, que un hombre vaya a suicidarse hurgando en el televisor con un destornillador?

—Evidentemente, parece inverosímil, hijo. Pero cuando un tipo tiene la cabeza revuelta uno nunca sabe en qué fantasía va a meterse —observó sentenciosamente el *sheriff*—. Yo empiezo a hacerme viejo. Y me fastidiaría meter la pata a mi edad, pues ya casi son cincuenta años los que llevo de *sheriff*. Me pienso retirar el año próximo, pero no quisiera hacerlo con una fea historia en mi carrera.

—No acabo de entender lo que quiere decir.

—La Policía de Los Angeles no para de incordiarme. Me consideran demasiado viejo para mi trabajo. Si cometo el menor error, todos ellos se pondrán a gritar a coro: «¡Ya lo había dicho!». Y lo que yo quiero, precisamente, es evitar eso.

—Sigo sin ver qué le preocupa.

—Quiero tener la absoluta certeza, hijo, de que ha sido un accidente.

—Pero ésa es la opinión del doctor, ¿no?

—Desde luego, él cree que es un accidente. Pero tú ya sabes cómo es el doctor. Qué quieres que te diga, es tan viejo como yo y se toma las cosas tal como vienen. También yo he creído que era un accidente, pero ahora...

Se detuvo un instante y frunció las cejas. Luego sacó la pipa y comenzó a atacarla. Con los ojos clavados en él, conteniendo el aliento, yo esperaba que siguiera.

—¿Ha cambiado de opinión?

—En efecto... En cuanto he sabido que la señora Delaney iba a abandonarle.

No sé cómo pude mantener una expresión impasible, pero el caso es que lo conseguí.

—¿Abandonarle? ¿Cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho ella?

—No, ella no me ha dicho nada. Pero mientras estaba allí, esperando la ambulancia, estuve fisgoneando por el chalet y me di cuenta de que la señora Delaney se había llevado todas sus cosas. Entonces me dije que si había salido de casa llevándose todas sus cosas, es que no iba a volver...

En absoluto me esperaba una cosa así. Permanecí un momento atontado frente al *sheriff*, sin encontrar nada que decirle.

—Pero, *sheriff*—le dije al fin—, ¿qué puede importar si se ha suicidado o si ha muerto accidentalmente? El resultado es el mismo. El doctor está convencido de que es un accidente, y yo también. ¿Para qué complicar las cosas? Si se ha matado, y estoy seguro de que no es el caso, esa eventualidad puede acarrear consecuencias para la señora Delaney. Ya sabe usted cómo le gusta a la gente chismorrear. ¿Por qué hacerle la vida difícil a esa mujer?

Jefferson continuaba chupando su pipa con aire incómodo.

—Lo sé, hijo, lo sé. Mas ¿qué puedo hacer yo? Debo tener en cuenta todos los datos. Es mi deber. ¿Por qué tiene ella todas esas señales de golpes en la cara? Se diría que el marido le dio una buena paliza. Y si no fue el marido, «alguien» lo hizo. Mi conclusión es que algo no funcionaba en el matrimonio. Pero de cualquier modo, habrá que verificar ese detalle. Estoy seguro de que el teniente Boos no tardaría en averiguar qué pasó.

—¡Deje tranquilo al teniente Boos! Por ahora es usted quien lleva la investigación. Y me parece que se preocupa demasiado. Sinceramente, ¿cree usted que un hombre pueda tratar de suicidarse hurgando con un destornillador dentro de un televisor? Yo, la verdad, comparto la opinión del doctor. Estoy seguro de que fue un accidente.

El viejo Jefferson se encogió de hombros.

—Quizás tengas razón después de todo, hijo.

—¿El doctor va a hacer la autopsia?

—No. Entre nosotros, creo que ya no sería capaz. Pero, en fin, eso no tiene importancia. El pobre Delaney está muerto, de eso no hay ninguna duda, todo el mundo puede darse cuenta. Lo que a mí me preocupa es por qué ha muerto...

—Deje de atormentarse. Yo en su lugar me despreocuparía de eso.

Jefferson meditó un momento y luego asintió con la cabeza.

—Quizás tengas razón. La señora Delaney me gusta. Como tú dices, no hay ninguna razón para complicarle la vida. Quizás tuviera intención de abandonarle, pero cambió de pensamiento. Esto es un buen punto a su favor. Cuando la encontraste subía al chalet, ¿verdad?

—Sí, la encontré en el cruce, y desde luego iba en dirección a su casa.

—En tal caso... —suspiró el *sheriff*, aliviado—. Supongo que no le sería fácil convivir con su marido. Quizás ella se puso nerviosa. Una mujer, además, necesita poco para ponerse nerviosa... En fin, cambió de opinión y se volvió a casa.

Jefferson terminó su *whisky* y se quedó unos instantes contemplando el suelo. Luego, lentamente, se puso de pie.

—Bueno, tengo que irme.

De pronto parecía mucho más viejo.

—¿Asistirás a la encuesta, hijo? Es a las once.

—Sí, allí estaré.

Le acompañé hasta el jardín, iluminado apenas por la luz del crepúsculo. Se detuvo un instante antes de acomodarse en su viejo Ford.

—¿Sabes qué planes tiene ella ahora?

Hice un gesto de denegación con la cabeza.

—¿Le ha dejado fortuna?

—¡Eso tampoco lo sé, *sheriff*!

Sin embargo, pensé en los ciento cincuenta mil dólares que, según Gilda, Delaney debía poseer. Ella ya no tendría que preocuparse por el porvenir y yo, desde luego, tampoco. Pero no era cosa de contarle eso al *sheriff*.

—Bueno, pues adiós.

Vi alejarse su coche y luego subí de nuevo a casa.

Repentinamente tuve ganas de llamar a Gilda, si bien me dije que usar el teléfono era muy arriesgado. Me preguntaba qué podía estar haciendo en aquel momento y, sobre todo, qué podía estar pensando. Pasaría la noche sola. Y a mí me esperaba lo mismo.

Las tinieblas iban cayendo y yo empezaba a inquietarme.

Cuando uno está atormentado, la llegada de la noche, con su oscuridad, su silencio y su soledad, puede tener algo de espantoso. Y yo, que ya tenía la muerte de Delaney sobre la conciencia, me sentía esa noche particularmente helado de espanto.

II

La encuesta se celebró en la sala de fiestas de Glyn Camp. En la tribuna reservada al público no había más de una docena de curiosos, la mayor parte de ellos gente ociosa que había entrado allí al no tener nada mejor que hacer. En Glyn Camp nadie conocía a Delaney y su muerte no había conmovido especialmente a la población.

Entré en la sala a las once menos cinco. Un minuto después apareció Gilda. Le acompañaba un hombre bien vestido, un tipo al que yo nunca había visto antes.

Se acercó y me presentó a su acompañante. Era George Macklin, el abogado de Delaney, que había venido desde Los Angeles para asistirle en aquellas circunstancias.

Macklin aparentaba unos treinta y ocho años. Era un hombre grueso y más bien bajo, de facciones inmóviles, ojos oscuros llenos de malicia.

Al estrecharme la mano, dijo:

—Esto no va a durar mucho. Ya he hablado con el agente judicial. No va a interrogar a la señora Delaney.

Era una buena noticia. Yo temía que Stringer acabara interrogando a Gilda, en cuyo caso quizás ella hubiese cometido un desliz.

A las once, el *sheriff* Jefferson y el doctor Mallard hicieron su entrada. Estrecharon la mano a Gilda, nos saludaron a Macklin y a mí y se acomodaron en su sitio. A continuación, Joe Stringer, el agente judicial, se sentó en su estrado, en mitad de la sala.

Joe Stringer era un hombre rechoncho que debía tener casi setenta años. Parecía imbuido de la importancia de su cargo, pero no parecía brillar por su inteligencia. Abrió la sesión. El *sheriff* fue el primero en declarar, relatando cómo había ido al Blue Jay y había encontrado a Delaney, muerto, frente al televisor.

Aseguró a Stringer que no había lugar a suponer que aquel accidente levantara sospechas como sin duda alguna expresaría también el doctor Mallard en su declaración.

Stringer llamó a Mallard y le invitó a sentarse en el lugar de los testigos, lo cual hizo el doctor con viva satisfacción.

Mallard afirmó que el fallecimiento se había producido por electrocución y que la muerte era puramente accidental.

No dejó de observar que Delaney se hallaba sentado en una silla de ruedas de acero y que estaba utilizando un destornillador igualmente de acero. En tales condiciones, añadió, si el destornillador entraba en contacto con un hilo o un terminal, la descarga bastaría para matar al hombre más robusto.

Joe Stringer tomó algunas notas, le dio las gracias al doctor y me llamó a mí.

En cuanto escuché sus primeras palabras, ya supe que tenía la partida casi ganada.

—¿Querrá usted explicarme, señor Regan, cómo pudo producirse ese accidente?

¡Empezaba hablando de un accidente! Por lo tanto, parecía que mi declaración iba a ser suficiente para dejarlo todo resuelto.

Me acerqué a su mesa y esboqué un plano del televisor para que comprendiera cómo se había soltado el cable. Es muy fácil electrocutarse, dije, si se hurga por dentro del aparato con un destornillador sin mango aislante. Basta con tocar dos terminales y... Le expliqué igualmente el interés que tenía Delaney por ver el reportaje con los grandes combates de Dempsey.

—Son cosas que suceden de vez en cuando, señor —añadí a modo de conclusión—. La gente no se da cuenta del peligro que corre cuando hurga dentro de un televisor enchufado. Y, en el caso de Delaney, como además estaba en su silla de ruedas, completamente metálica, la descarga aún es mayor.

Pero lo que surtió efecto fue el croquis que había dibujado. Al menos era algo que Stringer podía examinar y comprender. Noté que le había convencido cuando me felicitó por la claridad de mi dibujo y por mi declaración. Cuando volví a mi asiento, Stringer lanzó una mirada a George Macklin y le preguntó si tenía algo que declarar. Macklin contestó que no y el asunto se cerró en un instante.

Stringer, dirigiéndose al público, declaró que en su opinión Delaney había encontrado la muerte en un accidente desafortunado y que, sin ninguna vacilación, iba a establecer un veredicto de muerte accidental.

Luego siguió con un confuso discurso en el que resaltó los peligros a que se exponen los profanos que quieren reparar por sí mismos sus aparatos de radio o televisión. Luego se puso en pie, se acercó a Gilda y le presentó su condolencia.

El *sheriff* Jefferson, el doctor Mallard y yo salimos con Gilda y nos detuvimos sobre la caldeada acera.

—Si hay alguna cosa que pueda hacer por usted, señora Delaney, dígamelo —se ofreció el *sheriff*—. Para mí será un placer.

Gilda le dio las gracias y le dijo que Macklin iba a ocuparse de todo. Por su parte, Macklin manifestó que iría el Blue Jay al día siguiente, por la tarde,

para exponerle a Gilda su situación financiera. Le estrechó la mano, a mí también, y se alejó en compañía del *sheriff* Jefferson y del doctor Mallard.

De hecho, Gilda y yo nos quedamos solos. Yo me sentía absolutamente tranquilizado. La encuesta había concluido exactamente con el veredicto que yo había previsto.

—Bueno, todo ha ido mejor de lo que hubiera pensado. ¿Quieres que me ocupe de algo?

—El aparato de televisión, Terry... Jack no lo había pagado, ¿verdad? Preferiría que lo recogieras.

—Muy bien. Pasaré pasado mañana. ¿No se te ocurre nada más?

Negó moviendo la cabeza.

—Macklin se hará cargo de todas las gestiones.

No nos atrevíamos a mirarnos de frente. Yo era consciente de que estábamos en la calle principal y temía que la gente nos mirase con exagerada atención.

—¿Qué vas a hacer en el futuro, Gilda?

—No lo sé aún. Pero depende de lo que tú pienses hacer. Ya me lo dirás...

—Tenemos que dejar de vernos durante un mes. Creo que lo mejor para ti es que te instales en un hotel, en Los Angeles. Al cabo de un mes, cuando yo haya liquidado todos mis asuntos aquí, iré a reunirme contigo. Nos iremos a Nueva York o a cualquier otra parte y empezaremos nuestra nueva vida. Abriré la tienda de la que te he hablado. Cuando estés instalada en Los Angeles, escíbeme. No me telefonees.

—Así pues, ¿te veo pasado mañana?

—Podremos hablar mejor que ahora.

La contemplé mientras se alejaba hasta el lugar donde había estacionado el Buick. Luego crucé la calle para recoger mi camioneta. Me daba pena verla volviendo sola al chalet, pero sabía que no podía exponerme a los chismorreos.

Hacía calor. Eché mano al bolsillo para sacar el pañuelo y enjugarme la frente cuando noté los papeles. Saqué las dos cartas que Hank Fletcher me había dado para Delaney y las contemplé desconcertado.

Gilda estaba subiendo a su coche. Corrí hasta ella.

—He olvidado darte estas cartas. El cartero me las dejó ayer para tu marido.

Ella las observó indiferente y se las metió en su bolso.

—Gracias.

Nos miramos profundamente. Sus ojos azul nomeolvides estaban ensombrecidos y su expresión era impenetrable. Me inquietaron un poco.

Contemplé cómo su coche se alejaba.

Después de todo, un mes no es tanto tiempo. Bastaría un poco de paciencia. ¡Sobre todo ahora que nos esperaba una vida nueva y apasionante!

III

Dos días después, como habíamos convenido, fui al Blue Jay para recoger el televisor.

Cuando bajaba de la camioneta, Gilda apareció en la terraza. Llevaba una camisa a cuadros y *blue-jeans*. Estaba pálida y sus ojos, cernidos de oscuro, hacían suponer que no había dormido en toda la noche.

—¡Gilda!

Subí la escalera a toda prisa y la estreché en mis brazos. Con las manos apoyadas en mi pecho, intentó rechazarme.

—¡Aquí no, Terry!

Por la forma como me miraba comprendí que algo iba mal. La solté y pregunté:

—¿Pero qué te pasa, Gilda?

Se apartó de mí y se dejó caer en una silla.

—Tengo que hablarte, Terry.

Yo me senté también. De pronto tenía el corazón encogido.

—Terry, tengo una mala noticia...

—Bueno, pues dímelas. ¿Qué ocurre? —pregunté con voz ronca.

—No hay dinero.

La miré, absolutamente atontado. Ni remotamente esperaba aquello.

—¿No hay dinero?

—Macklin estuvo aquí ayer. Él creía que yo estaba al corriente. Jack ha gastado el dinero a espaldas desde el accidente que le dejó paralítico. El señor Macklin no cesaba de decirle que tuviera cuidado, pero él no hacía caso de sus consejos. El alquiler del chalet cuesta una fortuna. Por otra parte, parece ser que sus medios tampoco fueron nunca demasiado brillantes, pese a todo lo que a mí me contaba. El dinero que ha dejado ni siquiera bastará para pagar sus deudas. Lo siento mucho, Terry, pero así están las cosas, desgraciadamente. Yo no puedo hacer nada en absoluto.

Esta revelación, en aquel momento, fue para mí como un mazazo. Había estado pensando continuamente en el dinero de Delaney para emprender un

nuevo rumbo en mi trabajo.

—Quiero que comprendas, Terry —siguió Gilda con voz tranquila— que ya no espero que te cases conmigo. No tengo nada que ofrecerte. Sé perfectamente que tú no tienes ninguna obligación de cargar conmigo, sobre todo cuando ni tienes el capital necesario para emprender ese negocio que planeabas. Creo que será preferible que me olvides.

—¡Oh, Gilda, nada de eso! —protesté con vehemencia—. Tú sabes que te amo. Saldremos adelante. Quiero casarme contigo y me casaré. Tendremos que esperar un poco más, pero eso no importa. No nos podemos casar aquí. La gente hablaría demasiado. Trabajaré más para que podamos tener una casa, y no me importa que al principio tengamos dificultades. Si tú puedes soportarlas, yo también las soportaré. De momento puedo buscar un empleo en algún taller. Luego, más adelante, cuando haya ahorrado lo suficiente, me instalaré de nuevo por mi cuenta.

Ella frunció las cejas, preocupada.

—Pero tú no tienes necesidad de complicarte la vida, Terry. Yo también puedo trabajar.

Me levanté de la silla, me arrodillé junto a ella y le cogí las manos.

—Quiero que seas mi esposa, querida. Y quizás, en el fondo, es mejor que las cosas hayan sido así. Me fastidiaba pensar que me iba a aprovechar de tu dinero.

Gilda se puso a llorar y volvió la cara del otro lado.

Desde luego, para mí era una gran decepción. Pero al menos la tenía a ella. Después de todo, era por ella por lo que había matado a Delaney.

Pasada esta crisis de lágrimas, se tranquilizó y pudimos examinar las perspectivas que nos deparaba el futuro.

—No dejo de preguntarme si fue un suicidio o un accidente —me dijo de pronto—. ¿No crees que pudo haberlo hecho para poder pagar sus deudas?

Yo le escuchaba distraído. Pero las palabras que acababa de pronunciar retuvieron mi atención.

—¿Para pagar sus deudas? ¿Pero qué dices?

—¿No lo sabes? Hay una póliza de seguro...

Me sobresalté. Mi corazón empezó a latir desacompañadamente.

—¿Un seguro? ¿Qué clase de seguro?

—No he tenido tiempo de contártelo. Resulta que estaba asegurado. El señor Macklin me lo dijo ayer. Una de esas cartas que me diste, ¿te acuerdas?, era la póliza que le enviaba la compañía de seguros. Había asegurado el aparato de televisión. Macklin me dijo que una de las cláusulas garantiza al

asegurado contra los riesgos de accidentes. De modo que, si no hay problemas, cobraré la prima. Cinco mil dólares. Eso me permitirá una pequeña tregua frente a los acreedores, al menos hasta que yo encuentre trabajo...

—No sabía que hubiese asegurado el aparato —dije con una voz que parecía salir de muy lejos.

—Vino un joven a vernos, dos o tres días después de que nos entregaras el aparato. Creo que se llamaba Lawson. Vio el televisor y convenció a Jack para que lo asegurara.

Entonces recordé que el nombre de Delaney estaba en la lista que había facilitado a Lawson.

—Pero ese seguro sólo concierne al aparato, ¿no? Tu marido no tenía ningún seguro de accidentes, ¿verdad?

—Sí, según parece. Al menos eso es lo que me ha dicho el señor Macklin. Dice que el propietario del aparato se encuentra, automáticamente, asegurado contra los accidentes.

Me invadió bruscamente un frío glacial.

—¿Por cinco mil dólares?

—Sí.

¡Todo mi plan se desmoronaba! El miedo me poseyó hasta tal punto que de pronto me sentí totalmente paralizado.

Este seguro no dejaría de provocar una investigación. Conocía lo bastante a las compañías aseguradoras como para saber que no iban a aceptar la muerte de Delaney con la misma facilidad con que lo habían hecho el *sheriff* Jefferson y el doctor Mallard. Una compañía no se resigna ni siquiera a soltar un maldito dólar, y mucho menos cinco mil, sin tener la absoluta convicción de que no tienen más remedio que pagar.

Yo no estaba dispuesto a comprometer mi plan y arriesgar mi cabeza por aquella inoportuna póliza.

—Es muy posible que eso provoque una investigación —le observé a Gilda con el mayor tacto que pude—. ¿Crees de verdad que vale la pena buscarse problemas? Sería preferible no reclamar el pago de ese seguro.

Me miró extrañada.

—¡Pero si son cinco mil dólares! Y yo tengo deudas por tres mil, así que figúrate si no voy a intentar cobrarlos.

—Mas ten en cuenta que los inspectores de seguros no se paran en minucias —insistí intentando al mismo tiempo que no advirtiera lo aterrado

que estaba—. Y pueden fácilmente llegar a saber qué había entre tú y yo, Gilda.

—¿Y cómo quieres que lo consigan? Todo lo que nos pedirán será el acta de defunción. En todo caso, eso es lo que el señor Macklin me ha dicho. La compañía no puede escabullirse. No tendrá más remedio que pagar.

—Mira, conozco bien las compañías de seguros. Para ellos todos los medios son buenos con tal de no pagar. Si, por ejemplo, establecen que Delaney se ha suicidado, no pagarán. Todo lo que necesitan es un buen móvil para justificar el suicidio. ¿Y qué mejor móvil podrán tener si descubren que éramos amantes y que estabas a punto de abandonarle?

—¡Vamos, no exageres!

—Nada de exagerar. Si la compañía sospecha que he sido tu amante, se precipitará sobre nosotros y nos arrastrará por el lodo. ¡Puedes estar segura! No pretendo que consigan intimidarte. Pero pueden obligarte a que les demandes judicialmente si quieres cobrar. Y te plantarán delante a uno de esos picapleitos que te irá sacando las cosas con sacacorchos hasta hacerte confesar que eras mi querida. Y a mí también me llevarán ante el tribunal. Toda nuestra vida íntima será expuesta en primera página. ¡Y estaremos fritos!

Me miró asombrada, como si estuviera frente a un loco.

—¡Me das miedo, Terry! ¿Pero qué te pasa? ¿Acaso sabes más de lo que me has dicho?

—No se trata de eso, te lo aseguro. Me limito simplemente a ponerte en guardia contra lo que podría ocurrir. ¿Es que no puedes anular esa reclamación?

—Se lo diré a Macklin, aunque me parece que ya la debe haber tramitado. Ha dicho que se ocuparía de ello en cuanto estuviera de vuelta en su bufete. ¿Quieres que le telefonee en seguida?

Vacilé. Si Macklin ya había presentado la demanda, sería catastrófico volverse atrás. Nos convertiríamos de golpe en sospechosos.

—No —acabé por decir—. Déjalo correr. Al fin y al cabo, eso no tiene tanta importancia. Quizás no pongan dificultades, después de todo, como tú has dicho.

—¿Pero estás seguro de haberme contado todo lo que sabes sobre la muerte de Jack? Me inquietas, ¿sabes? ¡Acabarás por hacerme creer que soy culpable de no sé qué!

—A los ojos de la gente de por aquí, tú y yo somos culpables —le dije evitando mirarla a los ojos—. Los dos somos culpables de amarnos, Gilda.

Pero no nos confiemos, evitaré verte hasta que esa historia del seguro esté resuelta. Tenemos que olvidar eso de encontrarnos en Los Angeles. Me entiendes, ¿no? Puedes apostar lo que quieras que, en cuanto llegue la reclamación a la compañía, los inspectores van a estar al acecho. Y si nos ven juntos no dejarán de sacar ciertas conclusiones...

—Pero, querido, no comprendo nada de lo que me dices —protestó Gilda con un matiz de irritación en la voz—. ¿Qué podemos temer?

—Sólo trato de ahorrarte la vergüenza de ver tu nombre escrito en los periódicos. La compañía de seguros podría utilizar la historia de nuestro amor para oponerse a tu reclamación.

Gilda levantó los brazos, hastiada.

—Bueno, bueno, de acuerdo. Si ésa es tu opinión, no seré yo quien te lleve la contraria. No quieres reunirme conmigo hasta que haya cobrado el seguro, ¿no es eso?

—Sí, Gilda. Lo siento mucho, pero es muy importante —le dije poniéndome de pie—. Puede que no seas de mi opinión, pero si esa gente de la compañía llega a descubrir lo que somos el uno para el otro, entonces comprenderás que yo tenía razón. Creo que ahora lo mejor será que recoja el aparato y me marche. Alguien podría encontrarme aquí contigo...

—Pero Macklin ha dicho que no puedes llevarte el televisor hasta que los técnicos de la compañía la hayan examinado.

¡De nuevo otro golpe bajo!

—Ah, claro, lo olvidaba. Escucha, Gilda. En cuanto te hayas instalado en un hotel en Los Angeles, escíbeme. Yo no me fío mucho de la telefonista. No hace más que escuchar las comunicaciones de la gente. Estaré en contacto contigo por correo. No podemos permitir que nos vean juntos...

—Comprendo, Terry.

Le dije adiós y me fui. Estaba tan asustado que incluso me olvidé de besarla.

I

En el transcurso de los cuatro días siguientes no sucedió nada de particular.

Durante el día, la cosa era soportable. Pero la noche me resultaba verdaderamente espantosa.

Al quinto día, recibí una carta de Gilda.

Se hallaba en Los Angeles, según me decía. Se había instalado en una pensión familiar y estaba buscando trabajo, aunque de momento sin resultado. Me precisaba que la compañía de seguros se mantenía en contacto con ella a través de Macklin y que iba a enviar a uno de sus agentes para que examinara el televisor. Dicho inspector llegaría el sábado por la mañana, es decir, al día siguiente de haber recibido yo la carta. Gilda me pedía que estuviera a las once en el chalet del Blue Jay para enseñarle el aparato al inspector. Me indicaba también que había dejado la llave de la puerta bajo el felpudo.

Al día siguiente, a las once en punto, llegué al chalet del Blue Jay.

Dos o tres minutos después oí un coche subir por la cuesta y salí a la terraza. Tenía la boca seca, el corazón me palpitaba y sentía la impresión de tener un bloque de hielo en el estómago. Un Packard descapotable venía por el camino y un instante después se detenía tras mi camioneta.

Conducía el coche un mocetón moreno, de anchos hombros, que debía tener treinta y dos o treinta y tres años. Su rostro era curtido, más bien feo, pero de expresión bastante espiritual. Salió del coche con dificultad y luego empezó a subir con lentitud la escalera de la terraza.

—¿Es usted el señor Regan?

—Sí, soy yo.

Me tendió la mano.

—Encantado de conocerle, señor Regan. Me llamo Steve Harnas y soy inspector de la National Fidelity. ¿Está usted al corriente del asunto? El abogado de la señora Delaney me ha dicho que usted me enseñaría el aparato que provocó el accidente.

«¡Uf! —dije para mis adentros—, si habla de accidente es que ya lo tengo en el saco».

Le introduje en el salón.

—Ahí tiene el aparato —dijo señalándole con un gesto el televisor.

Lanzó una mirada indiferente a mi obra e hizo un ademán para que nos sentáramos.

—Esta reclamación de pago ha sido como una piedra lanzada a nuestra charca de ranas —dijo—. En la casa se ha armado un jaleo tal que se podría oír desde aquí.

—¿Por qué? No comprendo qué puede causar tal jaleo.

—Nuestro servicio de contenciosos está dirigido por un tipo llamado Maddox —siguió Harmas—, y puedo asegurarle que no hay nadie más desconfiado que él. Cada vez que recibe una reclamación de pago la examina desde todos los ángulos, como si fuera un huevo puesto dos o tres años antes. Y no espera ni siquiera a romper la cáscara para afirmar que el huevo está malo. Todas las reclamaciones de pago que recibimos son tratadas de la misma forma. Y recibimos de veinte a treinta mil por año. El dos por ciento de esas reclamaciones, y quizás menos aún, son injustificadas. Pero Maddox siempre sabe cuáles son, mucho antes incluso de que nuestros superinspectores hayan tenido tiempo de finalizar su investigación. Él sólo se fía de su instinto. Y, hasta el presente, jamás se ha equivocado.

Harmas me miró como adormilado y me dirigió una sonrisa antes de proseguir:

—¡Si al menos se equivocara una vez! ¡Chico! ¡Lo que me iba reír yo ese día!

Yo permanecía sentado en mi sillón, intentando dominar mi inquietud.

—Maddox estima que ésta es una reclamación fraudulenta —añadió Harmas señalando al televisor—, y la china me ha tocado a mí, pues estaba en Los Angeles cuando han recibido la reclamación y me han encargado que lleve yo la investigación.

—¿Pero qué tiene de particular esa reclamación? ¿Hay algo sospechoso en ella?

—Yo no pretendo que haya el menor detalle sospechoso —protestó—, simplemente le repito lo que Maddox me ha dicho. Él se hace el siguiente razonamiento: desde que hemos comenzado a vender pólizas sobre los televisores, en un año hemos suscrito unas veinte mil. Y, según nuestros archivos, en ese período no hemos tenido que pagar ni una sola indemnización respecto a la cláusula de accidente sobre las personas. Entre nosotros —siguió con una sonrisa—, esta cláusula ha sido pensada únicamente a título publicitario. Es un anzuelo para atrapar a los incautos,

pues como usted puede figurarse jamás hemos tenido intención de pagar por los accidentes personales provocados por aparatos de televisión.

—Me lo figuro, desde luego. Pero en este caso me parece que no tendrán más remedio que pagar.

Harmas se encogió de hombros.

—Es posible. Mas aun así yo me hago cargo del punto de vista de Maddox. Le molestaría mucho tener que pagar una sola póliza de entre veinte mil. Lo cierto es que pagaría si la reclamación fuera correcta. Pero en este caso la póliza fue suscrita sólo cinco días antes de la muerte del asegurado. ¡Y lo han enterrado incluso antes de haber recibido el original de la póliza! Y enterrado sin autopsia, encima. Unas circunstancias, se lo aseguro, que darían que pensar incluso al agente de seguros más cerril. O sea que figúrese el efecto que le habrá hecho a Maddox la tal reclamación.

—O sea que, si comprendo bien, hay algo de sospechoso en ésta.

Harmas lanzó una carcajada.

—Cuando dice usted sospechoso emplea una palabra muy suave. ¡Tenía que haberle oído gritando al teléfono! ¡Chico! Yo pensaba que iba a romper el micro del receptor...

Harmas se puso en pie y se acercó al aparato.

Abrió el mueble y echó un vistazo al magnetófono y al tocadiscos.

—Es un aparato magnífico, Regan. Debe ser usted un as.

Yo no dije nada.

—A propósito, ¿no fue usted quien descubrió el cuerpo?

—En efecto.

—¡Ah! En el informe he leído que el hilo del sonido estaba suelto. Delaney trató de arreglarlo, tocó dos cables conductores y se mató. ¿No es eso?

—Sí, así fue como sucedió.

Se agachó sobre sus talones y comenzó a examinar los mecanismos del aparato.

—¿Cuáles son los hilos que tocó?

Me acerqué y le enseñé los hilos en cuestión.

—¿Trabajaba con un destornillador sin mango aislante?

—Sí, lo encontré a su lado.

Harmas se incorporó bruscamente.

—Estaba paralizado de la cintura para abajo ¿no? ¿Se desplazaba con ese chisme? —prosiguió, señalando con el dedo la silla de ruedas de Delaney.

—Sí.

—No debería ser un panorama muy alegre para su mujer. Según lo que he oído decir, es una tía estupenda.

Trazó en el aire unas formas redondeadas.

—O sea, un buen lote provisto de todo lo necesario para gustarle a un hombre.

Yo no respondí, pero me dispuse a tomar la defensiva.

—¿La conoce? —preguntó.

—Sí.

—Y, en su opinión, ¿se entendía bien con su marido?

—¿Qué puede importarle eso? —repliqué a mi vez desabrido, sin poder ocultar mi irritación—. Tengo mucho trabajo en este momento. La señora Delaney me pidió que le enseñara el aparato. Pues bien, ahora que lo ha visto, tengo que ocuparme de mis cosas.

Harmas volvió a instalarse en el sillón.

—No se enfade usted, hombre. No le pido que pierda su tiempo sin nada a cambio. Pero es usted quien ha montado el aparato y quien ha encontrado el cadáver. Y conoce a mucha gente de por aquí. ¿Qué le parecería si yo le pagara diez dólares al día por su, digamos, consejo técnico?

Vacilé, pero me di cuenta de que, si rehusaba, él conseguiría sin duda encontrar otro colaborador. Mientras que si aceptaba me encontraría en un lugar preferente durante la investigación, lo cual me permitiría ver de qué manera evolucionaba la situación.

—De acuerdo. Diez dólares por día.

Sacó dos billetes de a diez, los arrugó, hizo una pelotita y la lanzó sobre mis rodillas. A continuación pasó de nuevo al ataque:

—¿Sabe si los dos se entendían bien?

—Por lo que sé, no se llevaban mal. Aunque apenas tuve ocasión de verlos juntos.

Me pregunté si llegaría a descubrir que yo había llevado a Gilda al restaurante italiano. Mas, con un poco de suerte, era improbable que fuera a buscar tan lejos.

Durante un buen rato contempló el televisor con semblante preocupado. Luego me dijo:

—Hágame un pequeño favor. Vuelva a colocar la tapa trasera.

—No faltaba más.

Me acerqué al aparato, le puse la tapa y comencé a fijar los tornillos.

—El aparato estaba así cuando se lo entregó a Delaney, ¿no?

—Sí.

Había seguido todos mis gestos frunciendo las cejas.

Estiró sus largas piernas y, con indolencia, sin dejar de examinar el aparato, me preguntó:

—¿No le importaría sentarse en la silla de ruedas?

Me sobresalté. Mi corazón batía como una campana.

—¿Para qué? ¿Dónde quiere ir a parar?

—Bueno, a mí me gustan las soluciones fáciles. Por eso, cuando encuentro a alguien que trabaja por mí, quiero tener la seguridad de que empleo el dinero sabiamente.

No me quedó más remedio que sentarme en la silla de ruedas, lo que me produjo una sensación bastante siniestra. Delaney había pasado en aquella silla sus últimos cuatro años de vida.

—¿No podría acercarse con la silla hasta el televisor? Cuando llegue tras él, sin moverse de la silla, quite los tornillos de la tapa, de la misma manera que lo hubiera hecho Delaney.

De pronto me di cuenta, de que, en aquella posición, me resultaba imposible alcanzar los dos tornillos de abajo.

Por lo tanto Harms podía concluir fácilmente que Delaney nunca podría haber quitado esos tornillos. Y, si no quitó la tapa, no pudo electrocutarse.

Allí había cometido yo un error fatal.

¡Mi intento de crimen perfecto quedaba en agua de borrajas!

II

Durante un largo momento de angustia, permanecí inmóvil contemplando los tornillos de abajo. Sabía que Harms me acechaba. Comprendí que había tenido la malicia de adivinar que esos dos tornillos se hallaban absolutamente fuera del alcance de un tipo sentado en la silla de ruedas.

Pero yo necesitaba improvisar alguna cosa.

Me incliné hacia adelante, quité mis pies del apoyo del estribo y los puse en el suelo. Así, inclinándome, plegándome en dos, conseguí apenas tocar la cabeza de los tornillos con la punta de los dedos. Estaba empezando a desatornillarlos cuando, de pronto, Harms me interrumpió bruscamente:

—¡Alto!

El tono de su voz me envió un escalofrío glacial a lo largo de mi columna vertebral. Me dominé y, volviendo la cabeza, le miré.

Se había plantado detrás de mí y examinaba el aparato con toda atención.

—Interesante. Delaney tenía los miembros inferiores y la parte baja del cuerpo paralizados. Desde luego, no habría podido alcanzar esos dos tornillos.

—¿Por qué?

—Mire qué postura ha adoptado usted. Un paralítico no podría sentarse de esa forma.

—¡Pues tuvo que haberlo hecho! —le contesté con la voz ronca de emoción.

No cesaba de maldecirme por la idiotez de haber puesto los tornillos inferiores tan bajos, sin darme cuenta de que Delaney no podía llegar a ellos. Cuando desatornillé la tapa, yo me había acuclillado en el suelo. Era la única forma práctica de alcanzar los tornillos.

—Pues si fue él quien quitó esos tornillos, debía de tener brazos de gorila. Ahora probaré yo. Déjeme sentarme en la silla.

Le cedí el lugar, retrocedí unos pasos y le observé mientras intentaba alcanzar los tornillos, los pies en el suelo y con todo el cuerpo inclinado hacia adelante. Consiguió tocarlos.

Se arrellanó en la silla, reflexionó durante un buen rato y dijo al fin:

—Creo recordar que Delaney había ido a buscar ese destornillador al trastero. ¿Sabe dónde está?

—En el pasillo, la primera puerta a la derecha.

—Vamos a echarle un vistazo.

Sin levantarse de la silla, la propulsó a través del salón y se internó por el pasillo hasta la puerta de la despensa.

Abrió la puerta e hizo avanzar la silla de ruedas.

Me quedé a su lado observando sus movimientos y repitiéndome una y otra vez lo idiota que había sido imaginando que aquello era el crimen perfecto.

—¿Dónde ponía la caja de herramientas?

—En el estante de arriba. Delaney debió acercárselo con el bastón y lo tiró al suelo. Encontré todas las herramientas por el suelo.

—¿Dónde está ese bastón?

Se lo tendí.

Harmas se irguió, pescó el asa de la caja con la empuñadura curvada del bastón y la caja se estrelló contra el suelo con gran ruido. Todas las herramientas quedaron esparcidas sobre el piso.

Se inclinó para recoger el destornillador, pero no consiguió alcanzarlo. La silla, montada sobre sus grandes ruedas, resultaba demasiado alta. Alzó la cabeza y me miró.

—¡Ese tipo debía de tener los brazos de goma!

No dije nada. No podía. Para disimular mi turbación, encendí un cigarrillo. Me preguntaba qué podía hacer ahora.

Se puso en pie y empujó la silla hasta el salón, silbando suavemente.

Le seguí. No me sentía nada tranquilizado.

Se instaló en uno de los sillones y dijo mirándome fijamente:

—Me gustaría comprender cómo pasaron las cosas. Fue usted quien lo encontró, ¿no? Cuando entró en la sala, ¿qué vio?

—La silla de ruedas estaba a algo menos de un metro del televisor y Delaney yacía de bruces, delante. El destornillador se hallaba cerca de su mano.

—¿O sea que había caído de la silla?

—Sí, supongo.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Al ver que el panel trasero había sido retirado, pensé que se había electrocutado. Desconecté el aparato y luego examiné a Delaney para ver si podía hacer algo por él. Desgraciadamente, estaba muerto.

—¿Qué le hizo pensar que estaba muerto?

—Estaba frío y comenzaba a ponerse rígido.

—¿Está seguro de que estaba frío?

—Sí. Por eso me di cuenta de que estaba muerto.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Telefoneé al *sheriff* Jefferson, quien acudió con el doctor Mallard. El médico dijo que Delaney debió de morir a eso de las nueve.

—¿Lo dedujo por la rigidez cadavérica y la temperatura del cuerpo?

—Supongo.

—¿Había visto usted antes a alguna persona electrocutada?

—No, ninguna.

—Bueno —dijo poniéndose de pie—. Creo que por el momento ya he visto todo lo que podía interesarme. No toque el aparato, quisiera examinarlo todavía... Es verdaderamente extraordinario, Regan. ¡Ese Maddox tiene olfato! Se diría que no se equivoca jamás —siguió volviéndose hacia la ventana y contemplando el paisaje—. Desde luego, en esta historia hay algo que no encaja. Usted mismo puede darse cuenta... ¡Pero ese condenado Maddox es formidable! ¡Si un día pudiera pillarle en falta!

No contesté. Estaba aterrorizado. Tenía la impresión de que pronto mi corazón iba a pararse.

—Bueno, creo que debo seguir husmeando un poco más.

Se detuvo un instante y mostró el paisaje, a través de la ventana, con un gesto de la mano.

—No está mal, el panorama. Tampoco me iría mal tener un lugar como éste para mi mujer y para mí.

Y mirándome de reojo, me preguntó:

—¿Está usted casado, Regan?

—No.

—Pues debería probarlo, créame —aconsejó en tanto me tendía la mano—. Volveré uno de estos días. ¿Dónde podrá encontrarle?

Le di mi número de teléfono y lo escribió en el reverso de un sobre.

—¿De veras cree que hay algo raro en este caso? —le pregunté.

Me lanzó una amplia sonrisa.

—Intente pensar un poco. Usted sabe tanto como yo. El tipo estaba paralítico. Por lo tanto, no podía alcanzar los tornillos. Ni tampoco recoger el destornillador. Además, estaba ya completamente frío cuando usted lo encontró. Algo muy raro, teniendo en cuenta que apenas llevaba una hora muerto y que aquel día hacía mucho calor. Y encima había recibido una fuerte descarga eléctrica. Por si fuera poco, unos días antes había suscrito una póliza. Su muerte, en esas condiciones, debería permitirle a su mujer cobrar cinco mil dólares. Aunque es posible que todo haya sucedido tal como parece. Yo, después de todo, no sé nada.

Me dio unos golpecitos en el pecho con el índice.

—Nosotros, la gente de los seguros, en cuanto una cosa no encaja, recelamos. Voy a seguir husmeando para ver si encuentro alguna otra cosa turbia. Si la encuentro, sin duda podré demostrar que la reclamación es fraudulenta. A lo mejor pierdo el tiempo, pero para eso me pagan. ¡Hasta la vista!

Y con una leve inclinación de cabeza se dirigió a su hermoso Packard.

Le miré alejarse y luego volví al salón.

«El asunto está mal de verdad —me dije—. Pero de ahí a que pueda afirmar que Delaney fue asesinado, hay mucho trecho. Tendría que averiguar muchas cosas para poderlo establecer. Desde luego mi plan no era perfecto, pero no ha conseguido desmontarlo completamente».

Después de cerrar con llave la puerta del chalet, subí a mi camioneta y encendí otro cigarrillo. Permanecí un momento reflexionando, las manos crispadas sobre el volante.

En mi opinión, lo más importante era sobre todo que Harms no supiera nada de mi relación con Gilda. Si se enterara de que había sido mi amante,

tendría un excelente móvil para un asesinato: la mujer, el marido impedido, el amante y los cinco mil dólares del seguro. Y, para un asesinato, era desde luego el guión ideal.

Tenía que avisar a Gilda para que no se olvidara de la historia que yo le había contado. El día de la muerte de Delaney ella fue a Glyn Camp como todos los viernes, para hacer la compra; durante el trayecto uno de sus neumáticos se pinchó y ello la retrasó, pues tuvo que cambiar la rueda.

No debía apartarse de esta historia. Si lo hacía, los dos íbamos a sufrir las consecuencias. Harms desde luego trataría de comprobar dónde se hallaba Gilda en el momento de la muerte de Delaney. Y evidentemente ella no podía contarle que estaba en mi casa, esperándome. Poco a poco llegué al convencimiento de que ya debería estar vigilándola. Necesitaba hablarle urgentemente, si bien no me atrevía a que me vieran con ella.

Decidí acercarme a Los Angeles y hablarle desde una cabina telefónica, en la ciudad.

Cogí la camioneta y llegué a Los Angeles poco después de las cuatro de la tarde. Me metí en una cabina y marqué el número de Gilda. No hubo respuesta.

Me dije que debía estar buscando trabajo. Me entretuve dando vueltas para matar el rato, y más tarde marqué de nuevo su número. Eran casi las siete cuando al fin contestó.

No quería hablar demasiado por si ya habían intervenido su línea.

—Gilda —le dije—, no pronuncies mi nombre y escúchame bien. Te telefono desde la cabina número 55781. Debes buscar inmediatamente otra cabina pública y llamarme a ese número. Te espero, es urgente.

—¿Pero por qué no me hablas ahora?

—No puedo hacerlo por tu teléfono. Date prisa. ¿Has anotado el número?

—Sí.

—Te espero.

Colgué y permanecí dentro de la cabina, fumando y sudando como un buey, en la atmósfera asfixiante del cubículo durante diez buenos minutos. Al fin sonó el timbre y descolgué el receptor.

—¿Eres tú, Gilda?

—Sí. ¿Qué es lo que pasa, Terry?

—La gente de los seguros está haciendo una investigación, como me había temido. No parecen muy convencidos de que la muerte se produjera tal como han dicho las autoridades. Tenemos que ir con mucho cuidado, Gilda. Me parece que te vigilan. Oye, escucha...

—No entiendo nada, Terry. ¿De qué se trata? ¿Qué puede importarme a mí, que me vigilen o no? Yo no he hecho nada malo. Tú me ocultas algo. Siempre he tenido esta impresión, desde que él murió. Es preciso que me digas qué pasa.

—Nada. Simplemente que hay que tomar muchas precauciones para evitar que los investigadores se enteren de nuestras relaciones. Eso es todo.

—Quiero verte, Terry.

—Es imposible. Estoy seguro de que te siguen. Si nos ven juntos, estamos perdidos. No podemos encontrarnos por ahora.

—Quiero verte. ¡Quiero verte esta tarde!

—Te aseguro que hay muchas posibilidades de que te sigan. Y si nos ven juntos...

—¿Desde dónde telefoneas?

—Desde el *drugstore* de la esquina de Figueroa con Florence Street.

—Espérame delante del *drugstore*. Pasaré con el Buick dentro de una hora.

—Te aseguro, Gilda, que sería mejor no...

—No y no —replicó irritada—. No dejaré que nadie me siga. Puedes estar seguro.

Colgó y me puse a esperar.

Los minutos se me antojaron interminables.

Hacia las siete y media salí del *drugstore* y me disimulé entre las sombras. Ya era noche oscura. Me hubiera gustado regresar a mi casa, pero tenía el presentimiento de que si no la esperaba allí ella vendría a mi chalet, lo que acabaría de estropear las cosas.

Diez minutos más tarde, el Buick se detuvo junto a la acera. Me precipité a abrir la puerta y me instalé en el interior del coche, al lado de Gilda. Arrancó de inmediato y se camufló entre los vehículos que circulaban por la gran avenida.

Ninguno de los dos había dicho una palabra.

Al cabo de un momento, me volví para examinar los faros de los coches que iban detrás de nosotros.

—Nadie nos sigue —informó Gilda—. Estoy absolutamente segura.

—¡Esos tipos son muy astutos!

—Te aseguro que nadie nos sigue.

Había en su voz un matiz seco que yo no le conocía. Levanté los ojos para mirarla.

Al resplandor de las farolas de la calle, me pareció muy pálida. Su expresión era hosca, enfurruñada. Miraba directamente frente a ella y conducía con pericia, aprovechando las menores facilidades que le ofrecía la intensa circulación. De vez en cuando su pie acariciaba el acelerador y dábamos un salto adelante. Rebasamos así al coche que nos precedía.

Siguió a buena marcha durante unos veinte minutos. Habíamos salido de Los Angeles y rodábamos por carretera abierta, en pleno campo.

Gilda continuaba sin decir nada.

Transcurrieron otros veinte minutos sin que dijera nada. Llegamos a un pequeño camino de montaña y se internó por él. Aceleró, ascendió por la empinada cuesta a toda velocidad y al cabo de unos minutos detuvo el Buick cerca de uno de esos pequeños miradores que frecuentan los enamorados y los turistas que quieren contemplar el panorama de Los Angeles.

Mientras ella echaba el freno de mano, lancé una mirada a nuestras espaldas, sobre el camino que subía serpenteando por el flanco de la montaña. Pero no vi subir ningún otro coche. Sólo veía los faros de los coches que pasaban por la carretera principal, debajo de nosotros.

Gilda, con las manos en el volante, volvió la cabeza y me miró. Había un hermoso claro de luna y podíamos vernos perfectamente.

Volví la cabeza y, por el parabrisas, me puse a contemplar el resplandor de Los Angeles, a mis pies, mientras los puños se me crispaban de inquietud y de rabia.

—¿Por qué tienes tanto miedo, Terry?

—No tengo miedo —le contesté articulando despacio—. Simplemente estoy un poco inquieto. Creo que te has equivocado reclamando el pago del seguro. El investigador de la compañía ha examinado cuidadosamente el aparato, y al parecer tu demanda no le resulta demasiado católica.

—¿Pero por qué?

—Cree que a tu marido no le hubiera sido fácil desatornillar la tapa de detrás. Al parecer, desde lo alto de su silla de ruedas es imposible alcanzar los tornillos.

—¡Ya te lo había dicho! Yo también estoy segura de que él no quitó la tapa. Jamás lo hubiera hecho por sí solo. Eres tú quien pretendiste que había quitado la tapa, recuérdalo.

—Y creo en efecto que fue él quien la quitó. Cuando yo llegué el panel estaba en el suelo.

—Pues yo creo que todo lo que puedo hacer ahora —siguió Gilda sin mirarme— es pedirle al señor Macklin que retire esa reclamación. Puedo

arreglármelas sin ese dinero. Lo venderé todo y me parece que llegaré para pagar sus deudas.

Me sobresalté.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ahora no puedes anular la reclamación!

—¿Por qué no?

—En cuanto les llega una reclamación, tiene que seguir su curso; de lo contrario la compañía sospechará que tratan de engañarla. Creerá que la retiras porque estás asustada. Y si la retiras ahora, estoy seguro de que la compañía avisará a la Policía de Los Angeles.

—¿Y qué me importa que avisen a la Policía? ¡Yo no tengo nada que ocultar!

—¡Claro que tienes cosas que ocultar! Ellos pueden descubrir lo que hay entre nosotros.

—¿Y qué puede importar eso?

Respiré profunda, lenta, interminablemente. Metí los puños entre las rodillas y las apreté con todas mis fuerzas.

—Por favor, Gilda, ya te lo he explicado varias veces. Sabes de sobra que debemos ser prudentes.

—¿Por eso es por lo que me has pedido que llamara desde una cabina pública?

—En efecto, pues no me fío ni un pelo de esos detectives de la compañía de seguros. Pueden haberte intervenido la línea.

Gilda se volvió bruscamente y me miró con ojos centelleantes.

—Dime la verdad.

—¿Qué te pasa ahora?

—No fue un accidente, ¿verdad? Tú intentas disimular algo. Quiero que me digas la verdad.

Estuve a punto de asegurarle que de verdad era un accidente, pero me mordí la lengua. De repente me había dado cuenta de que no podía seguir mintiéndole. La amaba. Uno no puede mentirle a la mujer de su vida. Sabía que me exponía a una catástrofe, pero lo cierto es que no podía seguir ocultándoselo por más tiempo.

—No, Gilda. No fue un accidente —dije temblando con todos mis miembros—. Fui yo quien le mató.

Ella tuvo un brusco sobresalto que le cortó la respiración. Se apartó de mí.

—¿Que le mataste tú?

—Sí, en un momento de locura. No podía soportar la idea de que siguieras unida a él durante el resto de sus días. No podía admitir que tú no fueras mía

mientras él siguiera vivo. Le maté...

Permaneció quieta. Yo escuchaba su respiración precipitada e irregular.

—Si lo hice es porque te amo, Gilda. Y por poco que me acompañe la suerte, nunca llegarán a descubrir la verdad. Dentro de unos meses podremos irnos de aquí y emprender nuestra vida juntos.

Sus hombros se encogieron de pronto, como si tuviera frío.

—¿Pero cómo pudiste hacerlo?

Se lo conté todo.

Mientras le hablé permaneció acurrucada contra la portezuela, las manos entre las rodillas, sin moverse, contemplando el claro de luna con sus ojos azules abiertos e impasibles.

—Si no se hubiera cursado la demanda de indemnización —seguía yo—, no tendría de qué preocuparme. Sin embargo, ahora las cosas han cambiado. Estoy convencido de que Harms sospecha algo. Por eso es preciso que no nos veamos hasta que todo esto haya terminado.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —preguntó con voz glacial.

—Quiero que sostengas todo lo que le contaste a Jefferson. Es todo lo que quiero que hagas. Es posible que Harms te interrogue. Si él llega a tener la más mínima sospecha de que hemos sido amantes, tendremos problemas. Por lo tanto, es absolutamente necesario que no nos veamos hasta que esa cuestión del seguro haya quedado resuelta.

—Lo que quieres decir es que eres tú quien puede tener problemas, ¿no? Pero si les digo la verdad, yo no arriesgo nada...

Tenía razón, evidentemente. Pero yo me limité a mirarla sin atreverme a decir nada.

—De acuerdo, voy a mentir por ti. Me ceñiré a tu historia y nadie me apeará de ella.

Permaneció unos segundos sin hablar, mirando a través del parabrisas, y luego añadió tranquilamente:

—¿No te importará regresar a pie? Una vez en la carretera principal podrás hacer autostop. Prefiero regresar sola a Los Angeles.

Ante estas palabras, el corazón casi se me salió del pecho.

—Confío en que tus sentimientos hacia mí no hayan cambiado, Gilda. Te amo, te deseo y no quiero estar lejos de ti, ahora menos que antes.

—Mira, lo que me has dicho ha sido para mí como un mazazo. Sé amable y déjame volver sola.

Traté de cogerle la mano, pero ella la retiró bruscamente.

Advertí hasta qué punto estaba pálida y crispada. Había que darle un poco de tiempo para que se recuperara de sus emociones. Por mi parte, lamentaba ya amargamente haberle hecho confidencias.

Bajé del coche.

—Te aseguro, Gilda, que si lo hice fue sólo porque te amo tanto...

—Sí, sí, lo comprendo.

Arrancó y el coche tomó velocidad. Gilda miraba hacia adelante, sin desviar los ojos. No me lanzó siquiera ni la más mínima mirada.

Vi los pilotos traseros rojos de su coche deslizarse por la pendiente. Luego, de repente, experimenté una espantosa impresión. Sentí que Gilda acababa de escapar de mi vida, para siempre.

I

Los dos días siguientes se estiraron interminablemente. Interminables y malos para mí.

No cesaba de pensar en Gilda, en su expresión desolada cuando se alejó con el coche. También me preguntaba por qué me había echado del Buick.

Intentaba consolarme diciéndome que la suya era una reacción natural. Yo acababa de confesarle que había matado a su marido. Y esta noticia debió ser para ella un golpe terrible. Pero lo que más me fastidiaba era pensar que yo había sido un estúpido, que la confesión podía matar el amor que sentía por mí. Una perspectiva tanto más insoportable ya que el amor de Gilda me era más precioso que mi propia vida.

A la segunda noche no pude resistir más mis sombríos pensamientos. Cogí la camioneta y me fui a Los Angeles. La telefoneé desde una cabina.

Me quedé sorprendido al oír que respondía una voz de hombre.

—¿No está la señora Delaney? —pregunté no sin cierta aprensión, temiendo que aquel hombre fuera un policía.

—La señora Delaney se fue hace dos días —me dijo—. Lo siento, pero no ha dejado dirección para que le hagamos llegar su correo.

Le di las gracias y colgué.

No necesitaba que me hiciera un anteproyecto para comprender. Mi estúpida confesión, tal como yo había temido, había aniquilado su amor por mí. Se había marchado porque no quería verme. No quería verme nunca más.

No dormí mucho aquella noche y, por primera vez, empecé a lamentar el haber matado a Delaney. Comenzaba a pagar y, tal como el porvenir se presentaba, es probable que continuase expiando mi culpa durante mucho tiempo.

A la mañana siguiente, cuando me afeitaba, sonó el teléfono.

Era Harmas.

—¿Nos podríamos encontrar en el chalet del Blue Jay a las once? —me preguntó—. Vamos a celebrar una pequeña conferencia, y quisiera que usted estuviera presente para examinar los aspectos técnicos del asunto. ¿Puede venir?

Le aseguré que estaría allí.

—Perfecto. ¡Gracias!

Las tres horas siguientes fueron un desastre. Tenía los nervios tan a flor de piel que me serví un *whisky* a las nueve y media. Y este primer vaso fue seguido de otros tres más o menos espaciados. Al fin *cogí* la camioneta y fui hacia el Blue Jay.

El Packard de Harms se hallaba ya junto a la escalera de la terraza. Estaba subiendo los peldaños cuando le oí silbar en el salón.

Se volvió hacia mí cuando aparecí por el marco de la puerta.

—Hola, amigo. Adelante. Los otros no van a tardar en llegar.

Avancé con paso tieso por el salón.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Va a ver cómo nos las arreglamos nosotros, los detectives de seguros, para ganarnos el pan.

Harms había abandonado su actitud indolente y parecía vivaz. Su amplia sonrisa satisfecha me causó un cierto temor.

—Quisiera que me echara una mano —dijo sacando de su billetero dos billetes de diez dólares y dándomelos—. Guárdese esto como anticipo, no fuera el caso que me olvidara. Mi jefe, ya sabe usted, ese famoso Maddox del que le hablé, va a venir aquí.

—¿Maddox?

Hubo una nota de terror en mi voz.

—¿Por qué viene aquí?

—No se preocupe, hombre. ¡Menuda suerte tiene usted! ¡Va a asistir al espectáculo desde primera fila, amigo!

En ese momento oí llegar un coche. Me precipité al ventanal y lancé una mirada al exterior.

La visión del coche patrulla, con su luz roja en el techo, me causó una viva impresión. El teniente John Boos, de la Brigada de Homicidios de Los Angeles, se apeó. Era un tipo alto, de unos cuarenta y tantos años. Su rostro era rubicundo, pero sus ojos, pequeños y fríos, brillaban como pedazos de acero. Un hombrecillo, grueso y bajo, que supuse sería Maddox, trotaba tras sus talones. Apenas mediría uno sesenta y cinco. Tenía los hombros y el pecho como un campeón de lucha libre, si bien sus piernas eran las de un enano. Su rostro, rojo y reluciente, mostraba unos ojos muy móviles pero a la vez tan mustios y deprimentes como un invierno ruso. Parecía tener la manía de pasarse sus dedos gordezuelos entre su cabellera gris, ya un poco clara, como si quisiera acentuar lo cuidado de su aspecto.

Ascendió los peldaños de la terraza frunciendo las cejas. Sus ojillos parecían fotografiar hasta los menores detalles.

Harmas me presentó.

—Éste es el señor Regan, el hombre que nos ayuda aquí —precisó.

Maddox me estrechó la mano enérgicamente, con simpatía, mientras inclinaba amistosamente la cabeza.

—Me complace que podamos beneficiarnos de su ayuda, señor Regan. Creo saber que en este momento trabaja para nuestra compañía.

Murmuré algunas palabras. En ese momento apareció Boos.

—¡Hola, Regan! —dijo—. ¿Así que también está usted mezclado en este asunto?

—Claro —repuse con una voz que resonó en mis orejas como un ronco murmullo.

—Vamos a comenzar en seguida —proclamó Maddox entrando en el salón—. Veamos —añadió al plantarse ante el televisor—. ¿Es éste el aparato?

—Sí, ése es el famoso aparato —respondió Harmas en tono jovial—. ¿Ve esos cuatro tornillos de allí atrás? Son los que mantenían sujeto el panel.

Maddox contempló el receptor durante un buen rato. Luego se acercó a la chimenea y se apoyó en la repisa, las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Miró con insistencia a Boos y terminó diciendo:

—Siéntese, teniente, y escuche bien lo que voy a decirle. Y usted, señor Regan, siéntese por ahí atrás. De momento no vamos a necesitarle.

Me senté alejado de ellos y encendí un cigarrillo. Mi corazón seguía latiendo alocadamente. Las manos me temblaban y estaba aterrado.

Boos escogió el sillón más cómodo y se aposentó. Sacó una pipa del bolsillo y comenzó a atacarla.

Harmas se instaló en otro sillón y estiró sus largas piernas. Entonces, Maddox tomó la palabra:

—Si le he pedido que viniera aquí, teniente, es porque este asunto me parece sospechoso. En pocas palabras, le diré de qué se trata. Uno de nuestros vendedores visitó a Delaney y consiguió extenderle una póliza de seguro por el aparato de televisión que Regan le había construido. La póliza en cuestión garantizaba todas las eventuales reparaciones del aparato. Existe, por otra parte, en esa póliza, una cláusula según la cual se garantiza una indemnización de cinco mil dólares en caso de accidente mortal provocado por el aparato. Es una cláusula puramente teórica que nuestro servicio de

ventas ha urdido para engatusar a nuestros eventuales clientes. Hemos colocado veintitrés mil cuatrocientas noventa pólizas de esa clase. Y ésta es la primera vez que se nos reclama el pago de los cinco mil dólares por una defunción resultante de una anomalía del aparato. De hecho, se puede decir que un caso como éste se presenta una vez cada veintitrés mil. Y es este detalle el que ha comenzado a despertar mi atención. Por otra parte, esa reclamación de daños nos ha llegado apenas cinco días después de la firma de la póliza, de modo que Delaney ya estaba enterrado antes de que el cartero pudiera entregarle la copia de la póliza firmada por la compañía.

Boos encendió su pipa y miró a Maddox amoscado.

—¿Qué quiere usted, Maddox? Eso son cosas que pueden suceder. Yo he leído el dictamen del agente judicial y he hablado largamente con el *sheriff* Jefferson. Y, tanto en el informe del primero como en el relato del *sheriff*, no he encontrado el menor detalle susceptible de poner en duda la veracidad de las primeras constataciones. Para mí, el caso parece evidentemente simple, no tengo la impresión de que sea nada complicado.

—Sí, teniente, comprendo que a usted no le parezca nada complicado. Pero usted no tiene que ocuparse de mil quinientas demandas de indemnización por semana, como es mi caso. Si usted estuviera en mi lugar y llevara el mismo tiempo que yo en la compañía, hubiera desarrollado un olfato especial para husmear, por así decirlo, cualquier demanda fraudulenta. Sé absolutamente que la reclamación en cuestión no es válida. ¡Lo huelo!

Maddox hizo una breve pausa para darse unos puñetazos en el pecho. Luego siguió:

—Pero en absoluto pretendo que se decida usted a actuar partiendo de mis simples impresiones. Tratemos de ver un poco más de cerca cómo se desarrolla la película. Delaney estaba paralizado por debajo de la cintura. Tengo un certificado del equipo médico que le atendió cuando sufrió el accidente. En él se asegura que Delaney no era capaz de inclinarse hacia adelante ni bajarse de la silla. Puedo enseñarle el certificado. Mas antes quiero hacerle una pequeña demostración que sin duda le interesará.

Se volvió hacia mí.

—Señor Regan, le necesito. ¿Querría sentarse en la silla de ruedas de Delaney?

Yo sabía que el numerito no podía faltar. Con expresión impasible, me acerqué a la silla y me senté en ella.

Harmas cogió un cabo de cuerda que había sobre la mesa, se acercó y me ató el pecho contra el respaldo del sillón, de forma que me impedía echarme

hacia adelante.

—Así era como Delaney se sentaba. El busto totalmente erguido, imposibilitado para agacharse —precisó Maddox.

—Bien, bien —gruñó Boos—. ¿Y qué concluye usted de eso?

—En marcha, Regan. Intente quitar el panel del aparato.

—Es imposible —dije.

—Lo sé, pero inténtelo.

Hice rodar la silla hasta detrás del aparato y quité los dos tornillos de arriba. Esta operación fue fácil. Pero en cuanto a alcanzar los tornillos bajos, imposible. Atado como estaba al respaldo, mis brazos hubieran necesitado un suplemento de cincuenta centímetros para alcanzarlos.

—¿Ha leído usted el informe del agente judicial? —preguntó Maddox a Boos—. En él se indica que cuando Regan encontró el cuerpo de Delaney, el panel trasero estaba retirado y que, al lado de Delaney, había un destornillador que según todas las apariencias se había procurado en el trastero. Había alcanzado la caja de herramientas colocada en la estantería más alta mediante su bastón y la había hecho caer. Las herramientas se habían desparramado por el suelo. En esas condiciones, plantéese usted la pregunta. ¿Cómo hubiera podido recoger el destornillador, sentado a esa distancia?

Harmas puso el destornillador en el suelo, a mi lado.

—¿Puede cogerlo? —me preguntó.

Mis dedos estaban al menos a veinticinco centímetros del destornillador.

Maddox ordenó a Harmas:

—Quite la tapa del aparato.

Cuando la hubo quitado, Maddox se volvió hacia Boos:

—¿Ve los dos bornes de conexión en el interior? Se supone que Delaney debió tocarlos con el destornillador. Al parecer es de esa forma como se electrocutó. Pero puede usted ver tan bien como yo que Regan, desde el lugar donde está sentado, no puede en absoluto alcanzarlos.

Con un movimiento brusco, Boos se puso de pie. Se acercó al aparato y lo examinó.

Boos pareció asombrado.

—¡Vaya! ¡Parece verdad!

Harmas desató la cuerda que me oprimía el pecho. Me levanté y Boos se volvió hacia mí.

—Cuénteme otra vez lo ocurrido, Regan. Empiece por el principio. Dice que vino a casa de Delaney para ver si el aparato funcionaba bien, ¿no es eso?

—Encontré a Delaney tumbado en el suelo, delante del televisor. Había un destornillador metálico cerca de su mano y el panel trasero estaba abierto. En seguida pensé que se había electrocutado. Quité la toma de corriente y, después, me arriesgué a tocar el cuerpo.

—¿Estaba muerto? —inquirió Boos.

—Sí —respondí.

—¿Cómo supo que estaba muerto?

—Estaba frío y rígido.

—Cuando un hombre muere por una fuerte descarga eléctrica —observó Maddox—, arde. No se enfría como el cadáver de un hombre acuchillado o muerto a tiros de revólver. Bajo el efecto de la descarga eléctrica, la temperatura de la sangre se eleva sensiblemente. Si Delaney hubiera muerto electrocutado, su cuerpo apenas se habría enfriado después de tres horas.

Boos parecía estupefacto.

—¿O sea que lo que pretende usted decir, si comprendo bien, es que Delaney no murió por electrocución? —preguntó el teniente mirando a Maddox a los ojos.

—Yo no pretendo decir absolutamente nada —replicó Maddox secamente—. Pero exige que se exhume el cuerpo de Delaney.

Boos se rascó el cuello y miró a Maddox de través.

—Sí, pero antes tendrá que hablar con Jefferson. ¿Quiere dar a entender que Delaney fue asesinado?

Mi pecho, al oír estas palabras, se contrajo hasta tal punto que apenas pude respirar. Me incliné hacia adelante, los ojos clavados en Maddox, las manos ocultas entre mis rodillas, esperando su contestación.

—¿Es que he dado a entender que Delaney fuera asesinado? No, Boos, no lo he hecho. Lo que hago es afirmárselo lisa y llanamente. Sí, desde luego que ha sido asesinado. Le han matado porque cometió la torpeza de suscribir una póliza que aseguraba su vida de parálítico por cinco mil dólares. Le han asesinado porque el criminal se dijo que la investigación sería llevada por dos viejos chochos que aceptarían sin pestañear todo lo que se les dijera y que no verían más allá de lo que tenían delante de sus narices.

Una sonrisa siniestra iluminó la faz de Maddox.

—¿Un asesinato? Desde luego que es un asesinato. Si no lo fuera, ¿para qué le habría convocado aquí? ¡Jamás en mi vida he tenido que tratar un caso de asesinato tan evidente!

II

Boos encendió una cerilla. El ruido que hizo la punta impregnada de fósforo al inflamarse resonó como una verdadera explosión en el silencio absoluto de la sala.

Nadie me miraba, lo cual, evidentemente, era una suerte para mí.

—Ahora escúcheme, Maddox —dijo Boos después de haber encendido la pipa y exhalado unas bocanadas de humo—. Usted y yo hemos tenido ocasión de trabajar juntos alguna que otra vez. Reconozco que tiene usted olfato. Sé también que usted nunca se ha equivocado. De acuerdo. Si dice que es un asesinato, le creo. Pero antes de abrir una investigación que no sé si podré finalizar, quiero estar absolutamente convencido.

Maddox se situó frente a la chimenea.

—Le digo que es un caso de asesinato, Boos. Cuando yo olfateo un asesinato, créame, es un asesinato. Hasta ahora jamás me he equivocado al respecto. Es más, en esta ocasión hasta apostaríamí cabeza. De cualquier modo, y desde este mismo momento, puedo proveerle de razones suficientes para que pueda despedir a ese viejo Jefferson.

Boos había dejado apagar la pipa. Buscando las cerillas, preguntó con brusquedad:

—¿Qué clase de razones?

—Ya le he brindado algunas que justifican la exhumación del cadáver. Pero le voy a dar más. Podría decirle incluso, por olfato, quién ha matado a Delaney.

Mi corazón se bloqueó de pronto. Luego comenzó a latir de nuevo, con tanta fuerza que apenas me dejaba respirar.

Boos estiró el cuello, inclinado hacia su interlocutor, tan interesado que hasta olvidó la cerilla que ardía entre sus dedos.

—¿Eh? ¿Usted sabe quién le ha matado?

—Su mujer —respondió Maddox—. Ya lo había intentado una vez, hace tiempo, aunque sólo consiguió dejarle paralítico.

Estuve a punto de protestar, pero conseguí dominarme a tiempo. Me hubiera gustado decirle que estaba completamente loco, pero me faltó valor. Sabía que si hablaba y ellos me miraban, descubrirían en mí al asesino de Delaney. Estaba absolutamente convencido de que en aquellos instantes la culpabilidad se me podía leer en la cara.

—No veo en qué funda su convicción —insistió Boos.

—Delaney se casó con esa mujer hace cuatro años —siguió Maddox—. Hacía apenas cuatro días que estaban casados y ya ella se había ligado a uno de mis agentes y le incitó vivamente a que visitara a su marido para

proponerle una póliza contra accidentes. Incluso afirmaba que su marido podía suscribir una póliza por cien mil dólares. No tengo necesidad de decirle que cuando una mujer trata de hacer suscribir a su marido un seguro contra accidentes es que algo le ronda por su cabeza. El agente me puso inmediatamente al corriente. Le dije que siguiera la gestión como si tal cosa, pero yo abrí un expediente sobre la señora Delaney. Nuestro agente terminó por convencer a Delaney y le hizo firmar la póliza. Sin embargo, al día siguiente Delaney escribía a la compañía anulando la póliza. Nosotros no protestamos porque todo el asunto ya nos olió mal. E hicimos bien porque, tres días después de la anulación, nuestro agente nos anunció el accidente de automóvil del cual Delaney había sido víctima. Si hubiese estado asegurado, yo me habría opuesto a la demanda de indemnización y habría abierto una investigación. Pero como no estaba asegurado, dejé que el teniente Jarret, su antecesor, se ocupara del caso. Hizo una investigación seria, si bien no llegó a ningún resultado positivo. No tiene usted más que consultar el *dossier* correspondiente. Delaney estaba borracho, durmiendo, mientras ella conducía. En un momento dado ella detuvo el coche en plena cuesta, en una carretera de montaña. Uno de sus amigos, con el coche averiado en mitad de la calzada, le impedía el paso. Delaney seguía roncando en su asiento. Así que ella bajó del coche sin que, al parecer, apretara lo suficiente el freno de mano. Es verdaderamente extraordinario que Delaney hubiera sobrevivido después de caer al barranco.

Boos exclamó:

—¡Pero eso es formidable!

—Lo que es formidable es la cara dura que tiene esa mosquita muerta — prosiguió Maddox—. Ha bastado que su marido suscriba una nueva póliza de cinco mil dólares para que ella vuelva a la carga. Pero esta vez, le ha matado. Menos mal que yo he llegado en el momento preciso para ajustarle las cuentas.

Ante estas palabras yo hubiera debido levantarme de un salto y gritarle a la cara que estaba equivocado. Era la ocasión para decirle que era yo quien había matado a Delaney. Pero me guardé bien de hacerlo. Me contenté con seguir sentado en mi sillón, con el corazón latiendo desacompadadamente, sin osar decirles la verdad por miedo a dejar mi piel en el intento.

Boos vació su pipa con unos golpecitos sobre el cenicero.

—No obstante, usted no puede probar que ella le haya matado, Maddox. Maddox esbozó un gesto de irritación.

—Esa tarea le corresponde a usted. Yo me contento con decirle que se ha cometido un asesinato y que apostaría hasta mi último dólar a que ella es la asesina. Sin embargo, es a usted a quien le corresponde inculparla y descubrir dónde se encontraba en el momento en que Delaney murió. Y le apuesto todo lo que usted quiera a que ella tiene una coartada. Y cuando le haya dicho cuál es, intente examinarla por todos lados antes de aceptarla. Haga exhumar también el cadáver de Delaney. Estoy convencido de que ha sido ella quien ha desplegado toda esa puesta en escena, la que ha quitado el panel de la tele, la que puso el destornillador cerca de la mano de Delaney, la que lo urdió todo para apropiarse de los cinco mil dólares del seguro.

Boos se rascaba la nariz.

—Bien, hablaré con Jefferson. Haré exhumar en seguida el cadáver —dijo incorporándose—. ¿Sabría usted, por casualidad, dónde está ella ahora?

Fue Harmas quien respondió:

—Sé que se ha instalado en Los Angeles para buscar trabajo. Macklin, su abogado, podrá sin duda decirle dónde encontrarla.

—De acuerdo, Maddox. Voy a seguir la investigación partiendo de estos nuevos elementos. Le mantendré al corriente de los acontecimientos.

Boos se volvió hacia mí y añadió:

—Voy a cerrar el chalet y pondré los precintos. Quiero que deje el aparato donde está. ¿Le había pedido ella que lo vendiera?

—Sí.

—Bien, yo le hablaré.

—No se olvide de enviarme una copia del informe de la autopsia —terció Maddox cuando ya se dirigía hacia la puerta.

Pero antes de salir se detuvo bruscamente y me miró a los ojos.

—Le necesitaremos a usted como testigo, señor Regan. Gracias por todo lo que ha hecho hasta ahora.

Harmas y Maddox se instalaron en el Packard y se fueron.

No quedamos más que Boos y yo, frente a frente.

El teniente quedó un momento contemplando el coche que descendía por el camino.

—¡Qué tipo! —exclamó con admiración—. Habría sido un gran policía. Es capaz de olfatear un asesinato a centenares de kilómetros y, por lo que sé, jamás se ha equivocado... Bueno, voy a tener que poner los precintos en la puerta. ¿Tiene usted las llaves?

Le devolví las llaves.

—Bien, Regan. Nos veremos en el proceso —dijo mientras se dirigía hacia la puerta de servicio silbando entre dientes.

Abandoné el chalet y subí a la camioneta.

Pero no fue hasta llegar a casa y tomarme dos dedos de *whisky* seco cuando empecé a recuperar la sangre fría.

¿Podrían establecer algún cargo formal contra Gilda? Yo sabía de sobras que Delaney había sido electrocutado, pero, ¿cómo podrían ellos probar que Gilda le había matado?

Desde luego, hubiera sido una locura por mi parte ir a entregarme sin tener la certeza de que la vida de Gilda estuviera en peligro. Necesitaba esperar y ver qué pasaba. Si las cosas se ponían realmente feas para ella, yo iría a ver a Boos y le diría la verdad.

A la tarde siguiente bajé con la camioneta a Glyn Camp. La dejé en el aparcamiento y me dirigí a pie a la oficina de Jefferson.

Encontré al viejo *sheriff* sentado en su escritorio, con aire desamparado.

—Hola, hijo. Siéntate un rato.

Me instalé frente a él y le vi sacar su botella de aguardiente de sidra de un cajón de su mesa. Llenó dos vasitos y empujó uno de ellos hacia mí, sobre la mesa.

—Bueno, hijo, lo que yo quería evitar acaba precisamente de suceder. A mí ya se me antojaba que las circunstancias que rodeaban la muerte de Delaney no eran muy claras. Si hubiera sabido que había suscrito esa póliza de seguro, habría profundizado más la investigación.

—¿Pero qué ocurre?

—En estos momentos están procediendo a la autopsia. Han llamado a Allison, el médico forense de Los Angeles. Ese pobre Delaney fue exhumado ayer tarde.

—¿Le ha puesto Maddox al corriente? Según él, la culpable sería la señora Delaney.

Jefferson asintió moviendo la cabeza.

—Yo jamás podría entenderme con un tipo como Maddox. Esa mujer no le haría daño a una mosca. Desde hace más de sesenta años me ocupo de los asuntos de la gente y he aprendido un poco a distinguir los buenos de los malos. La verdad es que apostarí cualquier cosa a que ella no es culpable.

—Yo también —dije.

—Por otra parte, yo no creo que sea un asesinato. Para mí sería más bien un suicidio. Ella se hartó de vivir con él y le abandonó. Como él ya no tenía un céntimo, al saber que ella le abandonaba, no pudo soportarlo. No sé cómo se las arreglaría para revolver dentro del televisor, pero la desesperación a veces desarrolla fuerzas ocultas que no podemos comprender.

—¿Han localizado ya a la señora Delaney?

—No han podido echarle mano. Se ha desvanecido.

Me sobresalté y estuve a punto de derramar todo mi licor.

—¿Desvanecido? ¿Entonces Macklin no sabe dónde está?

—No. El abogado recibió una carta de ella en la que le decía que abandonaba la habitación que tenía alquilada para buscarse otro alojamiento. En cuanto hubiera encontrado algo estable, le avisaría. Eso fue hace tres días y no ha vuelto a tener noticias de ella. Para Boos el asunto está claro. La mujer tiene miedo y ha escapado.

—¿Y no pueden localizarla mediante el coche?

—Lo ha vendido.

El ruido de unos pasos nos hizo volver la cabeza hacia la puerta, que se abrió con estrépito.

El teniente Boos se quedó en el umbral. Se podía leer en sus ojos un aire de triunfo. Entró al fin y cerró la puerta de una patada.

—A ver qué dice usted a esto, amigo mío —profirió dirigiéndose a Jefferson—. Ese tipo no ha sido electrocutado. ¡En absoluto!

Yo estiré el cuello, la mirada fija en el policía, sin llegar a creer lo que mis oídos habían captado.

Jefferson, por su parte, se había quedado con la boca abierta de pasmo.

—Pues, si no ha sido electrocutado, ¿cómo explica usted su muerte? —preguntó el anciano con un gruñido.

—¡Ha sido envenenado! —articuló Boos separando bien cada sílaba. Puso sus dos enormes manos recubiertas de pelos rojizos sobre el escritorio de Jefferson y se inclinó hacia nosotros como para dar mayor fuerza a sus palabras—. Sí, le han asesinado. ¡Le han hecho tragar el suficiente cianuro como para matar a la mitad de la población de este cochino pueblo!

III

La luna llena lucía plácida en la serenidad del cielo nocturno lanzando sobre mi chalet y el jardín una luminosidad blancuzca.

Eran poco más de las diez y yo estaba sentado en la terraza fumando.

Continuaba anonadado por la noticia que Boos nos había lanzado a la cara. Todavía no podía creer que Delaney hubiese muerto envenenado y que, según esta versión, no era yo quien le había matado. De todos modos comenzaba a saborear esta noticia con un creciente sentimiento de satisfacción. La suerte lo había querido así. Pese a todo, pues, yo no era un asesino. Y al saber que ya no podían detenerme, juzgarme, condenarme y encerrarme en la cámara de gas, no podía dejar de sentir una impresión reconfortante de alivio y libertad.

Pero si esta noticia era favorable en lo que a mí me concernía, era extremadamente grave para Gilda.

No creí ni un solo instante que ella hubiese envenenado a Delaney. Estaba convencido de que Jefferson tenía razón cuando decía que Delaney, al solo pensamiento de perderla, había perdido la cabeza. Había adoptado la solución más fácil y se había matado.

Si yo no hubiera planeado su asesinato, si yo no hubiese ido al chalet a montar toda aquella puesta en escena para dar la impresión de que se había electrocutado, Gilda no se habría encontrado en la crítica situación en que ahora se hallaba.

Para salvarla, quizás debiera ir a la Policía y confesar lo que había hecho. Una acusación por intento de asesinato es un asunto grave. Arriesgaba veinte años de prisión. Esta perspectiva me produjo escalofríos.

El ruido de un coche que ascendía por la cuesta me sacó de mis sombrías meditaciones. Me levanté del sillón, me acerqué a la balaustrada y distinguí el viejo Ford de Jefferson que se acercaba traqueteando por el camino del chalet.

El anciano *sheriff* escaló penosamente los peldaños de la terraza.

—Pase a tomar una copa —le dije, preguntándome qué podía venir a hacer a hora tan intempestiva.

Se sentó mientras yo preparaba dos *whiskies* con soda. Le lancé una mirada. Se estiraba nerviosamente las guías de su bigote y parecía estar sumido en sombríos pensamientos. Constaté con sorpresa que ya no llevaba su insignia de *sheriff*. Era la primera vez que le veía sin su estrella. Se dio cuenta que le miraba y me lanzó una sonrisa rebosante de tristeza.

—He devuelto mi insignia esta tarde. Siempre es preferible que se marche uno mismo antes de que le pongan en la calle.

—¿De verdad que ha dimitido?

—Sí, y ya era hora de que me decidiera. Soy demasiado viejo para este trabajo. A decir verdad —añadió cogiendo su vaso—, ahora que lo he hecho estoy más tranquilo. Desde ahora estoy al otro lado de la barrera. Ya no tengo

más que mirar cómo los otros hacen la faena. Desde luego hubiera preferido que esto terminara de otra forma, pero qué le vamos a hacer. Es culpa mía. Hace ya muchos años que debí haber presentado la dimisión.

—Es una lástima —declaré con toda sinceridad.

—Pero no he venido hasta aquí para hablarte de mí. ¿Has tenido noticias de la señora Delaney?

Un escalofrío glacial me recorrió la columna vertebral.

—No, ninguna noticia.

—La han detenido esta tarde, en Los Angeles.

Me hundí pesadamente en el sillón.

—Está acusada del asesinato de su marido y de intento de estafa. Es Maddox quien ha formalizado la denuncia. Se encuentra en un mal trance, Regan.

Yo estaba tan trastornado que ni me fijé que me llamaba por mi apellido y no por mi nombre, como hacía siempre.

—Pero ella no le mató —protesté.

—Yo tampoco lo creo. Pero Boos ha reunido un montón de presunciones contra ella, que, por su parte, ha admitido haber comprado el cianuro.

¡Como golpe de efecto no podía ser mejor!

—¿De verdad compró ella el cianuro?

—Sí, en la farmacia de Glyn Camp. Tenía un nido de avispas en el techo del chalet y pidió al farmacéutico que le diera algo para matarlas. Le dio cianuro. Y ella firmó en el registro de productos tóxicos. Una vez de vuelta a casa le dijo a Delaney que había comprado veneno para las avispas. Metió el producto en un cajón de su escritorio, con la intención de aniquilar las avispas al día siguiente. Mas ese día tuvo cosas que hacer y se olvidó por completo de las avispas. Boos lo ha verificado. El nido de avispas sigue allí, en el sitio que ella le indicara. Tan cierto como que ella compró el veneno. Por otra parte ha reconocido haber tenido una violenta disputa con su marido, la víspera de su muerte, en el transcurso de la cual él la pegó. Reconoce también que había decidido abandonarle. Incluso le ha dicho a Boos que comunicó a Delaney su intención de marcharse. Cuando ella se fue, a la mañana siguiente, Delaney pareció muy afectado. En el camino hacia Glyn Camp tuvo un pinchazo. Necesitó un cierto tiempo para cambiar la rueda. Después, al llegar al pueblo, pensándolo mejor, estimó que no podía abandonar a un paralítico a su triste suerte y decidió regresar a casa. Camino de vuelta, te encontraste con ella y le anunciaste la muerte de su marido. Ésa es su versión de los hechos. Yo estaba

presente cuando ella ha contado todo eso. Yo la he creído, pero Boos piensa que todo es falso.

Yo estaba sofocado.

—¿Y por qué no la cree?

—Según Boos, cuando ella se dio cuenta de que Delaney no tenía dinero, decidió matarle y quedarse los cinco mil dólares del seguro. Es también la tesis de Maddox. Pero ella pretende que no estaba al corriente de ese seguro. Dice que no se enteró hasta después del entierro, cuando tú le diste una carta que te habías guardado en el bolsillo. Maddox asegura que ella miente. Afirma que, poco después de haberse casado con Delaney, ya intentó hacerle suscribir una póliza por cien...

—Ya lo sé, ya lo sé. También me lo han contado a mí. Pero viendo la clase de mujer que es, ningún jurado querrá creer semejantes cosas de ella.

—Quizás tengas razón, pero está ese condenado televisor. Maddox y Boos tienen la absoluta certeza de que Delaney no pudo haber quitado la placa trasera. Yo estoy convencido de que pudo muy bien hacerlo en un ataque de desesperación. Al jurado le tocará zanjar la cuestión. Y en absoluto me sorprendería que un abogado despabilado llegara a convencer a los miembros del jurado que Delaney podía muy bien haber quitado la tapa para procurarle un poco de dinero a su mujer. Pero lo que me fastidia de toda esta historia, lo que no acabo de explicarme, si Delaney se envenenó realmente, es cómo consiguió hacer desaparecer el vaso que contenía el veneno...

Me quedé rígido de golpe, mis ojos clavados en los del viejo *sheriff*.

—¿Qué quiere decir?

—El farmacéutico le vendió a la señora Delaney cianuro en forma de comprimidos. Para utilizarlos como veneno, era necesario disolverlos en un poco de agua o de *whisky*. Con el cianuro, la muerte es instantánea. En cuanto el cianuro penetró en su boca, Delaney debió caer fulminado. Pero no se encontró el vaso a su lado o en el lugar donde normalmente debería estar. Esta ausencia de vaso tendería a desbaratar la tesis de suicidio, lo que no arreglaría las cosas para la señora Delaney. Boos pretende que ella pudo mezclar el cianuro en el *whisky* de su marido para luego, torpemente, llevarse el vaso después de la muerte. Según él, es la clase de errores que suelen cometer los asesinos.

Fue en ese momento, solamente en ese momento, cuando me acordé del vaso que había al lado de Delaney cuando descubrí su cadáver.

Había tenido tanto miedo de que este detalle pusiera en guardia al agente judicial, pues sin duda pensaría que Delaney estaba borracho, que decidí lavar

el vaso y guardarlo en su lugar correspondiente.

—Pues había realmente un vaso —dije—. Lo encontré a su lado. Lo lavé y lo metí en el armario de la cocina.

Jefferson se incorporó bruscamente y me miró con aire incrédulo.

—¿Es verdad eso que me dices?

—Absolutamente. Yo no mentiría en una cosa tan grave. No sé verdaderamente por qué lo hice. Inconscientemente, quizás, quise evitar que durante la encuesta judicial se pudiera pensar que el marido de la señora Delaney era un borracho. Sí, lo hice para evitar esa vergüenza. Y, de cualquier forma, recuerdo muy bien haber lavado el vaso.

Jefferson se arrellanó de nuevo en su sillón y comenzó a estirarse los bigotes.

—No represento ya a la ley —dijo—. En consecuencia, lo que yo pueda decir no tiene ninguna importancia. Pero no creo que Boos vaya a aceptar tu historia. Por otra parte, tampoco creo que un jurado la aceptara.

—Sin embargo es la verdad, ¡se lo aseguro!

Mi protesta casi fue un grito.

—Además, estoy dispuesto a ir a declarar bajo juramento ante el tribunal —añadí.

Jefferson alzó la cabeza y frunció las cejas mientras contemplaba la luna. Luego dijo:

—Como acabo de decirte, Regan, ya no represento la ley. Pero si todavía fuera *sheriff*, comenzaría a tener dudas en cuanto a ti. Comenzaría a preguntarme si tú y la señora Delaney...

—¿Dónde quiere ir a parar? —le interrumpí, pasando de un calor intenso a un estremecimiento glacial.

—Poco importa. Te diré lo que debes hacer. Mañana a primera hora llégate a Los Angeles y habla con Macklin, su abogado. Ese tipo no tiene un pelo de tonto. Él te dirá lo que debes hacer. ¿Seguirás mi consejo?

—Sí. Pero no entiendo...

Jefferson se había puesto en pie.

—De momento es preferible que no le digas a Boos que encontraste el vaso —añadió evitando mi mirada—. Si te interroga, desde luego, será mejor que se lo digas, pero no vayas a él con ninguna información. Habla primero de todo eso con Macklin. Además, puedes tener la seguridad de que no le dirá a nadie lo que tú le has contado.

—Sigo sin comprender...

—Yo no pienso que ella le matara —me interrumpió—. Es una buena chica. Y desde luego que no intentó envenenarle. Sin embargo, pese a mi convicción, hay algo que rechina en toda esta historia. Si no fue Delaney quien quitó la tapa de la tele, alguien lo tuvo que hacer. Y ese alguien era un hombre. A una mujer jamás se le habría ocurrido organizar un cirio parecido. Me alegra haberme librado de todo este lío, Regan. ¡Gracias a Dios ya no tengo que ser yo quien lleve la investigación!

Meneó la cabeza, bajó los peldaños del porche y se instaló en su vetusto Ford.

Fue solamente cuando su coche hubo desaparecido, al final de la cuesta, cuando me di cuenta de que no me había estrechado la mano.

Desde que nos conocíamos, era la primera vez que nos separábamos sin darnos un apretón de manos.

I

A la mañana siguiente fui a Los Angeles para entrevistarme con George Macklin.

Escuchó en silencio el relato de mi historia.

—Había olvidado por completo ese detalle del vaso —terminé—, pero supongo que podrá usted librarla de la acusación, ¿verdad, señor Macklin?

—No puedo afirmarlo rotundamente, si bien en todo caso contribuirá a arreglar las cosas. Aunque es una verdadera lástima que no se haya acordado antes. Su declaración hubiera tenido mucho más valor si se la hubiera hecho a Boos al enterarse de que Delaney había sido envenenado. Ahora habrá que ponerle al corriente. Vaya usted inmediatamente a Jefatura y cuénteles todo lo que acaba de decirme. Es indispensable que haga usted su declaración espontáneamente, antes de que él se la pida.

—Iré ahora mismo —le dije preparándome para salir.

—Un momento, señor Regan...

Su mirada vigilante y perspicaz buscó la mía.

—Quiero advertirle que una declaración de esa naturaleza no tiene valor a no ser que la efectúe un testigo absolutamente imparcial y desinteresado. ¿Es ése su caso?

Mis ojos se desviaron de los suyos.

—Si lo que usted me pregunta es si deseo que la señora Delaney sea puesta en libertad, desde luego, no soy imparcial.

—Eso no es en absoluto lo que quería decir —me espetó con brusquedad—. Cuando le diga a Boos que usted encontró el vaso, inevitablemente va a despertar la atención sobre usted. Su testimonio puede echar por tierra la acusación que la Policía ha montado contra la señora Delaney. Pero es un testimonio extremadamente tardío y usted no tiene prueba alguna que lo apoye. Boos se preguntará inmediatamente si no estará usted contándole un cuento para intentar sacarla de la cárcel. Tratará de saber, igualmente, si existe alguna relación entre usted y la señora Delaney. Se sentiría muy satisfecho, evidentemente, si llegara a descubrir un idilio de esa clase. De cualquier modo, no dejará de investigarle a usted. ¿Hay alguna posibilidad de que sea usted parte interesada en el proceso?

Recordé tristemente la velada que Gilda y yo habíamos pasado en el restaurante italiano. ¡Qué idiota había sido llevándola allí!

—Tengo relaciones amistosas con la señora Delaney. Su marido no lo ignoraba. Fuimos una noche a cenar, pero es la única vez que salimos juntos.

—Y esa noche, ¿encontró a alguien conocido?

—No, era un restaurante bastante apartado. Estoy seguro de que ni ella ni yo vimos a nadie conocido.

Macklin reflexionó un momento y acabó por encogerse de hombros.

—Se puede siempre correr el riesgo. Si le preguntan si estaba usted en buenas relaciones con la señora Delaney, diga que la encontró una vez en Los Angeles y que cenaron juntos. Sería desastroso para ella si Boos llegara a creer que fueron juntos a ese restaurante. Comprenda que la situación de la señora Delaney es extremadamente delicada. Por el momento, yo me apoyo sobre el hecho de que no ha habido ninguna sospecha de escándalo en su vida. Tengo la intención de pintarla ante el jurado como una mujer fiel y leal que, pese a los malos tratos de su marido, permaneció a su lado durante cuatro años. Incluso después de haber sido golpeada y de tomar la decisión de abandonarle definitivamente volvió a su lado justo en el momento de su fallecimiento. Creo que esa clase de retrato podrá impresionar un poco al jurado. Pero, por otro lado, si el fiscal del distrito puede establecer que ella engañaba a su marido, entonces no creo que tengamos nada que pueda salvarla.

—¿Pero la podrá sacar o no? —pregunté con inquietud.

—No lo sé. Si ella tuviese un poco de dinero, le pediría a Lawson Hunt que se ocupara de su defensa. Creo que, en un asunto como éste, se necesitaría un abogado de la clase de Hunt, alguien muy hábil y experto.

—¿Y cuánto costaría su defensa?

—Alrededor de los cinco mil dólares, supongo.

—¿Y cree que Lawson podría verdaderamente probar su inocencia?

Macklin se encogió de hombros.

—Si él no lo consigue, ningún otro lo conseguirá.

No vacilé ni un instante.

—Entendido. Contrátele usted.

Macklin dejó el cortapapeles sobre la mesa y me miró asombrado.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que acabo de decirle. Que se ocupe usted de ello. Encargue a Hunt la defensa de la señora Delaney. Yo pagaré la minuta.

—O sea que, si he comprendido bien, usted corre con los gastos de la señora Delaney —me espetó con tono glacial y crispado.

—Así es. Puedo pagar cinco mil dólares, pero ni uno más.

Iba a verme obligado a vender prácticamente todo lo que tenía para pagar al abogado, pero no me importaba. Era yo quien había metido a Gilda en este lío y estaba totalmente decidido a sacarla de él.

—Supongo que se da usted cuenta de que sería catastrófico para la causa de la señora Delaney que se llegara a saber que es usted quien paga los gastos de su defensa.

—No soy tan idiota como para ir pregonándolo a los cuatro vientos. Usted contrate a Hunt y yo pagaré.

—Bien, veré a Hunt. ¿Cómo puedo contactar con usted?

Le di mi número de teléfono.

Cuando lo hubo anotado, me dijo:

—Ahora creo que debe ir a la Jefatura de Policía.

—Seguro.

Notaba que me miraba con una expresión extraña, pero su mirada era la última de mis preocupaciones. Me despedí, salté a la camioneta y me dirigí a Jefatura.

Estaba bastante inquieto al preguntar por el teniente Boos. Y me inquieté mucho más cuando me acompañaban a su despacho.

Boos estaba fumándose una pipa, de pie ante una ventana, contemplando el desfile de vehículos en la calle. Al entrar yo se volvió.

—¡Hola, Regan! ¿Qué se le ofrece?

—Vengo a propósito de la muerte de Delaney —le dije—. Hay un detalle que había olvidado contarle. No sé si es importante o no, pero cuando descubrí su cadáver, había a su lado un vaso vacío, en el suelo. Lo recogí, lo lavé y lo guardé en el armario de la cocina.

Boos no pestañeó. Me miró fijamente con sus ojillos de acero.

—¡Maldita sea! ¿A qué viene ahora este cuento? ¿Por qué guardó el vaso?

—No lo sé. Yo estaba descompuesto. Lo hice mientras esperaba a Jefferson. Tropecé con el vaso y lo recogí. Me sirvió como de respiro, como de distracción ante aquel descubrimiento macabro. Había olvidado completamente este detalle y, de pronto, esta mañana, lo he recordado.

El rostro de Boos se puso de color púrpura.

—¿No se estará burlando de mí? —gritó.

—Nada de eso. Le cuento lo que pasó. Había un vaso vacío a su lado. ¡Jamás bromearía en un asunto semejante!

—¿Y está usted seguro de que es justamente ahora cuando ha recordado ese detalle?

—Sí.

Boos hinchó las mejillas.

—¡Vaya! Pues es un detalle que le viene que ni pintado a la señora Delaney, ¿no cree?

—Pues no sé. Me he acordado de eso y he venido a toda prisa para decírselo.

—¡No me venga con cuentos!

Boos rodeó su escritorio y se acercó a mí.

—Escuche, Regan, tenga mucho cuidado. Si trata de tomarme el pelo, corre el riesgo de ser acusado de cómplice. ¡Y yo sé que en este momento está mintiendo!

Conseguí controlarme, no sin esfuerzo.

—¿Por qué habría de mentirle? Encontré el vaso al lado del cadáver de Delaney. Si no me cree, eso es cosa suya.

Se quedó plantado frente a mí mirándome fijamente.

—De acuerdo —dijo al fin.

Se acercó a la puerta y llamó a alguien:

—¡Hopkins!

—Vamos a ir allá ahora mismo —dijo volviéndose hacia mí— y me enseñará dónde encontró el vaso y dónde lo guardó.

Hopkins, un sargento, entró en el despacho. Era un tipo enjuto, algo cargado de hombros.

—¿Me llamaba, teniente?

—Nos vamos ahora mismo al chalet de Delaney. Este bromista acaba de acordarse de pronto que encontró un vaso vacío al lado del cadáver de Delaney. Recogió el vaso, lo lavó y lo guardó. ¿Qué le parece?

Hopkins me miró con la boca abierta.

—¿De verdad?

—Vamos a ir a verificarlo —dijo Boos con tono amenazador.

Durante todo el recorrido hasta Glyn Camp ninguno de los tres despegamos los labios.

Yo iba detrás, en el coche de la Policía. Boos y Hopkins iban sentados delante.

El viaje me resultó desagradable. Percibía en aquel silencio severo, la hostilidad de los dos policías.

Una vez hubimos llegado al chalet de Delaney les mostré el lugar donde había encontrado el vaso y luego abrí el armario de la cocina.

Boos me impidió tocar el vaso. Lo recubrió cuidadosamente con su pañuelo, lo alzó y se lo llevó hasta la nariz.

—Lo lavé —dije.

—Sí, sí, ya me lo contó.

Pasó el vaso a Hopkins, quien tras meterlo en una bolsita de celofán se lo guardó en el bolsillo.

—Bueno, Regan, ha llegado el momento de hablar —me espetó Boos adoptando bruscamente el tono de los policías coriáceos—. Esa mujer, ¿qué era para usted?

Me esperaba esta pregunta y había preparado la respuesta.

—¿Es que tiene que ser algo para mí porque haya recordado un detalle olvidado?

—¡Le he hecho una pregunta, Regan! ¿Qué era esa mujer para usted?

—Absolutamente nada. Sólo era la mujer de uno de mis clientes.

—¡Ah! Con un cuerpo formidable y sólo era la mujer de su cliente. Pues nada de eso. Usted vino aquí a venderle al marido un aparato de televisión y se enamoró de ella, ¿no? A mí me habría ocurrido lo mismo. ¿No sabía que no era amada como merecía serlo? Usted debió caerle bien, ¿no?

Sentí el deseo de lanzarle un puñetazo a la cara, pero me dominé. Sabía que trataba de acosarme para que se me escapara alguna palabra comprometedoras.

—Se equivoca, teniente. Ella no significaba nada para mí.

—¡Todo lo contrario! —gritó con sus pequeños ojos brillando de indignación—. ¿Está dispuesto a jurar que nunca salió con ella, que no la deseó nunca, que nunca se fue a la cama con ella?

Recordé repentinamente la advertencia de Macklin. El abogado me había dicho que sería catastrófico para Gilda que Boos descubriera que había llevado a Gilda a cenar al restaurante italiano. Tenía que decírselo, pero con cuidado. Si lo hacía en seguida, acabaría por arrancarme toda la verdad. Estaba seguro. Por otra parte sabía también que no dejaría de confrontar ese detalle con Gilda, la cual podía negarlo.

Era un riesgo que debía correr. No me importaba que al fin él acabara por descubrir que habíamos cenado juntos en el restaurante italiano.

—Le juro que ella no era nada para mí.

Me estuvo mirando fijamente durante un buen momento. Luego volvió la cabeza.

—Eso espero, por su bien, Regan. Pero lo verificaré y veré si miente. Y le advierto que si me ha mentado, le voy a endosar una complicidad por asesinato que le va a costar quince años de cárcel. ¡Qué me ahorquen si me equivoco!

Yo me sentía fuera de peligro, al menos por el momento.

—¡Ya estoy harto, teniente! ¡Haga lo que le dé la gana, a mí me da igual!

Me lanzó una sonrisa burlona.

—Muy bien, Regan. Quizás ella no pensó en recoger el vaso. Ya me pareció extraño no encontrar el recipiente. Bueno, en marcha. Le llevo de vuelta.

II

Dos días después Macklin me llamó por teléfono.

—Hunt acepta encargarse del caso —me dijo—. Pero antes quisiera charlar un poco con usted. ¿Puede verse con él esta mañana a las once, en su despacho?

Le prometí que iría a verle.

Macklin me había hablado en tono cortante y poco amistoso. En cuanto me hubo dado la dirección del abogado, colgó.

El bufete de Lawson Hunt ocupaba toda una serie de despachos en un barrio elegante de Los Angeles. Yo conocía a Hunt por su reputación, al igual que todos aquellos que habían leído los reportajes sobre procesos criminales durante los últimos años.

Pero al entrar en su despacho me sorprendió encontrar a un hombre que no respondía en absoluto a la idea que yo me había hecho de él. Me lo imaginaba un hombre alto, de voz de trueno y expresión severa, y era todo lo contrario. Hunt era un hombrecillo flaco y de aspecto más bien enfermizo. Debía tener entre cincuenta y sesenta años. Su cara pálida y descarnada era de lo más anodina. Solamente sus ojos revelaban quizás la oculta personalidad de aquel hombre sobre su máscara banal. Eran unos ojos notables. Más bien pequeños y de un azul un poco desteñido. Sus ojos me dieron la impresión de ser capaces de perforar un muro y de ver más allá. Eran los ojos más inquietantes que he visto en mi vida.

—Siéntese, señor Regan —dijo señalándome un sillón.

Al entrar en su despacho él no se había levantado y se abstuvo de tenderme la mano.

—Acabo de echar un vistazo al expediente de la señora Delaney. Creo comprender que usted se propone cubrir los gastos de su defensa, ¿no es eso?

—Exacto.

Me fulminó con la mirada. Me agité, incómodo, sobre mi asiento.

—¿Por qué razón?

—Eso es cosa mía —respondí secamente—. ¿Cuánto costará?

Hunt se inclinó contra el respaldo de su sillón, puso sus pequeñas manos blancas sobre la mesa y siguió mirándome fijamente.

—Si verdaderamente usted desea que la señora Delaney sea absuelta, esa cuestión también es cosa mía. Déjeme que se lo explique. Cuando yo comenzaba mi carrera, tuve la mala fortuna de defender a un acusado al que perseguía ese mismo Maddox, de la National Fidelity Insurance. Defendí a un hombre inculpado del asesinato de su mujer. Ella estaba asegurada y él era el beneficiario del seguro. Los indicios acumulados contra mi cliente eran extremadamente débiles y yo estaba convencido de poder lograr su absolución. Pero me equivocaba totalmente. Cuando Maddox subió a declarar al estrado e hizo gala de su famoso olfato para husmear las reclamaciones fraudulentas, me di cuenta en seguida de que se metía al jurado en el bolsillo. Con sólo citar hechos y cifras relativos al período durante el cual él había estado investigando sobre reclamaciones de pago, Maddox consiguió inspirar tal desconfianza en los jurados que mi cliente acabó en la cámara de gas. En el transcurso de mi carrera he tenido que defender, en tres ocasiones, sendos casos teniendo como oponente a Maddox. Y Maddox ha ganado siempre. Actualmente estoy convencido de que es un testigo de primer orden. Es un hombre capaz de cambiar absolutamente la opinión de un jurado: constituye un peligro mortal para cualquier acusado de asesinato. Si Maddox ha sido capaz de ganarme es porque, en cada uno de esos tres casos, él tenía razón. Está dotado de ese instinto que le advierte, antes incluso de haber desenterrado la menor prueba, de que una reclamación de pago es irregular y que el hombre o la mujer asegurado por su compañía ha sido asesinado. En el transcurso de estos diez últimos años ha conseguido enviar a once hombres y cinco mujeres a la cámara de gas. Y ahora goza de una reputación imposible de quebrantar. Los jurados y los periodistas saben que, cuando Maddox se enfrenta a un acusado, éste acaba fatalmente condenado.

Hunt tamborileó un instante con la punta de los dedos sobre su escritorio.

—Jamás han podido cogerle en falta —siguió—, porque de hecho siempre tiene razón. ¿Qué pasa ahora? Maddox pretende que Delaney ha sido asesinado. E, infaliblemente, ello significa que Delaney ha sido realmente asesinado. Mi misión consiste en defender a mi cliente y tratar de que la absuelvan, sea culpable o no. Poco importa que ella sea más o menos culpable. Si ella me toma como defensor, yo me dedico a ella en cuerpo y alma hasta que salga del tribunal, absuelta y en completa libertad, o sea enviada a la cámara de gas. Comprenda pues que, si le cuento todo esto, es porque si trato de vencer a Maddox es imprescindible que yo conozca toda la verdad y todas las coordenadas del caso. Todo lo que usted me diga quedará confidencialmente entre nosotros. Usted es quien decide. Es su dinero el que está en juego. Si usted quiere salvarla, debe confiarme absolutamente todos los datos del problema.

El abogado me apuntó con su índice.

—Pero recuerde bien esto —siguió—: aunque llegue a disponer de todos los elementos, eso no me garantiza que pueda salvarla. Ya le he dicho que he tenido tres fracasos frente a Maddox. Por ello estoy decidido a ganarle, aunque sea una sola vez, antes de jubilarme. Y este caso puede ser mi oportunidad. No me importa saber si la señora Delaney ha asesinado o no a su marido. Todo lo que deseo es herir el amor propio de Maddox. Una vez haya demostrado que él puede equivocarse, habré conseguido mi objetivo. Y en el futuro los jurados ya no se impresionarán con sus declaraciones, como ha venido sucediendo hasta ahora. Y si después de éste tengo que defender otros casos contra Maddox, mi tarea será mucho más gratificante.

Hunt hizo una pausa y me miró con aire interrogativo.

—Por lo tanto, si usted tiene que decirme alguna cosa, éste es el momento —concluyó.

Yo vacilé tres o cuatro segundos y empecé a hablar. Le conté toda la historia, desde el día en que conocí a Gilda hasta la última vez que la vi. No disimulé ningún detalle, absolutamente ninguno. Para mí fue un gran alivio librarme de aquel peso que tenía sobre la conciencia.

Me escuchó sin parpadear, los ojos fijos sobre su pisapapeles.

Cuando terminé de hablar, se puso en pie bruscamente y comenzó a caminar arriba y abajo por su despacho, las manos en los bolsillos de su pantalón y su cara más descarnada que nunca.

—¡Verdaderamente tiene un raro instinto para olfatear los asesinatos, ese condenado Maddox!

—Pero no fue ella quien le mató —protesté—. Se mató a sí mismo.

El abogado volvió la cara para mirarme.

—¡Y ésa es su suerte! Pero todos los indicios permitirían concluir que hubo asesinato. Maddox no se ha equivocado. Y yo no estoy del todo seguro de que lo que usted acaba de contarme venga a agravar aún más el caso de la señora Delaney. El fiscal del distrito establecerá que Delaney era un borracho. Hará comparecer como testigo a la mujer de la limpieza que trabajaba para el matrimonio. Y ella contará al tribunal que Delaney empezaba a beber de buena mañana, desde que se levantaba, y que ya no paraba durante todo el día. Demostrará que la señora Delaney hubiera podido fácilmente poner el cianuro en el *whisky* de su marido y matarle instantáneamente. Y ahora que usted pretende haber encontrado un vaso junto al cadáver, el fiscal dirá que fue ella quien lavó el vaso, quien luego le puso más *whisky* y lo dejó al lado del cadáver. Y usted habrá destruido el falso indicio que ella pretendió dejar allí, recogiendo atolondradamente el vaso y guardándolo en el armario. El fiscal dirá que fue la señora Delaney quien manipuló el televisor para hacer creer que su marido se había electrocutado. Pero si se descubre que usted y ella eran amantes, yo no podré hacer absolutamente nada por ella. Es preciso que yo haga creer al jurado que ella le era fiel a su marido y que éste, una vez dilapidada su fortuna, se suicidó.

—Pero eso es precisamente lo que ocurrió. ¡Todos tendrán que acabar por admitirlo!

—Bueno, eso ya se verá. Ahora voy a ser yo quien me encargue de todo. Lo esencial, a partir de este momento, es que la Policía no descubra que usted era su amante. Si consigue descubrirlo, usted y ella estarán listos. Si la Policía no lo descubre, la señora Delaney tendrá una posibilidad de salir con bien. Mas no olvide tampoco que si ella fuera declarada culpable, ello no significaría fatalmente que fuera enviada a la cámara de gas. Es muy posible que le echaran diez años de prisión. Por lo tanto, no se le ocurra hacer tonterías y confesarlo todo, pues no serviría de nada. Al contrario, ella correría el riesgo de afrontar una condena más dura, y no digamos que usted sería igualmente condenado.

—Bien, lo entiendo —respondí, cada vez más incómodo—. ¿Cuándo tengo que pagarle? ¿Quiere el dinero ahora?

—No. Cuando todo haya terminado, cuando las emociones se hayan serenado, le pediré que me liquide los cinco mil dólares. Por el momento ya tengo de qué ocuparme. Escúcheme. Voy a farolear. Voy a ir contando por ahí que, esta vez, estoy tan seguro de que Maddox se equivoca que voy a defender a la señora Delaney gratuitamente, sólo para demostrar que Maddox,

por una vez, ha metido la pata. Los periodistas están al corriente de todas las fricciones que hemos tenido Maddox y yo y, por lo tanto, esta historia les interesará. Y, por si fuera poco, este desafío previo impresionará al jurado. Déjelo todo en mis manos. Esta tarde iré a visitar a la señora Delaney.

Me fui a casa.

Una vez celebrado el juicio, tendría que apañármelas para reunir los cinco mil dólares del abogado. Su minuta se llevaría todos mis ahorros y no me quedaría un céntimo.

Después del proceso me iría de Glyn Camp e intentaría reorganizar mi vida en cualquier otro lugar. Ni pensar en establecerme por mi cuenta. Tendría que buscar trabajo. Decidí escribir a una casa de Miami con la cual había mantenido relación por asuntos de negocios y ofrecerles mis servicios.

No me quedaba más que hacer sino esperar el resultado del juicio y confiar que Boos no descubriera que Gilda y yo habíamos cenado juntos en el restaurante italiano.

Me hubiera gustado escribir a Gilda, pero no me atreví.

Ella estaba en mi mente noche y día y yo me preguntaba si ella aún pensaba en mí.

Nadie puede saber lo que esto me atormentaba.

III

Cinco semanas después de la detención de Gilda, en una calurosa mañana de septiembre, se inició el proceso bajo una tensa atmósfera de excitación.

Yo había pasado esas cinco semanas atormentándome, pero, a medida que los días iban pasando, como quiera que la Policía me había dejado tranquilo, acabé por convencerme de que no habían descubierto la naturaleza de nuestras relaciones y que nadie, con toda probabilidad, nos había visto juntos en el restaurante. Como todos los periódicos habían publicado fotografías de Gilda, si alguien la hubiera reconocido se hubiera dado a conocer.

Al haber sido designado como uno de los principales testigos de la acusación, permanecí aislado en la sala de testigos y por lo tanto no pude asistir al inicio del proceso.

Conmigo esperaban también María, la sirvienta mexicana de Delaney, el *sheriff* Jefferson, el doctor Mallard, el farmacéutico que sirvió el cianuro a Gilda y también un grueso personaje al que yo nunca había visto y que se mantenía apartado de los demás.

Había también un agente de policía en la sala para impedir que habláramos entre nosotros. El viejo médico parecía hundido. Había perdido la seguridad de que semanas antes hiciera gala.

En cuanto a Jefferson, su expresión era siniestra. Me dedicó un leve gesto con la cabeza, pero evitaba cruzar mi mirada. Yo no podía reprocharle nada. Sabía que él había adivinado que yo estaba mezclado de alguna forma en la muerte de Delaney y que, por mi culpa, al menos en gran parte por mi causa, él se había visto obligado a presentar la dimisión.

No fue hasta las dos y media de la tarde que me llamaron a declarar, detrás del doctor Mallard, Jefferson y el farmacéutico.

Tuve que hacer acopio de valor.

No había visto a Gilda desde hacía seis semanas, mas recordaba el consejo que me diera Hunt.

Mientras caminaba por el corredor que conducía a la sala de audiencias, le pregunté al agente que me acompañaba cómo andaba el proceso.

—¡Ese condenado Maddox! ¡Es todo un as! —exclamó—. Es la cuarta vez que le veo a la greña con Lawson Hunt y parece que una vez más va a llevarse el gato al agua. ¡Debería haber escuchado su requisitoria! Cuando terminó de desembuchar todas sus explicaciones y todas sus hipótesis, el jurado ya ni la miraba a ella. Y le aseguro que eso es mala señal para la acusada.

Cuando entré en la sala evité por todos los medios mirar a Gilda. Fue sólo después de haber prestado juramento que me aventuré a lanzar una mirada hacia su lado.

Mi corazón hizo una cabriola al ver hasta qué punto estaba pálida y fatigada. Pero aparecía tan magnífica como siempre. Creo incluso que nunca la había visto más hermosa. Hubiera querido acercarme hasta ella y estrecharla entre mis brazos.

Ella no me miró en absoluto y su desdén me dolió. Permaneció sentada, sin moverse, al lado de Hunt. Con los ojos bajos, se contemplaba las manos.

Miré a los jurados. Todos parecían absolutamente apáticos. La mayoría eran hombres. Sólo había tres mujeres. Todos me miraron con un aire de total fastidio.

El fiscal del distrito acabó por ponerse en pie y empezó a hacerme preguntas sobre el televisor.

Le conté en qué circunstancias había descubierto el cadáver de Delaney y expliqué asimismo por qué había yo supuesto que murió electrocutado.

Luego el fiscal siguió interrogándome sobre el vaso que yo había lavado y guardado.

Ahora los jurados parecían un poco más interesados. Parecían incluso escuchar con atención.

—Creo también —prosiguió el fiscal— que usted y el señor Harmas han llevado a cabo un ensayo sobre la manera de quitar el panel posterior del televisor. ¿Quiere usted explicar al jurado, señor Regan, en qué consistió ese experimento?

—El señor Harmas parecía tener la impresión de que Delaney, paralizado como estaba, no podía haber quitado por sí mismo los tornillos que fijaban la tapa. Sentado en la silla de ruedas de Delaney, intenté quitar los tornillos y apenas pude llegar a ellos.

—¿Es cierto que cuando usted estuvo atado al respaldo de la silla no pudo llegar siquiera a esos tornillos? E incluso —remachó el fiscal del distrito— tengo entendido que en esa posición tampoco pudo recoger usted el destornillador que estaba en el suelo.

—Exacto —dije.

En ese instante tuve que hacer un gran esfuerzo para no mirar a Gilda.

Mi respuesta no pareció complacer al fiscal e intentó entonces tirarme de la lengua haciéndome la pregunta de otro modo para hacer comprender a los jurados que Delaney nunca habría podido quitar la tapa ni recoger el destornillador.

Finalmente pareció haber conseguido imponer esta idea en los jurados y, satisfecho de su efecto, retrocedió algunos pasos.

—Perfecto, señor Regan. Es todo lo que quería preguntarle.

Volvió entonces la mirada hacia Hunt.

Sin siquiera tomarse la molestia de levantarse, Hunt dijo que por el momento no haría ninguna pregunta y que más tarde reclamaría mi presencia.

Me devolvieron a la pequeña sala de los testigos y permanecí sentado un buen rato más, ahora totalmente solo.

Me enteré, por el agente que me acompañaba, que el fiscal del distrito había llamado luego a Harmas y que había hecho relatar también cómo se había llevado a cabo la prueba que ejecuté.

La acusación de Gilda se basaba en gran parte sobre la forma en que se quitó el panel trasero del aparato. El fiscal no dejó de hacer hincapié sobre ese punto.

A eso de las cuatro, fui llamado de nuevo a la sala de audiencias. Reinaba en ella una atmósfera pesada, tan densa que habría podido cortarse con un

cuchillo.

El hombre gordo que había visto en la sala de los testigos estaba ahora declarando. Le decía a Hunt que se llamaba Henry Studdly y que era médico, especialista en enfermedades de la columna vertebral. Precisó también que Delaney había sido su paciente.

Explicó que el estado de Delaney no tenía nada de excepcional. Su columna había sufrido una lesión que comportaba una parálisis total de los miembros inferiores a partir de la cintura. Centenares de personas, dijo, resultaban incapacitadas por accidentes de automóvil, tal como le había sucedido a Delaney.

—El fiscal del distrito ha insistido mucho —siguió Hunt— sobre el hecho de que Delaney no habría podido alcanzar los dos tornillos inferiores de la tapa posterior del televisor. Y ésta es una cuestión capital para mi clienta. Yo quisiera poner bien en claro este punto, doctor. Dígame si, en su opinión, le hubiera sido posible a Delaney, permaneciendo sentado en su silla, quitar esos dos tornillos de abajo.

—Esa tarea le hubiera resultado absolutamente imposible a Delaney —respondió el doctor.

Estas palabras produjeron un gran efecto y el fiscal del distrito, creyendo que el abogado se había cogido los dedos en su propia trampa, tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar la carcajada.

Sin embargo, Hunt parecía absolutamente impasible y seguro de sí. Le dio las gracias a Studdly y le dijo que se sentara pero que no abandonara la sala. Volviéndose entonces hacia el jurado, el abogado declaró que estaba convencido de que Delaney se había suicidado.

—Delaney —explicó— era un alcohólico y un inestable. La víspera de su muerte había tenido una violenta disputa con su mujer. Incluso le había pegado. Pese a que ella hubiera tenido tiempo, a lo largo de cuatro años, de acostumbrarse al mal carácter de su marido y a su habitual estado de embriaguez, siempre cumplió fielmente sus deberes de esposa. Pero esta pelea fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso. Se decidió a abandonar a su marido. Delaney sabía que ya no le quedaba un céntimo. Cuando estuvo a solas, se dio cuenta de que a partir de ahí no tenía ni mujer ni fortuna. Y decidió darse la muerte. Sabía que, si conseguía montar una puesta en escena convincente para hacer creer que su muerte era accidental, su mujer podría reclamar el dinero del seguro y tranquilizar un poco a sus acreedores. Y esto fue precisamente lo que hizo...

Yo podía ver por la expresión de la cara de los jurados que la explicación del abogado no les convencía en absoluto. Y como antes el fiscal ya se había encargado de convencerles de que Delaney no podía quitar el panel, Hunt parecía que estaba perdiendo el tiempo.

—Porque yo estoy en disposición de probar de qué forma Delaney pudo apoderarse del destornillador y puedo también mostrar cómo consiguió efectivamente desmontar el panel de atrás del televisor. Si bien antes quisiera pedir de nuevo al doctor Studdly que se acerque al estrado de los testigos.

Mientras el médico se acercaba al estrado vi que el jurado empezaba a manifestar síntomas de interés. El fiscal, por su parte, se puso a mirar a Hunt de través.

—Hace tres días, doctor —dijo Hunt a Studdly—, le telefoneé para pedirle que hiciera una pequeña gestión para mí. ¿Tendría usted la amabilidad de explicar al jurado qué le pedí ese día?

—Me pidió usted que buscara un enfermo que reuniera exactamente los mismos síntomas que Delaney.

El abogado se volvió hacia el juez y le pidió permiso para convocar al parálítico en cuestión y poder llevar a cabo una pequeña demostración frente al jurado y el tribunal.

El fiscal del distrito se incorporó de un salto para oponerse a esta iniciativa.

Siguió una discusión legal entre el juez, Hunt y el fiscal del distrito. Finalmente se decidió que el fiscal tendría la posibilidad de estudiar la historia clínica del enfermo y examinarle personalmente, puesto que estaba hospitalizado en la clínica del doctor Studdly. Por otra parte se convocaría a un experto médico, elegido por él, para asistir a la demostración que debía tener lugar en el Blue Jay.

Tomada esta decisión, el juicio fue aplazado hasta el día siguiente.

IV

A la mañana siguiente el salón del chalet estaba muy concurrido. Además del juez y del jurado, habían sido convocados los dos expertos médicos, Boos, Maddox, Hunt, el fiscal y yo.

También estaba allí Holman, un muchacho flaco y enfermizo que permanecía sentado en la silla de ruedas de Delaney.

Hunt le pidió que fuera a la despensa para ver si podía coger el destornillador de la caja de herramientas.

Holman hizo rodar la silla a lo largo del pasillo, seguido por los jurados y por las demás personas que habían conseguido colarse.

En mi calidad de testigo de la acusación pude colocarme en primera fila.

Pude ver cómo el joven maniobraba la silla, no sin trabajo, para hacerla entrar en el angosto cuartito. Después enganchó la caja de herramientas con la empuñadura del bastón. Permaneció unos instantes inmóvil, evaluando la distancia, e hizo avanzar un poco más la silla para situarse justo debajo de la estantería.

Dio entonces un golpe seco con el bastón y la caja cayó sobre sus rodillas. Diversas herramientas se desparramaron por el suelo, pero, cosa curiosa, los dos destornilladores quedaron sobre sus rodillas.

—Vean ustedes —dijo Hunt inocentemente— cómo en realidad esto resultaba muy simple. El destornillador nunca llegó a estar en el suelo.

Hunt obligó a Holman a que repitiera cinco veces la operación, y las cinco veces los destornilladores quedaron sobre sus rodillas.

El fiscal ponía cara de circunstancias y los jurados cambiaban entre sí miradas significativas.

—Ahora vamos a probar con la tapa trasera del aparato —prosiguió Hunt—. Volvamos al salón.

Holman recorrió de nuevo el pasillo sobre su silla de ruedas y toda la asistencia le siguió al salón. Allí Hunt le dijo:

—Vea si puede alcanzar los dos tornillos de abajo, señor Holman.

Holman acercó la silla al aparato.

—No puedo —dijo después de haber estirado el brazo.

En realidad le faltaban más de treinta centímetros para alcanzar los tornillos.

—Perfecto —expresó el abogado sin inmutarse—. Ahora quisiera que usted se imaginara que está sumido en la más profunda desesperación. No importa si usted se hace daño, no importa si debe desplegar un esfuerzo considerable, pero es absolutamente indispensable que llegue usted a tocar esos dos tornillos. Quiero también que imagine otra cosa: una vez haya quitado esos dos tornillos, usted se va a tomar un vaso de veneno.

Hunt había hecho traer un vaso de agua y lo puso sobre la mesa, al alcance de Holman.

—Ahora, inténtelo. Trate de tocar esos tornillos.

La atmósfera de la habitación cambió bruscamente, cargándose de tensión. Yo sudaba. Me incliné hacia adelante, los ojos clavados en el hombre

sentado en la silla de Delaney. Todos los asistentes, por su parte, seguían la escena con pasión, conteniendo el aire en sus pulmones.

Holman maniobró con la silla hasta ponerla paralela por detrás del aparato. Luego se apoyó con las manos sobre los brazos de la silla y alzó su cuerpo paralizado algunos centímetros por encima del asiento. Permaneció suspendido así durante unos segundos y seguidamente se lanzó de cabeza hacia adelante, imprimiendo al mismo tiempo un ligero empuje a la silla hacia atrás. De hecho la silla escapó antes de que nadie pudiera intervenir y el parálítico fue a estrellarse contra el suelo, la cabeza por delante, con gran estrépito.

—¡Cielo santo! —exclamó el fiscal, consternado por el aire que estaba tomando la demostración.

Un agente de policía quiso precipitarse a recoger al parálítico, mas Hunt se lo impidió.

La caída, sin ninguna duda, debía haber sacudido al pobre Holman, quien yacía de bruces, inmóvil al pie del aparato.

El abogado se acercó y se acuclilló a su lado para hablarle.

—¿Todo va bien, señor Holman? —le preguntó Hunt con un tono levemente inquieto.

—Sí, todo va bien.

La voz, aflautada y temblorosa, sonó en el salón como un murmullo apenas perceptible.

El parálítico empezó entonces a moverse lentamente. Con grandes esfuerzos, consiguió tumbarse sobre el costado. Tenía al alcance de la mano el destornillador. Lo recogió, quitó los dos tornillos que sujetaban el panel y lo quitó del aparato. Desde el lugar donde yacía en el suelo, no había tenido dificultad alguna en quitar los dos tornillos.

Mientras todos los presentes seguían la escena en un silencio angustiante, Holman consiguió volverse del otro lado, tendió el brazo hacia arriba y alcanzó el vaso de agua que estaba en el borde de la mesa. Bebió un sorbo, arrojó el vaso y se dejó caer de bruces contra el suelo.

—Quédese así —le dijo Hunt.

Lanzó entonces una mirada circular por el salón hasta descubrirme.

—Acérquese, señor Regan, por favor.

Me puse junto a Holman, que seguía inmóvil sobre el *parquet*.

—Mire a este hombre. ¿Es así como encontró usted a Delaney? Examínelo cuidadosamente. ¿Es así como encontró el cadáver?

—Sí —dije—, estaba tendido igual como lo está él.

Esta pequeña demostración constituyó el elemento decisivo del proceso.

Cuando el tribunal se reunió de nuevo en la sala de audiencias, aquella tarde, el fiscal del distrito intentó por todos los medios rebatir las argumentaciones del abogado, pero pronto se dio cuenta de que lo tenía todo perdido. Hunt había conseguido sembrar la duda en la mente de todos los jurados. Su requisitoria fue vibrante y hasta sobrecogedora.

Afirmó que ningún hombre ni ninguna mujer que poseyera el más ligero sentimiento de sus responsabilidades cívicas se atrevería a declarar a Gilda culpable sobre la base de unos indicios tan frágiles como los presentados por la acusación. Pidió su libre absolución inmediata.

El jurado deliberó durante dos horas.

Dos horas que fueron, desde luego, las más largas de mi vida. Cuando los jurados hubieron reaparecido en la sala, todos miraban a Gilda. En aquel instante supe que iba a ser absuelta.

Gilda permaneció de pie, al lado de Hunt. Estaba extremadamente pálida y noté, por los movimientos de su pecho, que respiraba entrecortadamente.

El portavoz del jurado leyó el veredicto. Gilda no había sido reconocida culpable. El fallo provocó una verdadera manifestación en pleno tribunal.

Cuando Gilda abandonó la sala, no tuvo ni una mirada para mí.

Me precipité hacia la salida, intentando alcanzarla, pero se perdió entre la muchedumbre. Mientras trataba de abrirme paso entre la gente, me tropecé con Maddox, quien me lanzó una sonrisa de lobo hambriento.

—¡Muy bueno ese truco de prestidigitación! —me espetó sarcástico—. Ella ha tenido suerte, pero no ha conseguido hacerse con el dinero de la compañía, que era todo lo que yo quería.

El abogado Lawson Hunt se reunió con nosotros en aquel momento.

—¡Esta vez estaba usted equivocado, Maddox! —le dijo con el rostro resplandeciente del triunfador—. ¡Estaba seguro de que esta vez podía vencerle!

—¿Que yo estaba equivocado? Si la ha salvado es por ese truco de prestidigitación, como le decía a Regan. Pero le aseguro que en absoluto estaba equivocado respecto a ella. ¡Es culpable por los cuatro costados!

Abandonando a Hunt, que le miraba escandalizado, Maddox descendió la escalinata del tribunal para ir en busca de su coche.

I

Recibí una carta de la empresa de aparatos de radio de Miami a la cual me había dirigido en la que me comunicaban que podían darme trabajo.

El salario que ofrecían era sensiblemente inferior al que yo podía ganar trabajando por mi cuenta, pero decidí aceptar el empleo. Ello me permitiría abandonar California y sobrevivir hasta que encontrara algo más interesante.

Había esperado de todo corazón que Gilda viniera conmigo. Pero no tenía ni idea de su nueva dirección en Los Angeles. En cuanto estuve de vuelta a casa, después del juicio, telefoneé a George Macklin para pedirle la dirección de Gilda.

El abogado se mostró muy desagradable.

—Imposible darle su dirección. La señora Delaney ha salido hacia Nueva York hace unas horas. Si desea escribirle, yo le haré llegar su carta.

Al enterarme de que Gilda se había ido a Nueva York, me sentí un poco aliviado. Pensé que sin duda se había marchado para escapar del acoso de los periodistas. Estaba convencido de que tan pronto estuviera al corriente de mis proyectos, correría a reunirse conmigo.

Le dije a Macklin que le escribiría.

Pero cuando me senté para redactar aquella carta, advertí que era una tarea mucho más complicada de lo que había pensado. ¡Tenía tantas cosas que decirle y explicarle!

Le anuncié que me marchaba a Miami y le di mi dirección en esa ciudad. Le hablé también del tipo de trabajo que iba a hacer. Le dije que la amaba y que quería que ella se reuniera conmigo en Florida para que pudiéramos iniciar una nueva vida juntos. Añadí que esperaba que ella pudiera amarme de nuevo, ahora que sabía que no era yo quien había matado a Delaney. Le pedí que me escribiera a Miami para decirme cuándo iba a reunirse conmigo.

Al ir a la estación para tomar el tren hacia Miami, pasé por el bufete de Macklin para dejarle la carta. El abogado no estaba en su despacho y dejé la carta a su secretaria.

Me apresuré a instalarme en Miami. Había alquilado un pequeño apartamento de dos habitaciones y empecé a trabajar con todas mis fuerzas. Pero, sin noticias de Gilda, la vida me parecía de lo más triste. Le escribí de

nuevo y mandé la carta a Macklin, quien, por su parte, ni siquiera se tomó la molestia de acusarme recibo.

Cada vez que pasaba el cartero yo me precipitaba a la puerta con la esperanza de recibir una carta suya. Cada vez que sonaba el teléfono creía que era ella que me llamaba desde Nueva York para anunciarme que venía a reunirse conmigo.

Pero no recibí ninguna carta ni ninguna llamada de Gilda y, al cabo de tres meses, llegué a la conclusión de que la había perdido.

Fue en esta época cuando sufrí realmente por todo lo que había hecho. La amaba de verdad y comprendí que perder a la mujer amada es mucho más terrible que el propio sufrimiento en sí.

Al cabo de un año la herida se había cicatrizado, pero seguía sufriendo. En esta época yo dirigía la sección de aparatos fabricados por encargo y me ganaba bien la vida.

Habían transcurrido quince meses y seguía sin recibir noticias de Gilda. Un buen día me llamó el dueño para preguntarme si me interesaría abrir en Nueva York, por cuenta de la casa, una tienda en la que se venderían discos y aparatos de radio fabricados por encargo.

Era una ocasión única y, evidentemente, no podía rechazarla. A fin de mes embalé mis cosas, dejé mi nueva dirección a mi vecina para que me remitiera el correo y tomé el avión para Nueva York.

Allí al menos, me dije, Gilda estaría a mi alcance. Porque incluso después de aquellos quince meses de espera continuaba amándola y pensando constantemente en ella. Si tenía la suerte de localizarla, confiaba que terminaría casándome con ella.

Me producía una impresión muy curiosa el estar viviendo en la misma ciudad que ella y pensar que un día podía encontrarla. Esta situación en realidad me hacía sufrir.

Finalmente, un buen día, el destino —o llámenlo como quieran— intervino en la partida.

Uno de mis clientes, que venía bastante a menudo a la tienda a comprar microsuros, me dijo una tarde que le gustaría encargarme un aparato de radio.

Se llamaba Henry Fuller. Era un viejo robusto y obeso que debería rondar los setenta años. Desde luego era muy rico. Bastaba ver la ropa que vestía, sus aires y su Cadillac con chófer de clase para darse cuenta de ello. Pero cuando se puso a hablarme de un aparato de radio fabricado especialmente para él yo no podía figurarme lo que me esperaba.

Le hice ver las ventajas de un aparato construido a medida e insistí sobre la conveniencia de visitar su casa para examinar la habitación donde iba a instalarse el aparato y probar sus condiciones acústicas.

—Muy bien, Regan —me dijo. Yo me daba cuenta de que mi proposición le había encantado, pues era el tipo de cliente que sólo exige ser bien servido y no repara en gastos—. Puede venir esta misma tarde. Yo no estaré en casa, pero mi mujer le atenderá. Le anunciaré su visita.

Como la casa que representaba tenía por norma verificar la solvencia de los clientes que nos hacían encargos costosos, llamé a la oficina de crédito para pedir informes sobre Fuller.

Me aseguraron que era un excelente cliente. Estaba asociado a una importante casa de corredores de bolsa de Wall Street y su fortuna rondaba por lo menos los cuatro millones de dólares. Tenía un magnífico apartamento en Riverside Drive. Se había casado tres veces. Hacía sólo seis meses que había desposado a su tercera mujer.

II

El apartamento de Fuller estaba situado en lo alto de un magnífico inmueble. Poseía un jardín suspendido en terrazas desde las cuales se descubría un maravilloso panorama de Nueva York.

La puerta de hierro forjado me fue abierta por un mayordomo inglés que parecía salir directamente de una película sobre la alta sociedad.

Me introdujo en un salón que tenía al menos doce metros de largo. La decoración imitaba el siglo XVIII y era de refinada elegancia. Las paredes estaban marquetadas con paneles de pino esculpido. La impresión de lujo y riqueza era total. Se veían grandes pinturas del Renacimiento italiano que, por su calidad, tenían todo el aspecto de ser auténticas.

El mayordomo me dejó en el salón y cruzó el vestíbulo para meterse en otra habitación. Le oí decir:

—Es la persona que viene por lo de la radio del señor.

Le respondió una voz de mujer:

—Muy bien, Harkness, le recibiré.

Súbitamente, la voz de la mujer me había puesto la piel de gallina.

Gilda apareció en el salón.

Al verme, se detuvo bruscamente para mirarme bien.

Llevaba un vestido verde botella con adornos de cuero en el cuello y en los puños. Era un vestido muy simple, pero sólo viendo su corte uno podía

estar seguro de que era un modelo de alta costura que debía haber costado lo suyo.

Su melena color de bronce se agrupaba en una especie de moño en lo alto de la cabeza. Su maquillaje era absolutamente impecable. Llevaba en la muñeca un pesado brazalete de oro incrustado de piedras preciosas. Me pareció magnífica, como una diosa.

Por espacio de un segundo, quizás, la sorpresa, el miedo y la cólera se transparentaron en su rostro. Mas no tardó en recuperar la sangre fría y adoptó un aire displicente.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —me preguntó tras haber cerrado cuidadosamente la puerta del salón.

—Gilda, Dios mío, ¡eres tú! He removido cielo y tierra para encontrarte. ¿No has recibido mis cartas?

Sólo de verla el corazón se me había acelerado. Di unos pasos hacia ella.

—¡No te acerques!

El tono imperioso de su voz me inmovilizó bruscamente, como si hubiera tropezado contra un muro de ladrillos.

—¿Por qué no me has escrito, Gilda? Yo no he dejado de esperarte pensando...

Dejé de hablar al ver que me examinaba de la cabeza a los pies con una mirada crítica y desdeñosa.

Evidentemente, mi aspecto no debía ser muy distinguido y yo me daba cuenta entonces. Mi traje y mis zapatos estaban bastante gastados, e incluso mis manos no estaban muy limpias. Yo no era más que un técnico de radio y desde luego me sentía fuera de lugar en aquel ambiente de lujo y riqueza.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —me preguntó.

—He venido a estudiar la construcción de un aparato de radio. Te lo suplico, Gilda, no me mires así. Tú sabes que te adoro.

Me interrumpí bruscamente. De pronto caí en lo incongruente que resultaba su presencia allí.

—¿Pero qué haces tú aquí? ¿Eres su secretaria?

—No. Soy su mujer.

Tuve la impresión de que me clavaban un cuchillo en el corazón.

—¿Qué dices? ¿Que eres la mujer de Fuller? ¿Pero es que te has casado con esa vieja ruina? ¡No puedo creerlo!

—Pues sí —replicó con voz glacial—. Soy la señora de Henry Fuller. Y ahora tú no eres nada para mí. No lo olvides nunca. No eres nada para mí.

Yo me quedé plantado allí, mirándola fijamente, el corazón roído por la desesperación.

—De acuerdo, no lo olvidaré —acabé por replicar—. Te felicito, Gilda. ¡Parece que has encontrado un filón!

—Si lo que pretendes es hacerme chantaje —me dijo con un tono de voz que me dolió—, pierdes el tiempo. Te lo advierto. No intentes nada parecido conmigo o te costará caro.

—¿Hacerte chantaje? ¿A propósito de qué quieres que te haga chantaje? No me vengas con historias. Yo te amo y nunca he dejado de pensar en ti.

—¡Es por tu culpa que he sido acusada de asesinato y he estado a punto de dejar la cabeza! —exclamó con un fulgor de maldad en sus ojos nomeolvides—. Y eso es algo que no te perdonaré nunca. ¡Y ahora, márchate!

—Tu marido me ha pedido que le monte un aparato de radio.

—Yo le explicaré la situación a mi marido. ¡Vete! ¡Y no vuelvas por aquí! ¡No quiero verte más!

—Desde luego —le dije sintiendo como si saliera de una borrachera—. No quiero causarte molestias, Gilda. No temas, no intentaré verte otra vez. Pero déjame decirte que me siento feliz viendo que todo se ha arreglado para ti. Te deseo toda la felicidad del mundo.

Me volvió la espalda y se dirigió al otro lado del salón y empezó a hojear una revista.

El mayordomo me acompañó a la puerta del apartamento y tomé el ascensor hasta la planta. Estaba tan anonadado que ni podía reflexionar ni experimentar el menor sentimiento.

Tres semanas después me enteré, leyendo el periódico, de la muerte de Fuller.

Había caído desde lo alto de la terraza superior de su jardín colgante y se había desnucado. Se abrió una encuesta.

Movido no sé por qué sentimiento morboso, resolví asistir a la encuesta judicial.

La pequeña sala del tribunal estaba atestada de espectadores elegantemente vestidos. Conseguí hacerme con un asiento en el fondo de la sala, fuera de la vista de las primeras filas de público.

Al sentarme advertí, con un sobresalto de sorpresa, que Maddox, el investigador de la National Fidelity, ocupaba precisamente el asiento de al lado.

Me dirigió una sonrisa sardónica e inclinó la cabeza.

—Estaba precisamente en Nueva York en viaje de negocios y no he querido perderme esto —me explicó con cordial desenvoltura—. La historia se repite, ¿no le parece? Decididamente, Gilda no para de hacer progresos, justo es reconocerlo. Ese pobre viejo imbécil no estaba asegurado y, por lo tanto, en estas circunstancias no tiene de qué preocuparse.

Antes de que pudiera darme cuenta exacta del sentido de sus palabras, Gilda entró en la sala escoltada por George Macklin. Iba absolutamente de luto y parecía más deslumbrante que nunca. Estrechaba nerviosamente un pañuelo entre sus manos.

Macklin la condujo al sillón que le estaba reservado. Se desvivía a su alrededor e incluso parecía tener hacia ella cierta actitud de propietario.

El agente judicial trató a Gilda con infinita consideración.

Según la exposición de los hechos, esa noche había tenido lugar una gran recepción en casa de los Fuller. La mayoría de los invitados habían bebido en abundancia. Fuller había alternado el *whisky* y el champán a lo largo de la velada y apenas se sostenía sobre las piernas. Hacía mucho calor. Los invitados habían salido a la terraza después de la cena para tomar el fresco.

Una escalera de treinta peldaños permitía acceder a una segunda terraza. La mayor parte de los invitados habían bajado a ella para contemplar las luces de la ciudad.

Fuller y Gilda se habían quedado en lo alto de la escalera. Los invitados vieron de pronto que Fuller tropezaba y se precipitaba escaleras abajo. Gilda intentó sujetarle por el brazo, pero ya era demasiado tarde.

Cuando le recogieron, estaba muerto.

Maddox me murmuró a la oreja:

—Eso es lo que yo llamaría un ligero empujoncito que va a proporcionarle cuatro millones de dólares. Esta vez, con un viejo borracho como Fuller, para Gilda habrá sido como un juego de niños.

No hubo el menor problema con el veredicto. Todos los invitados habían sido testigos del accidente. El agente judicial tuvo el tacto de no insistir demasiado sobre el estado de embriaguez de Fuller. Declaró que, según todas las apariencias, Fuller había sufrido un desvanecimiento que le hizo perder el equilibrio. Presentó sus condolencias a la viuda y luego todo el mundo se retiró con aspecto muy afligido.

Gilda fue la primera en abandonar la sala. Ni siquiera advirtió mi presencia. Se enjugaba los ojos con el pañuelo y Macklin, siempre obsequioso, le daba el brazo.

—Perfecto, perfecto —observó Maddox—. ¿Quién dice que no se puede matar impunemente al prójimo? Lo único que me consuela es que no consiguió estafar a mi compañía.

Me saludó con una ligera inclinación de cabeza, bajó la escalinata del Palacio de Justicia y cogió un taxi.

Cuando llegué a la acera, vi a Gilda y a Macklin pasar en un enorme Cadillac azul y crema. Ella le miraba luciendo una expresión radiante e impaciente. Él, inclinándose hacia ella, bebía sus palabras con ese aire deferente que adoptan los leguleyos un poco arribistas cuando escuchan a una cliente de cuatro millones de dólares.

Al volver a la tienda me acordé de pronto, no sé por qué, de las confidencias que me hizo Delaney una noche en la terraza, ya hacía meses.

¿Sabe qué tiene mi mujer? Se lo voy a decir: tiene la locura del dinero. No piensa más que en eso.

Me detuve y me puse a contemplar la calle, desconcertado.

¿No habría Gilda envenenado a Delaney?

¿No habría, empujándole, tirado a Fuller escaleras abajo?

¿No tendría razón Maddox, después de todo?

Pero repentinamente recordé la suavidad de su piel, la turgencia de su carne cuando la tuve en mis brazos. Recordé el azul nomeolvides de sus ojos y su extraordinaria belleza.

«No —me dije a mí mismo—, ella no ha podido cometer esas fechorías. No puede haber matado a Fuller ni a Delaney».

¿Cómo podría creer yo semejantes horrores de una mujer a la que amé y a la que continuaré amando hasta el fin de mis días?



JAMES HADLEY CHASE, (Londres, Gran Bretaña, 24 de diciembre de 1906 - Corseaux, Suiza, 6 de febrero de 1985). Fue uno de los seudónimos utilizados por René Babrazon Raymond para firmar sus obras de tipo negro y criminal.

Antes de dedicarse a la escritura, Chase trabajó como vendedor de enciclopedias o mayorista de libros. Prolífico en el campo de la novela negra tipo *pulp*, con inevitables referencias a la prohibición y a los *gángster*, Chase llegó a publicar, entre sus cuatro seudónimos, más de ochenta volúmenes. Sus obras más importantes son: *El secuestro de miss Blandish* (1939), *Con las mujeres nunca se sabe* (1942), *Eva* (1945), *Más mortífero que el hombre* (1946), *Acuéstala sobre los lirios* (1950), *Fruto prohibido* (1956) y *Un loto para Miss Quon* (1961). En 1966 Chase dejó Inglaterra por Francia para, finalmente, trasladarse a Suiza, donde vivió en Corseaux hasta su muerte.

J. HADLEY CHASE

Tratamiento de shock



Lectulandia